José Gómez Muñoz

TE VOY A CONTAR UN CUENTO

15 RELATOS CORTOS

15 RELATOS CORTOS

1- Lo necesario para la vida

Le dijo él:

- Para la vida, solo hace falta un pequeño trozo de tierra y un manantial de agua clara.
- ¿Y eso cómo pude ser? ¿Y la nevera, la televisión, el coche y el ordenador? Tú estás pensando en otros tiempos.
- ¿Quieres verlo?
- Cuando quieras.

Y fijaron el día, la hora y el lugar para el encuentro. Donde la fuente de las violetas, cerca de la gran cerrada.

Al salir el sol, de aquella mañana de primavera, allí estaban esperando. No era él solo sino un grupo de cuatro o cinco que también querían verlo. Le dijo, al amante de la sierra:

- Me he traído conmigo a todos estos para que den testimonio de lo que vas a enseñarnos. Ello, como yo, no nos creemos que en la vida baste con un poco de tierra y un manantial de agua.

Y él no dijo nada pero no le gustó mucho lo que había hecho. Uno de los del grupo comentó:

- Es que nos interesa mucho lo que tú te dispones a enseñarnos. Que solo baste para la vida un pequeño trozo de tierra y un manantial de agua hay que verlo para creerlo.

Y nadie dijo nada más en este momento.

Se pusieron en camino subiendo por el arroyo en busca de la cerrada. El arroyo bajaba a tope.

Saltando fantástico de charco en charco y abriéndose hermoso por las cascadas. Uno del grupo, asombrado dijo:
- Nunca he visto nada igual. Esto hay que explotarlo. ¿Te imaginas el filón de oro que sería esto si construimos hoteles, se los enseñamos a la gente y lo anunciamos en la tele?
Tampoco ahora nadie dijo nada. Caminaron despacio arroyo arriba y llegaron a la cerrada. Al verla, imponente como la maravilla más grande, otro del grupo comentó:
- ¡Y esto! Si nos lo planteamos bien, muchas personas pagarían lo que le pidiéramos por verlo.
- ¿Y te imaginas el filón de oro que sería?
Ninguno más hizo comentarios.

Siguieron caminando sin prisa, porque en la cerrada se fueron parando para ver las pingüiculas, los culantrillos, los chorrillos de agua que rezumaba la pared, las repisas de las rocas, las grandes grutas y la luz y las sombras. Una vez y otra, los que habían llegado de la ciudad, exclamaban:
- ¡Qué maravilla! Esto hay que explotarlo. No es posible que haya aquí tanta belleza desaprovechada. ¿Te imaginas la cantidad de dinero que ganaríamos?
- Esto es una mina. Ve tomando nota de todo para que luego hagamos planes.
Y el que había invitado tampoco ahora dijo nada. Siguió caminando delante de ellos y al poco salieron a las tierras llanas. Donde se juntan dos arroyuelos y el terreno está despoblado. Al verlo, coronado por la parte de arriba por una gran cuerda montañosa, por la derecha con un espeso bosque de robles y por la izquierda, con un también denso bosque de pinos, otro de los invitados comentó:

- Y aquí ¿sabéis qué es lo que podemos construir?
- No lo digas muy fuerte porque puede que otros lo oigan y nos copien pero toma nota y lo dibujas en los planos.
- Es que un rincón como éste, tan oculto, tan elevado en las cumbres, tan rodeado de bosques y cuajado de silencios hoy ya no se encuentra en ningún sitio. ¿Cuánto calculáis que podríamos ganar con esto?
- Una fortuna.

El que los guiaba quiso decirles que aquellas tierras, en el otoño se cubren todos los años de millones de florecillas moradas. Azafrán silvestre, que es como lo llaman en estas montañas. Y, cuando esto sucede, la llanura se convierte en un edén mágico. Y lo mismo en invierno cuando caen las nieves y los arroyuelos se llenan de carámbanos. El que había invitado, quería decirles también que, al llegar la primavera, el terreno que iban recorriendo, se convertía en un sueño. Hierba tapizando en un espeso manto verde, rosales silvestres florecidos, bujes repletos de nuevos tallos, pajarillos por aquí y por allá inquietos canturreando, cielos azules, nubes blancas, rebaños de ovejas pastando y… El que había invitado quería hablarle de todo esto pero ellos no lo dejaron. No paraban de planificar:
- Aquí construimos… Y en este lado, lo que tenemos en mente y en aquel rincón… ¡Qué maravilloso es esto y cuanto dinero vamos a sacar de ello!

Subieron sin prisa por la vieja senda que asciende para el collado y se adentraron en el bosque de los robles. Y, al poco, llegaron al primer manantial. Al verlo preguntó el incrédulo:
- ¿Es este el manantial que me decías?

- Éste no es.
- Lo pregunto porque la tierra llana, el trozo pequeño que dices, podría ser eso que hemos visto algo más abajo.
- Pues este no es el manantial ni el trozo de tierra pequeño, el de más abajo.
- Sin embargo, esto es asombroso. Qué agua más clara, qué silencio callado, qué luces y qué sombras y qué fresco y que viento.
Los del grupo de invitados bebieron agua y luego se sentaron a la sombra de los pinos. Un preguntó:
- ¿Queda mucho para el final?
- Una hora, poco más o menos, andando despacio.
- ¿Cuándo comemos?
- Cuando lleguemos al venero que he prometido enseñar al compañero.

Otro de los que habían venido con la intención de ver las cosas para sacar dinero, dijo:
- No importa que tardemos una hora. Nosotros necesitamos ir viendo todo tranquilamente. Nunca habíamos imaginado que en estas tierras hubiera tanta belleza. ¡Es todo fantástico! Ya verás tú lo que vamos a levantar por aquí en solo unos años. Esto es una mina de oro y por eso vamos a forrarnos.

Desde la fuente, al lado de arriba de la llanura de las flores moradas, la senda sigue remontando. Una senda muy rota porque ya la han fracturado los años pero muy bella porque pasa por los mejores rincones de estas sierras. Y también porque fue trazada por serranos en tiempos muy lejanos. Cuando ellos eran dueños de estas montañas y la surcaban cada día regándolas con sus alegrías, sudor y penas. De esta realidad, el que los iba llevando para

mostrarle una verdad muy concreta, sabía mucho. Pero también hoy se daba cuenta que no era el momento de hablar de ello.

Pasa un buen rato, como media hora y todos los que había llegado, con el incrédulo al frente, descansan relajados a la sombra de los árboles. Y el que guía, ahora les dice:
- Sigamos.
- ¿Queda mucho para llegar al collado?
- Veinte minutos.

Y siguieron la ruta subiendo por la vieja senda. Y fue cierto: caminando despacio, en unos veinte minutos, llegaron al collado. Y al coronarlo y asomarse a los paisajes que se extienden al otro lado, los de los planes y sueños con filones de oro, dijeron:
- ¡Fantástico! Es lo que necesitamos. Cuando los turistas vengan y descubran estos asombros, se quedarán con la boca abierta. Y al regresar se lo contarán a otros. Así vendrán muchos más y de nuevo se quedarán pasmados. Esto será como una ruleta, una lotería mágica que nos dará dinero a espuertas.
- Ponlo clarito en el plano para que tengamos los detalles bien organizados y nos se nos olvide nada.

Y el que iba guiando tampoco dijo nada en este momento. Desde el collado bajaron, siguiendo siempre la senda, por el barranco. Enseguida se encontraron con los robles centenarios y con el barranco de las rocas blancas donde hay muchas simas, agujeros, grietas y pequeñas dolinas. Dijeron, los de los planos:
- Y aquí ¿sabéis lo que podemos hacer?

- Pues claro que lo sabemos. Se ve a simple vista con solo pararse y mirar despacio.
- Ya veréis como vendrán en avalanchas y todos se quedaran con la boca abierta.
Preguntó el incrédulo:
- ¿Cuándo llegamos? Y lo pregunto porque tu pequeño trozo de tierra y el manantial de agua suficiente para la vida, no aparece por ningún lado.
- Llegamos pronto.
Dijo el de corazón puro y sentimientos buenos. Uno de los del grupo “sueños con minas de oro”, preguntó:
- ¿No nos estarás engañando?
Y él nada respondió.

La senda fue, poco a poco, deslizándose por tierras cada vez más llanas. Solo por la izquierda ahora se veían árboles. Por la derecha iba quedando un agreste paisajes de rocas y, al frente, ya se perfilaba unos árboles muy curiosos. Un almez, varios tejos de troncos gruesos y tres majuelos centenarios. Volvió a preguntar uno de los del grupo de los dineros a espuertas:
- ¿Y tendremos que cortar todos estos árboles?
- Eso no será problema alguno. Pero en su momento lo veremos.
- Tú no te preocupes que si estorban nos los cargamos y asunto concluido. Ahora, toma buena nota y calla.

Llegaron a la tierra llana. Una amplia cañada recogida entre dos laderas y sin árboles ni rocas. La cruzaron despacio y siguió guiándolos derecho al manantial de los Bujes. Llamado así porque mana por entre unas rocas, un pequeño bosque de bujes y las raíces de un quejigo un poco doblado. Y enseguida

vieron que el agua brotaba en grandes borbotones que se deshacían nada más surgir y luego se convertían en charco y después en corriente clara. La corriente, suavemente se iba buscando el acantilado por donde se despeñaba en una pequeña pero muy bella cascada. Frente a este manantial se paró el de corazón puro. Miró despacio a las aguas, como meditando algo. No tardó en preguntar el incrédulo:
- ¿Esto es todo?
El que guiaba no respondió. Pero los que habían venido para recoger información y trazar planos, otra vez dijeron:
- ¿Veis? Agua no nos faltará. Y por lo que estamos descubriendo, si hacemos sondeos en estas tierras, seguro que encontraremos ríos copiosos. Esta llanura debe ser riquísima en aguas profundas. No hay un lugar como éste, tan rico y bello, en ninguna parte del mundo.
Y, uno más, comentó:
- Haremos algunos tornajos de cemento y los pondremos no lejos de aquí para que beban las monteses y los ciervos. Así nadie podrá decirnos que somos unos insensibles y al mismo tiempo creamos aliciente para los turistas que vengan. Para que nadie diga que no somos amantes de la naturaleza. Ver animales silvestres es lo que más le gusta a la gente.

El incrédulo de nuevo preguntó:
- ¿Pero dónde está el trozo de tierra y el manantial que basta para la vida?
Y ahora, el de corazón puro, le dijo:
- Prepárate y vente conmigo. Cuando yo te lo diga cierra los ojos y los abres cuando de nuevo te lo indique. Y mira y no digas nadas.

Caminaron unos metros, desde el manantial del quejigo curvado, hacia abajo. Hacia la espesura del bosque de bujes, por donde la llanura se quiebra y se forma un profundo acantilado, por donde cae el arroyuelo que sale de la fuente y se abre una pequeña cascada. Rodearon unas rocas y salieron a un mirador natural. Apartó con sus manos unas ramas de bujes y dijo:
- Abre ya los ojos, mira por aquí y no digas nada.
Miró el incrédulo y, al instante, se quedó sin aliento.

La casa, pequeña pero toda de roca pura recogidas en estas montañas, se aplastaba en el estrecho valle. Al final del acantilado. Y el rodal de tierra, llano y todo vestido de verde, se extendía cerca de la casa. El agua llegaba por una sencilla acequia, desde el charco al final de la cascada y regaba todos los árboles y demás plantas en el rodal de tierra. Y él estaba allí, envejecido y corvado pero regando con amor paciente, todo cuanto en el rodal de tierra crecía. Y parecía como iluminado por una luz muy fina. Al verlo el incrédulo y descubrir sus espesas barbas, largas y blancas, preguntó al del corazón puro:
- ¿Cuántos años tiene y desde cuando vive en este lugar?
- Tiene tantos años como estas montañas y por eso ni se sabe desde cuando vive aquí. Pero eso no es lo que importa. Fíjate en su casa, en el rodal de tierra y en el agua clara que la riega. Ahora que lo ves, podrás seguir diciendo que no y lo mismo podrán decir los amigos que has traído contigo, pero a él, le basta para la vida, su pequeña casa de piedra, su escaso rodal de tierra y su manantial de agua clara.

El incrédulo llamó corriendo a sus amigos y, en cuanto estos vieron, dejaron de hablar de planos, de filones de oro y espuertas de dinero. Algo confuso, uno de ellos comentó:

- Hay que verlo para creerlo. Pero no nos has engañado. Todo parece como si fuera un sueño sacado de lo más hondo del tiempo.

Y el incrédulo confirmó:

- Y el silencio, fíjate qué música mana de este silencio y el olor tan fresco que sube desde su trozo de tierra y su manantial de agua clara.

Nota: Los paisajes que se describen en este relato son reales. Existen en la Sierra de este Parque Natural de Cazorla, Segura y las Villas. Existen los manantiales, el acantilado con su arroyuelo claro, la cascada, el valle, la pequeña casa de piedra, la acequia y el pequeño trozo de tierra. Aunque todo, en este relato, tome un tono de ficción.

2- De rutas por las montañas -I

El encuentro lo fijaron donde se juntan los arroyos. Justo donde la corriente pasa muy suave, lamiendo las blancas rocas. Es desde aquí desde donde arrancan las sendas. Al menos tres sendas y cada una en dirección contraria. Una sube por el arroyo de las encinas, la segunda baja por la ladera siguiendo el arroyo de los acantilados donde anidan los buitres y la tercera sube por la solana hacia el lago de los patos. Por eso tienen nombres propios cada una de estas tres sendas: la de los Buitres, la del lago de los Patos y la de las Encinas. Y son hermosas como pocas otras sendas en estas sierras porque surcan paisajes muy bellos cada una de las tres.

Al salir el sol, tal como habían acordado, se encontraron donde se juntan los arroyos y arrancan las sendas. El de la camiseta de colores, que era el que había convocado, dijo:
- Hoy toca la circular Barranco Oscuro, Puerto de las Rocas, Manantiales de los Ríos, Senda de las Higueras y vuelta por donde los Nidos de los Buitres. Más de treinta kilómetros y por eso hay que darle fuerte. Tenemos que demostrar que somos lo que hacemos las rutas más largas y duras por estas sierras.
Uno de los que había llegado, atraído por el Convocador y atraído por el deseo de aprender cosas de estas sierras, preguntó:
- ¿A quién tenemos que demostrar lo que dices?
- A los que me critican.

- Pero yo siempre he creído que la sierra, nubes, viento, lluvia, bosques, flores, ríos y fuentes no son elementos para que los humanos demostremos nada. Desde siempre he creído que la naturaleza es para gustarla simplemente y para que aprendamos de ella y no para competir y luchar para demostrar cosas.
- ¡Tonterías! A la sierra se viene a trazar y recorrer rutas largas para luego contárselo a muchos y que te envidien por tu gran esfuerzo y hazaña.

Ya no se habló más, en este momento, de este asunto. El día estaba comenzando y había que ponerse en marcha siguiendo las indicaciones del Convocante. Éste les dijo a los que habían llegado:
- Así que en marcha y que nadie se crea que vamos de paseo. La ruta de hoy es de la más larga y por eso hay que ir de prisa. Nada de pararse a contemplar flores, rocas, charcos o nubes.
Otro de los convocados dijo:
- Pero yo no quiero ir con la lengua fuera todo el día. A mí me gusta más caminar despacio y gozar de cada árbol que nos encontremos, cada roca, cada charco, cada pradera de hierba y hasta de los trinos de los pajarillos. Si vamos, como dices, a toda marcha porque hay que darse prisa para que dé tiempo recorrer la ruta antes de que se acabe el día, nos perderemos lo mejor.
Y otra vez el Convocante preguntó:
- ¿Y qué es lo mejor en esta sierras?
- Pues ya lo ha dicho aquí el compañero: descubrir los matices de todo lo que nos vayamos encontrando, gustar íntimamente las cosas y no lo contrario. Que por el ansia de hacer grandes rutas nos perdamos las verdades sencillas que hay por estas montañas.

- De nuevo digo que esto que decís son tonterías. En la sierra lo que importa es trazar rutas de treinta kilómetros al día, que sean circulares, que haya que sufrir mucho y caminar por donde nunca nadie va. Hay que demostrar que, a pesar de los años, somos los más resistentes. Que vean que nuestras hazañas son únicas. Para que se mueran de envidia y dejen de criticar.

Otra vez los convocados guardaron silencio. Pero el primero que había hablado, para sí, se dijo que él no había venido a estas sierras para demostrar nada. Que los humanos lo único que tenemos que demostrar es que somos mucho menos que la flor más pequeña de cualquier prado de la sierra. Por eso lo único que le interesaba era el verde de las encinas, el rumor de la corriente saltando por los arroyos, el fresco del vientecillo, el silencio, los colores del cielo y mil cosas más parecidas a éstas. Tenía claro que estas sencillas realidades siempre regalan mucho más placer que el hecho de recorrer rutas de treinta kilómetros a lo largo de un día entero. Esto pensaba él pero ahora, no dijo nada. Ya sabía cómo pensaba el Convocante. Y el que convocaba otra vez dijo:
- Venga, en marcha. La montaña nos llama y hay que atacarla con la energía de los valientes. Que mañana hable todo el mundo de nosotros y se mueran de envidia.

Por la senda que sube pegado al arroyo, en dirección contraria a como corren las aguas, comenzaron la ruta. Caminando despacio, al principio, pero aligerando el paso cada vez más. Y, sobre todo, el que había convocado. Éste, se puso delante del grupo y, sin pronunciar palabra, comenzó a remontar

cada vez más aprisa. Pero los que le seguían, tres venidos de lejos de estas sierras, en cuanto recorrieron trescientos metros, se entretenían asombrados.

Poco a poco iban viendo que, antes ellos comenzaba a surgir un mundo tan bello que parecía sacado de la fantasía de los sueños. Las aguas del arroyo, a veces remansadas, cayendo en pequeñas cascadas, saltando y deslizándose por entre las rocas y piedras y siempre dibujando los más delicados y asombrosos cuadros. Restallaban los colores, las luces, las transparencias, las texturas y los movimientos más fantásticos y delicados. Y todo esto, por momentos distinto y cada vez más bello, a cada curva o tramo del arroyo. Y lo mismo sucedía al frente y por la izquierda y derecha. El bosque de encinas centenario, a cada metro, se espesaba, mostrando gruesos troncos, densas ramas, misteriosos claros oscuros entre los verdes más puros y las luces más variadas. Las sombras se derraban y parecían jugar al escondite con los primeros rayos del sol de la mañana. Uno de los que caminaba despacio y había llegado de lejos, dijo:

- Solo por ver estos y sentirlo acariciando el espíritu, merece la pena todos los esfuerzos y gastos.

- ¡Es fantástico!

Añadía otro de los compañeros.

Pero el de la camiseta de colores, caminaba a toda prisa sin fijarse en nada. De vez en cuando volvía la cabeza y decía:

- Venga, señores, que parece que esto sea un paseo de recreo.

Y caminaba más aprisa aun. Llegaron a la junta de tres pequeños arroyos, cruzaron la corriente, saltando por unas piedras, torcieron para la izquierda, siguiendo la vieja senda y atacaron la pendiente de la ladera en busca del Collado de las Rocas.

- En diez minutos hay que recorrer esta cuesta.

Seguía proclamando el que guiaba. Y sí que fue así. Pero solo él porque los demás, se fueron quedando más y más rezagados y sin fuerzas. Sin embargo, sudaban a chorros limpios y se les salía el corazón por la boca. Uno comentó:

- No sé qué sentido tiene ir tan aprisa.

Dijo otro:

- Nos esperará en lo alto. En cuanto llegue al collado, seguro que se para y aguardará a que lleguemos.

Pero cuando por fin remontaron al collado, lo vieron por las laderas del segundo barranco. Le dieron voces y él les contestó:

- Parece que venís pisando huevos. Así no se puede venir de rutas por estas montañas.

Dos de los tres que se habían quedado rezagados, bajaron a toda prisa con la intención de alcanzarlo antes de que volcara al tercer barranco. Y el tercero, sin decir nada, se vino para la derecha, por donde las rocas del collado se amontonaban, con la intención verlas tranquilamente. Por aquí, por donde se amontonan las rocas en la cumbre que se hace collado, el paso es muy difícil. Pero por entre las grandes grietas de las rocas, fue buscando un camino y poco apoco avanzó. Salió, en unos metros, al comienzo del barranco primero. Y, asombrado, empezó a descubrí que allí estaba el fabuloso manantial. Brotaba, lleno de fuerza, claro y fresco, de la pequeña cueva en una de las rocas. Y, nada más

brotar, caía como en un abanico y barranco abajo se iba en busca del río.

Tan maravilloso le parecía al hombre este hallazgo que, junto a la roca de donde brotaba el agua, se paró. Descolgó su mochila y allí mismo se sentó. Oyó, en estos momentos, que los compañeros lo llamaban, pero no hizo ni chispa de caso. Dejó que se alejaran siguiendo al que ya se había perdido por la ladera del tercer barranco. Y, durante mucho rato, varias horas que se pasaron volando, contempló, meditó, gustó, saboreó, escribió algo en un pequeña libreta y luego, sin prisa ninguna, sacó los alimentos de su mochila y comió. Como un rey, en el centro del más fabuloso de todos los reinos y acompañado de los mejores amigos jamás soñados. Frente al Barranco por donde se iba el agua del manantial y por donde, allá en todo lo hondo y sobre el horizonte, se veía un cielo muy azul repleto de grandes nubes blancas.

Al caer la tarde, todavía con dos horas de sol, el hombre del manantial de las rocas, cargó con su mochila, recorrió el camino que habían andando por la mañana y regresó a la junta de los arroyos. Justo donde por la mañana se habían encontrado y dieron comienzo a la ruta por la montaña. Y, al llegar, vio que los compañeros aun no habían aparecido. No tardaron en asomar y el primero, fue el que había convocado. Subía por la senda de la umbría, la que se conoce con el nombre de Senda de los Buitres, porque roza, al pasar, los acantilados donde anidan los buitres. No se paró a observarlos aunque sí, una gran bandada, por allí mismo estaba planeando. Al llegar a la junta de los arroyos y el cruce de las sendas y encontrarse con el hombre del manantial de las rocas, le dijo:

- Esto no es serio. Con vosotros no se puede venir a la sierra. Fíjate cómo traigo los pies de tanto como he caminado. Llenos de ampollas por todos sitios, sangrando, las piernas arañadas y la rompa empapada en sudor. Vengo agotado, muerto de sed y hambre pero con ganas de seguir comiéndome cada montaña de éstas. Que de mí no se diga nunca que no soy valiente. Por lo menos treinta y cinco kilómetros he recorrido y la ruta ha sido circular. ¡Para que te vayas enterando!
- ¿Y los dos compañeros que faltan?
Preguntó el hombre que había pasado el día contemplando junto al manantial de las altas cumbres. Respondió el devora montañas:
- Creo que vienen por allá abajo pero, como tú, entretenido en todo lo que aparece antes ellos. Que si la florecilla, que si la mariposa, que si la mata de hierba, que si el pino, que si la roca, que si la encina, que si… Esto no es serio. Parecéis niños chicos y por eso, con vosotros no se pueden trazar rutas por estas montañas. Abrid los ojos de una vez y aprender de mi ejemplo.

El hombre de los manantiales de las altas cumbres, no dijo nada más pero a punto estuvo de comentar:
- Pero yo he gozado como nunca en mi vida. El alma, el corazón y todas las fibras de mi cuerpo se me han llenado de la transparencia y belleza del manantial más bello del mundo. ¡Qué espectáculo! Y, como regalo y para siempre, me lo he traído recogido en mi libreta. No necesito más.
Quiso también, en estos momentos, sacar la libreta que traía en el bolsillo y leer lo que había escrito mientras contemplaba el manantial de la cumbre. Para

compartir esta emoción con el de los pies llenos de ampollas y mientras terminaban de llegar los dos compañeros que faltaban. Pero tampoco lo hizo. Aunque sí, pero de espaldas al que había recorrido los treinta y cinco kilómetros.

Porque éste, tomó asiento sobre las rocas, junto a la corriente, se empezó a quitar las botas, metió los pies en el agua pura y clara y empezó a lavarse para curarse, de alguna manera, las heridas de su gran caminata. El de los manantiales de la cumbre, de espaldas al que se moría de hambre, sed y sangraba por todos sitios, trofeos de su heroica hazaña, sacó del bolsillo de la mochila su libreta y repasó despacio lo que, junto al manantial de las rocas sobre la cumbre, había escrito. Y, para sí y con el rumor de la corriente de fondo, susurrante leyó lo siguiente:

Las nubes blancas
que, desde lo hondo del barranco,
se alzan,
qué hermosas decoran
a la sierra en calma.
Y, el azul del cielo
que se derrama
por entre nube y nube,
cuánto engalanan
a la sierra entera
tan callada.
Las nubes y el viento
que suave pasa
regalando besos
al alma,
el agua que brota

y la cascada,
con el cielo añil
y las nubes blancas,
llenan hasta lo hondo
y sacian
y elevan al infinito
y salvan.

3- De rutas por la montañas -II
El roble milenario de la cumbre

Ella, madre de dos niños pequeños, preguntó:
- Además de su vejez, su grueso tronco y la ampulosa copa que sobre la cumbre se mece al viento ¿Qué otra cosa importante hay en ese árbol?
Y él le confirmó:
- Yo sé que ella, y la he visto muchas veces, lo abraza mostrándole el cariño más puro. Como si fuera su propio hermano o el más noble de los humanos. Y he comprobado que, cuando hace esto, la cara se le llena de luz y el corazón de fuerza cada vez que se funde en un abrazo con el tronco de este árbol.
- ¿Y podemos ir a verlo? Lo digo, porque a mí, también me gustaría darle un sincero abrazo. Yo creo en esto.
- Cuando queráis, os lo enseño.

Y, dos semanas después, la madre con sus dos niños, el padre y tres que ahora planean por estas sierras la instalación de un teleférico, quedaron. Justo en el corazón del valle, centro de la grandiosa sierra. Por donde el río grande corre sereno, el puente se refleja en las claras aguas y el aire

siempre huele a espliego. Y la madre, al poco del encuentro y nada más terminar de saludar a unos y a otros, dijo:
- Me arde en el corazón la emoción. Estoy deseando verlo para darle el más sincero y puro abrazo que nadie le haya dado nunca. Quiero comprobar si llena de fuerza y transmite luz. ¿Por dónde va la senda que lleva a esa cumbre?
- La vieja senda, y por eso ya muy rota en muchos tramos, sube enredándose en un juego primoroso con el arroyo que nace justo en la misma cumbre donde crece el noble.
- ¿Pasaremos por los charcos azules que tantas veces me has comentado?
- Pasaremos justo rozando sus aguas y nos bañaremos en ellos para llenarnos de la esencia de los vernos puros.

Uno de los que había venido con la madre, aclaró:
- A nosotros lo que nos interesa es ver el terreno, a lo grande y no por lo pequeño, para elegir los sitios por donde debe ir el trazado del teleférico.
Era la primera vez que él oía esto. Por eso, lleno de curiosidad, preguntó:
- ¿Un teleférico en estas sierras?
- Sí, luego te comentamos porque ahora lo que deseamos es saber si pasaremos por las cascadas. El tramo alto donde se despeñan las aguas de los riachuelos que bajan de las cumbres del roble viejo.
- Pasaremos por ahí.
- ¿Y también por la cerrada?
- La atravesaremos y, aunque no queramos, tendremos que meternos en sus charcos.
Y ya no se comentó más en este momento.

Comenzaron la ruta siguiendo la vieja senda. La que, en los primeros metros, remonta por el borde mismo del río y casi metiéndose en las aguas, en algunos tramos. Por eso, estos primeros metros, son de una belleza asombrosa. Por el agua en sí, del río, por los charcos anchos y alargados, por el rumor que mana de la corriente y por los colores, luces y sombras que por aquí el barranco ofrece. Quizá por esto o quizá por el amor sincero que la madre en su corazón cultiva por todo lo bello, montañas y naturaleza, nada más comenzar la ruta, les dijo a sus dos niños:

- Hoy y siempre que a lo largo de vuestras vidas, tracéis rutas por las montañas, tened claro en vuestras mentes, tres grandes realidades.: Las primera es que, **no sacia el mucho saber y conocer sino el gustar profundamente las cosas**. La segunda es que, **importa más la calidad que la cantidad.** Y la tercera es que, **en todo momento es bueno, para el alma y el corazón, dar siempre gracias al cielo, al Creador de todo, al Dios bueno.** No olvidéis nunca en vuestras vidas estas tres grandes realidades, cuando hagáis rutas por las montañas. Tenerlas siempre presente y ponerlas, entre todas las demás cosas, como los objetivos más importantes.

Los niños escucharon lo que la madre les decía y no preguntaron nada. En ese mismo momento pero, solo unos minutos después, el mayor de los dos, sí preguntó a la madre:

- Y aquella oscuridad allá al fondo, antes de las cumbres ¿también la veremos?

Ella observó despacio y luego preguntó al que ya iba guiando:

- ¿Qué es aquella oscuridad?
Y él le respondió:
- La espesura del bosque, sus colores verdes, la ladera que cae y la sombra de las rocas por donde se despeña la cascada. Ese color oscuro y misterioso es una de las cosas más hermosas que hay por estas sierras. Ya verás la sensación que se siente cuando estemos dentro.
- ¿La veremos de cerca?
- Por lo más denso y virgen de esa ladera, va la senda.

De los dos niños, el más pequeño preguntó ahora a la madre:
- ¿Por qué huele esto a miel?
En sus manos mostraba un tallo de espliego que acababa de cortar de una de las mantas junto a la senda. La madre lo miró y dijo:
- En las montañas, hijo mío, muchas cosas huelen a miel. O al revés: la miel siempre está impregnada del mejor aroma de las plantas de estas montañas. Es la esencia misma, lo mejor de las flores y plantas. Porque la montaña es el lugar donde se fabrican los más delicados aromas del mundo.
- ¿Y todo es gratis?
- Todo, porque Dios nos lo regala. Por eso, tú ahora que eres pequeño y luego cuando seas mayor, siempre que vengan por las montañas, bebe y llénate el corazón de la esencia del espliego que ahora mismo muestras en tus manos. Y dad siempre luego las gracias.
- Las gracias ¿a quién, mama?
- A Dios, el Creador de todo esto.

Y el niño guardó silencio. Aprovechó el mayor para seguir preguntando a la madre:
- ¿Y qué es más importante caminar mucho y aprisa o ir despacio, tocando, viendo y oliendo?
- Las dos cosas son buenas, al ir por las montañas. Pero se saborea mejor la experiencia si vas despacio, tocando, viendo y oliendo. Porque la montaña, si se vive desde dentro, desde el corazón y el alma es, de entre todo, lo más bueno, sano y puro.
- ¿Cómo se puede vivir la montaña desde dentro?
- Acariciando las mantas de espliego que vayas encontrando, parándote junto al charco para ver el juego del agua con el viento, oliendo las florecillas que muestran los romeros, embelesándote con los pajarillos que cantan y con las mariposas que levantan vuelo y mirando, de vez en cuando, al cielo para dar las gracias, en todo momento.
- ¿Y las nubes blancas, mamá, qué son?
- La caricia y el beso del cielo a las montañas. Por eso, debes alegrarte y pararte para mirarlas despacio. Sin que te importe si te queda o no tiempo para subir a la cumbre que habías pensado. La mayor conquista del mundo, la más difícil de todas las cumbres, la ruta más apasionante de cuantas puedas recorrer, siempre es la que lleva al centro del corazón.
Y el niño dijo que no entendía mucho pero que ya se lo explicaría con más claridad en otro momento.

La senda, al poco de empezar a subir, se aparta del río, tuerce para la izquierda, cruza el arroyo y se va por aquí en busca de la gran cuesta. Discurre la senda decorada a los lados con muchas clemátides, enredaderas silvestres, que exhalan un perfume grato. Perfume a miel recién sacada de sus panales, como

dice el niño a la madre y también con sabor a ricas almendras.

Y nada más comenzar la subida por el arroyo, se los encuentran. Cuatro o cinco hombres que por aquí también planean la instalación de un tendido eléctrico. Pregunta el padre, a los que vienen con ellos con la intención de estudiar las cosas para el teleférico:
- ¿Qué es lo que hacen estos?
- Como es lógico, necesitaremos electricidad para nuestro teleférico. No querrás que funcione con la caricia del viento o con las aguas del río.
Y la madre lo ve todo claro. Camina despacio, atenta en todo momento, de sus hijos y no dice nada.

A unos mil quinientos metros arroyo arriba, la senda se adentra por entre juncos, sabinas, enebros, rosales silvestres, espliegos y romeros. Al borde de los charcos, serenos y rebosando de purísimas aguas, toman el sol las ranas. Y al acercarse a ellas los niños con intención de cogerlas, saltan y se esconden entre las algas verdes en el fondo de los charcos. El mayor le pregunta a la madre:
- ¿No paramos un rato y jugamos?
- Al volver lo hacemos.
Y el más pequeño también pregunta a la madre:
- Mamá, si yo ahora mismo montara mi tienda junto a este arroyo y me quedara aquí a dormir una noche entera ¿cuál de las tres cosas que me decía antes, sería esto? ¿Cantidad, calidad o gracias al cielo?
La madre reflexiona un poco y luego contesta:
- Sería calidad.
- ¿Me lo explicas un poco?

- Ya está notando el gran silencio que hay por aquí. Y estás viendo la cantidad de ranas que junto a esta agua cantan. Y estás percibiendo el perfume tan fino y puro que regala el aire que nos roza la cara. Y estás oyendo el rumor del agua y el siseo del viento por entre las hojas de los árboles. Todo esto y mucho más, para escribir un libro entero, es calidad y no cantidad.
- ¿Y seguro que de este modo me llenaría por dentro de lo mejor de estas sierras?
- Claro que sería así.
- ¿Y por qué no montamos, ahora mismo, las tiendas por aquí y nos quedamos?
- Porque en este momento vamos a un lugar muy concreto que se encuentra sobre las cumbres aquellas.

Y cruzan el arroyo. La senda ahora, ya un poco rota, se enfrenta a la ladera y se curva. Uno de los que ha venido con el proyecto del teleférico, comenta:
- Si ya tuviéramos por aquí funcionando el remonte mecánico sería lo más cómodo del mundo superar esta cuesta. Porque vaya cuestecilla. Solo mirarla asusta.
La madre aclara:
- Pero hacerla andando también es bueno y llena.
El hijo mayor pregunta:
- Y de las tres cosas que tú nos has dicho ¿en cuál de ellas encajarías esto?
- En la primera: **gustar profundamente las cosas.**

Se enfrentaron a la cuesta siguiendo el trazado de la senda. Y, al hacerlo, el que los guiaba por estos lugares hacia el roble de la cumbre, se fue

quedando atrás. Con la intención de permitir que la madre tomara la delantera, seguida de sus niños, el padre y los demás. ¿Por qué, el que los guiaba, hacía esto? Para él tenía sentido y lo consideraba importante. Y, al poco, sin que nadie lo preguntara, lo confirmó la madre.

Según caminaban, tranquilamente y observando todos los detalles que antes sus ojos iban apareciendo, dijo a sus niños:
- Y otra cosa que debéis practicar, cuando vayáis con las personas por las montañas, es humildad. No busquéis nunca ser protagonistas de nada. Ni siquiera mostréis interés en ir los primeros mientras se camino.
Preguntó el niño chico:
- ¿Y eso por qué, mamá?
- Porque la humildad es algo maravilloso. Uno no debe valorarse nunca a sí mismo. Es mejor que lo hagan los demás. Cuando uno es humilde, hace que todos los demás se sientan bien y logra que las cosas sean apreciadas en lo que son y no en lo que aparentan. La inteligencia no necesita proclamar nada. Brilla por sí misma, como lo hace cada flor, hasta la más pequeña violeta de estas montañas. Fijaros en ellas: casi siempre viven ocultas entre la hierba, por entre las ramas de los piornos y entre las rocas y son, en cada momento, ellas mismas. Revestidas con su más fina belleza y no tienen necesidad ni de llamar la atención ni de hacer propaganda de nada. Pues que así seáis siempre vosotros, cuando vayáis con otras personas por las montañas. Humildes como las florecillas y auténticos. La inteligencia y la belleza tienen valor por sí mismas. No necesitan ni de protagonismo ni de propaganda.

Llegaron a la mitad de la ladera. Sin agobios ni prisas pero sin detener sus pasos. Junto a unas grandes rocas, se pararon un momento y miraron para el barranco. A lo lejos se veían las grandes montañas de la cordillera de enfrente recortadas en el horizonte. Más hacia ellos quedaba la gran cuenca que abre el río según surca estas sierras. El ancho valle, los arroyos que descienden de las montañas y el barranco por donde habían subido. A un lado y otro, saludaban las anchas laderas, tupidas de espesos bosques. Verde todo como la más pura esmeralda y algunas nubes blancas sobre el azul del cielo, colgadas. El más pequeño de los niños dijo:
- ¡Qué bonito es esto mamá! Gracias por traernos y por enseñarnos a verlo. Y ahora no te pregunto porque sé a cuál de las tres cosas que nos decías antes, pertenece lo que en este momento vemos.

Y todos guardaron silencio. Sin embargo, el niño mayor dijo:
- Yo también lo sé. Ya estoy aprendiendo.
Uno de los del proyecto mecánico, comentó:
- Pero todo sería mucho más interesante si ya tuviéramos el teleférico por aquí funcionando. El día que los remontes nos lleven por estas montañas volando, entonces sí que será fantástico.
Preguntó el padre:
- ¿Por qué será fantástico?
- Porque las personas, sin esfuerzo ninguno, podrán disfrutar de cada rincón de estos paisajes.
- ¿Y es que eso será mejor que recorrerlos a pie, como lo hacemos nosotros hoy?
- Mucho mejor. Fíjate cuantos chorros de sudor se me han caído a mí subiendo esta cuesta. Si lo llego a saber me lo hubiera pensado.

- Pero dentro de cada uno de nosotros, ahora mismo hay una satisfacción que no tiene comparación con nada. ¿No lo estáis notando?
- Lo único que notamos es el sudor que nos chorrea por la cara.

Nadie más dijo nada. Aunque sí el niño chico murmuró otra vez.
- Pero mi mamá tiene mucha razón: Esto es lo más bonito que nunca hemos visto.
Los del teleférico seguían mirando pero solo con la intención de encontrar los mejores sitios para el trazado de su proyecto.

Continuaron la subida y, media hora después, coronaron al pequeño puerto. Por donde ya desaparece la ladera y el terreno se torna llano y por donde siempre hay mucha hierba y algunos pinos centenarios. Y, al descubrir el asombroso paisaje, la madre dijo a sus niños:
- Ya estáis comprobando: el esfuerzo siempre queda recompensado en cuanto se llega a la cumbre. ¿Qué os parece lo que aquí encontramos?
- Lo mismo que ya te hemos dicho, mamá: que esto es mucho más bonito de lo que habíamos soñado.
Y le seguía comentando ella:
- Fijaros en las rocas de aquella cumbre, en el bosque que se derrama por la ladera, en la montaña de este lado derecho, en el barranco por donde se despeña el arroyo, en… ¿A qué merece la pena el esfuerzo que hemos hecho?
- Lo que dices es cierto.
Confirmó el niño pequeño. El mayor preguntó:

- ¿Y podemos darle un abrazo a los viejos pinos de esta pradera y también luego podemos correr y revolcarnos por esta hierba tan verde?
La madre no responde a la pregunta de su niño porque espera que, el que los guía por estas sierras, dé alguna indicación. No sabe qué pero espera algo.

Al llegar a la llanura del pequeño puerto, antes de los charcos azules, la senda sigue. Pero no atraviesa la pradera por el centro sino que se va un poco por el lado de arriba. Buscando exactamente eso: el recorrido más corto hacia los charcos azules. Pero desde la senda, para la izquierda, la llanura se extiende y cae para el barranco del arroyo que baja de la cumbre del roble centenario. La llanura es una gran extensión de tierra llana que hoy toda se la encuentra cubierta con un espeso y fresco tapiz de hierba.

El que los viene guiando por estos lugares los lleva ahora directamente a los claros charcos, siguiendo el recorrido de la senda. Y ahora, la madre sí comenta con a sus niños:
- Ya mismo estamos nadando en las que son las aguas más puras de la tierra.
El pequeño pregunta:
- Pero antes de bañarnos ¿podemos jugar un rato por esta llanura? Es tan bonita y la hierba se ve tan fresca que dan ganas de abrazarla y comérsela.
- Pues venga. Salid corriendo y darle gracias al cielo por maravillas tan bellas.
Y, antes de que la madre termine de pronunciar la última palabra, ya los dos niños saltan y grita atravesando la gran llanura de la hierba fresca. Y, en cuanto empiezan su juego, el mayor le dice a la madre:

- Iremos contando los árboles que nos vayamos encontrando y luego te lo decimos.
- ¡Vale!
Y el más pequeño también le dice a la madre:
- Y yo voy a ponerme a descubrir los pajarillos que viven en cada uno de estos árboles. Fíjate, de ahí sale uno volando y allí revolotea otro y por aquí a otro más se le oye cantar. Los voy a contar todos y luego te lo digo y les ponemos nombre.

Tranquilamente la madre, el padre y el que guía, siguen por la senda. Solo ellos porque los del proyecto mecánico, se apartan un poco para el lado de arriba al tiempo que aclaran:
- Tenemos que tomar medidas con nuestros modernos GPS. Nos los hemos traído con nosotros para luego sacar los tracks y colgarlos en Internet. Que se sorprenda el mundo con estas rutas nuestras y el trazado del más moderno de los teleféricos. Por el lado de arriba de los charcos azules, os esperamos. Porque queremos también encontrar el mejor lugar para observar la cerrada. Esta maravilla de la naturaleza, tallada por las aguas a lo largo de los años, será uno de los alicientes para nuestro proyecto. Debemos procurar que el trazado del teleférico pase por el sitio adecuado al fin de que, los que se monté en él, puedan verla desde la perspectiva más perfecta. Allá en lo alto os esperamos.
Y, el padre dice:
- Como queráis vosotros. Pero un buen baño en las azules aguas de los charcos del arroyo os dejaría nuevos.
- Otra vez será. Hoy, lo principal para nosotros, es lo que ya estáis viendo.

Y sin más, se apartan de la vereda y se van para la montaña de la derecha. De nuevo confirman:
- Por el lado de arriba de la cascada, os esperamos. Y, si vosotros llegáis antes, nos esperáis.
- De acuerdo.
Confirma el padre y los despide.

Sin decir nada, el que viene guiando, cae en la cuenta que, en los últimos tiempos, son muchos los que vienen por estas sierras cargados con modernos aparatos. GPS, los llaman y siempre dicen que es el más estupendo de todos los aparatos. Y lo usan para medir el desnivel acumulado, las distancias, el perfil de las rutas y para luego sacar los tracks y colgarlos en Internet. Cosa de estos tiempos y cosas de algunos que creen estar descubriendo lo que nunca se ha inventado. Esto reflexiona para sí y a nadie comenta nada.

Al quedarse solos la madre pregunta al que guía:
- ¿Queda mucho para la cumbre del roble centenario?
- Desde los charcos para arriba, una hora. Pero como la senda pasa rozando las aguas de la gran cascada, ahí nos pararemos un buen rato para contemplarla. Porque en esto tiene mucha razón: venid a estas montañas y pasar de largo por los charcos azules y por la gran cascada, es perderse lo mejor.
- Por eso queremos bañarnos en los charcos y por eso queremos ir despacio. Cada una de las personas que van y vienen por estas montañas tiene su forma concreta de ver y gustar las cosas. A unos les gusta hacer rutas largas, a otros les interesa subir a la cumbre más elevada, también hay otros que les gusta andar treinta kilómetros en un día y otros buscan

descubrir y coleccionar nombres y ruinas de cortijos y aldeas. Cada persona somos un mundo pero para mí, lo principal en estas montañas, es la calidad y no la cantidad.

Los claros charcos se remansan justo al final de la cerrada. O al comienzo, según se llega desde la gran pradera pero al final según descienden las aguas del arroyo. Y se remansan estos charcos escoltados a los lados por grandes y altas paredes de rocas. En el lecho de finas arenas y adornados con pequeñas matas de violetas. Y los charcos son como espejos donde, además de las luces y sombras que juegan con ellos, se reflejan el azul del cielo y las nubes blancas, los bordes de la cerrada y algunos viejos de tejos. Como si todo hubiera sido tallado con grande esmero y mucho cariño. Todo, la cerrada, la arena que el arroyo recoge en su lecho, la transparencia de las aguas, la estrechura de la cerrada y hasta el fino silencio que en abundancia por aquí se empapa.

Y la senda, viene derecha a estos charcos y, al acercarse a ellos, se para. Como si pretendiera beber de sus aguas o como si deseara dormirse ente la arena que las aguas bañan. Y ellos, el que los viene guiando por estas montañas, los padres y sus dos niños, aquí también se detienen. Justo al borde mismo de los charcos. El niño pequeño comenta:
- Fíjate, mamá, como se reflejan las nubes blancas que asoman allá por el alto cielo.
Y era cierto: por lo más alto de la cumbre del roble viejo, sobre el horizonte azul intenso, un puñado de nubes blancas se cuelgan. Tan blancas como la misma nieve son algunas y otras negras y algunas transparentes. Como si estuvieran hechas de viento. Y

como las aguas de los charcos son tan claras y duermen tan serenas, en ellas se miran las nubes níveas. Como en un espejo o una ventana que se abre en las mismas manos del viento. Comenta la madre:
- Una maravilla más que hoy nos regala el cielo.

En la arena de la orilla, donde la senda se desdibuja y comienza la cerrada, se paran ellos. De nuevo comenta la madre:
- Solo un baño rápido para que se nos entone el cuerpo y se nos alegre el alma. A una y otra cosa hay que darle alimento mientras se recorren las montañas.
Comenta el más pequeño:
- ¿Sabes, mamá? En cada uno de los árboles que hemos visto por la gran pradera de la hierba, he descubierto que vive un pájaro. Uno en cada árbol como si fuera dueño único. Y esto, según pienso yo, es muy importante: porque si en cada árbol vive un pájaro ¿cuántos habrá en estas montañas y en el mundo entero?
La madre no contesta. Ve ella normal que su niño descubra estas cosas. Pero para sí, piensa que tiene razón: si en cada árbol vive un pájaro, es mucha la vida y belleza que hay sobre la tierra. El pequeño otra vez comenta:
- Y me ha gustado mucho descubrir esto. ¿Sabes qué pienso?
- ¿Qué es lo que piensas?
- Que ahora ya soy un poco más culto y también tengo más razones para darle gracias al cielo, como tú siempre nos dices.
- Pues yo pienso también que lo que tú piensas es bueno.

Y la madre, coge a sus niños de la mano. Uno con la derecha y otro con la izquierda y, poco a poco, se los va llevando a las aguas del charco. Las pisan despacio, como si tuvieran miedo de romperlas y, al mismo tiempo, van dejando que las aguas les acaricien. Les dice a sus niños, traspasada de entusiasmo:

- Esto siempre debe ser como un beso dulce y manso. Porque tampoco hay que tener prisa, como tantas veces ya os dicho: en la montaña, en el encuentro con la naturaleza, nunca debemos tener prisa en nada. Para saborear cada bocanada de aire y cada matiz en las plantas y así aprender de ellas. Porque, y esto es otra cosa muy necesaria en la naturaleza, ella siempre tiene mucho que enseñarnos. El viento que ahora mismo respiramos y nos roza al pasar, el sol que nos anda besando, el agua que nos regala su caricia, la arena que estamos pisando, el azul del cielo que nos arropa, las blancas nubes que sobre las cumbres revolotean, el silencio, la luz, las sombras, el aroma de las plantas y los cantos de los pájaros, siempre nos enseñan verdades eternas. Por eso todo por aquí hay que hacerlo despacio y permanecer atentos a los besos y abrazos que las cosas nos regalan de parte del cielo.

Y se adentran en los charcos. Lentamente para que el agua los vaya acariciando con la dulzura del más puro beso. Y los niños, el grande y el pequeño, comentan de vez en cuando:

- Mamá, está fría como la nieve pero es lo que dices tú: su caricia hace cosquillas en el corazón. Y hasta parece que se alegra porque hayamos venido a jugar con ella.

Y el otro niño también comenta:

- Gracias, mamá, por traernos a las montañas y por enseñarnos esta cosas tan buenas. Todo, por aquí, es como tantas veces ya nos has dicho. Amigos buenos que acarician y sonríen sin hacer nunca daño. Como si todas las cosas de la naturaleza estuvieran deseando darnos sus besos y abrazos.
Y confirma la madre:
- De este modo es como se muestra hoy por aquí toda la naturaleza. Satisfecha de que hayamos venido a estar con ella y contenta de que le regalemos nuestros mejores abrazos.

Los suelta de la mano y dejan que se vayan nadando. Desde la orilla hacia el centro pero como si se tratara de un juego delicado. Y las aguas, las purísimas y azules y verdes esmeralda aguas del charco, se abren en olas pequeñas. Navegan despacio y se quiebran contra las rocas de la cerrada. Como en un juego amable y cómplice con los niños y con la madre. Porque el padre los contempla desde la orilla. También se alegran de este bonito día y del paraíso que por aquí han encontrado. Para sí se dice, animado por la caricia del aire sobre su cara: “Hay que ver lo que se disfruta en cualquier rincón de estas montañas. Con cualquier cosa y cuando no se tiene prisa. Hay que ver estos niños míos y la madre guapa, qué bien se lo están pasando hoy, con las sencillas maravillas que el cielo nos regala”. Y oye a la madre que indica a sus niños:
- Mientras surcamos estas aguas y dejamos que nos refresquen, démosle abrazos para agradecer al cielo tan especial regalo.
Y enseguida el niño pequeño dice:
- Mamá, mira que abrazo más grande le doy.

Y salta, se hunde, sale a flote, lanza puñados de agua al viento y juega con el hermano-

Algo después, el niño pequeño, en uno de los momentos de su nado, le dice a la madre:
- Luego cuando salgamos, mientras dejamos que sol nos seque recostados en la arena, nos escribes un poema. ¿Quieres, mamá?
Y al instante el mayor también comenta:
- Sí, por favor. Tú eres tan buena poetisa que hoy nos tienes que regalar con algo que recoja lo que ahora mismo vemos, tocamos y gozamos.

En la dorada arena, por el lado de abajo del charco, frente a la ladera del espeso bosque, al sol, los niños se recuestan.
- Para que los rayos de sol nos sequen y nos acaricien y nos den su abrazo mientras ti, mamá, nos escribes.
Y la madre, satisfecha, junto a la cerrada y también frente al sol, se recuesta. El padre y el que los viene guiando por estas montañas, también se han sentado al lado de abajo, muy cerca de la corriente del arroyo claro que, sereno, rebosa desde el charco y sigue su camino hacia el profundo barranco. Pregunta el padre al que los viene guiando:
- Y los del proyecto mecánico ¿habrán seguido la senda o se habrán desorientado?
- Dentro de un rato lo veremos.
Le confirma el que los viene guiando y sigue fijo en la corriente, como meditando.

El más pequeño de los hermanos le dice a la madre:

- Luego, antes de que recojamos las cosas y nos pongamos otra vez en camino por la vieja senda, tengo que hacerte una pregunta.

Y la madre asiente:

- ¡Vale! Lo que quieras y cuando tú quieras.

Y el mayor también le dice:

- También yo, mamá, tengo para ti una pregunta sencilla pero buena. Ahora guardamos silencio, tomamos el sol y jugamos con la arena mientras tú escribes para nosotros un bonito poema.

Y guardan silencio, mientras siguen en su mundo, mitad fantasía y mitad sueño.

Y la madre, en una pequeña libreta que saca de su bolso, traza unas letras. Mira luego a la corriente del arroyo, a las nubes blancas que por el cielo juegan y al verde oscuro del bosque por la ladera y se pone a escribir despacio:

El agua del arroyo,
la fina arena
y en las rocas colgando
tres violetas.
El silencio callado,
la pradera,
los pajarillos, los pinos,
la quietud quieta
y el día cabalgando
sobre la hierba,
todo en su misterio
de noble esencia
que Dios nos regala
mientras nos besa.
¿A dónde caminamos,
a dónde la senda

nos lleva en sus brazos
de primavera?

Con el agua del arroyo
que se despeña
llenando de sonrisas
toda la sierra,
vamos también nosotros
hacia una estrella
que tras las nubes blancas
nos espera.

Cuando la madre terminó de leer a sus niños este poema, ellos dijeron:

- ¡Qué bonito mamá! El agua del arroyo, la pradera, los pajarillos, las violetas, las nubes blancas, una estrella… Todo es como tú: franca belleza, la de corazón más grande, la más bella y la que sabe enseñarnos que en las pequeñas cosas de la vida, se encuentra el gozo más sencillo de la tierra. Gracias mamá sonrisa, por ser tan buena.

Cinco minutos después, recogen las cuatro cosas que han dejado junto al charco. Toallas, cantimploras, mochilas y se preparan para seguir la ruta. Y, mientras van recogiendo, el más pequeño, otra vez dice a la madre:

- Tengo que hacerte una pregunta pero en secreto. Te lo digo dentro de un rato.

Y, como el niño mayor se ha enterado, también le confía a la madre:

- Y yo, en cuento tú, mamá, tengas un espacio también quiero compartir contigo un secreto.

- Pues ahora, cuando ya dentro de un rato, sigamos remontando por la senda, me contáis vuestros secretos. Seguro que me gustará saberlo porque los secretos siempre son interesantes.

La senda, desde el charco y comienzo de la cerrada, sigue remontando en un juego fantástico con el arroyo y el bosque. Arranca desde el mismo charco y se viene para el lado derecho. Trazando curva para ir ganando altura y adentrándose, poco a poco, en la espesura y oscuridad del bosque. Y, según remonta, se asoma de vez en cuando a la cerrada y busca el mejor terreno para irse aproximando a la cascada. Como si pretendiera colarse en el corazón mismo de las aguas para fundirse con ellas. Así que por todo esto y más aun, la senda y el rincón por donde avanza, es lo más bello de cuantos asombros hay en estas sierras.

Lentamente ellos comienzan la subida. Y de nuevo dejan que sea la madre la que tome la delantera. Pregunta ésta al que los viene guiando por estos parajes:
- ¿Llamamos a los del proyecto mecánico o confiamos en que nos esperan donde nos dijeron?
- Confiamos en que cumplan lo que nos ha dicho.
- ¿Conocen bien ellos estos lugares?
- Yo creo que sí, pero en fin: dentro de un rato lo veremos.

Sobre la cumbre que les supera y hacia donde van dirigiendo sus pasos, siguen presentes las nubes blancas. Muchas de ellas ahora muy pequeñas y algunas casi redondas, como en forma de pequeños mundos. El cielo se ve muy azul y se mueve algo de

viento, que viene desde el lado sur y muy fresco. De nuevo pregunta la madre:
- ¿Tú crees que hoy tendremos tormentas? Y lo pregunto porque bien lo sabes: las tormentas en estas sierras son fenómenos muy normales en estas épocas del año.
- A lo mejor se presenta alguna al caer la tarde pero no hay que tener miedo. Las tormentas en estas montañas son espectáculos fantásticos.
- ¿Te gustan a ti?
- Mucho, porque desde siempre he creído que, de alguna forma nos dicen que el Universo sigue vivo. Las tormentas transmiten mensajes incompresibles para la mente humana.

Nadie más comenta nada. Se produce un momento de silencio. Y, mientras suben tranquilamente por la vieja senda, el pequeño se coge de la mano de la madre. Tira de ella y le susurra al oído:
- Quiero preguntarte algo.
- ¿Es tu secreto?
- Sí que lo es. Pero no quiero que se entere nadie.
- Pues habla bajito que te escucho.

Y, según van subiendo, la madre modera sus pasos y se queda atrás. Un poco retirada del padre y del que guía y, anima a su niño diciendo:
- Ya estoy preparada, cuéntame tu secreto.
Y si más el niño le dice:
- Se trata de este amigo nuestro.
- ¿El que hoy nos ha invitado y lleva por estas sierra?
- Sí.
- ¿Qué le pasa?
- Que me tiene intrigado.

- ¿Te ha hecho lago?
- No, solo que me gustaría saber de qué conoce él todas estas montañas. ¿Tú lo sabes?
- Yo solo sé que este amigo nuestro lo sabe todo.
- ¿Y dónde lo ha aprendido?

La madre guarda un minuto de silencio. Delante de ella y de sus dos niños caminan ellos. El guía y el padre, ocupados en comentar las cosas que van viendo. Y por eso, ajenos a lo que la madre comenta con sus niños. De nuevo le pregunta a la madre, el más pequeño:
- ¿Tú sabes cómo ha llegado a conocer con tanta exactitud todas estas sierras?
- Tendremos que preguntárselo a él pero de lo que sí estoy muy segura es que nadie en este mundo conoce mejor estas montañas. Sabe todos los nombres de los sitios, de las cumbres, de las flores, de las mariposas, de los pájaros, de los árboles y hasta dónde brota cada venero y en qué lugar hay cuevas, cerradas o cascadas. Lo sabe todo con una claridad que asusta. No hay rincón en estas sierras que no se conozca al milímetro, como la palma de su mano.
- ¿Por eso se le nota tan seguro y en sus palabras hay tanta franqueza?
- Quizá por eso pero debe ser por algo más que nosotros no sabemos. Yo creo que en su corazón hay un tesoro inmenso.
- ¿Y podemos preguntarle?
- Sí pero luego.
- ¿Cuándo?
- Cuando hayamos llegado al viejo roble que, en lo alto de esta cumbre, nos está esperando para que le demos un fuerte abrazo.

Y la madre y el niño guardan silencio. La senda describe una curva y, después de asomarse a la cuenca del río grande, se viene para la derecha. Para el cañón de la cerrada y para irse aproximando a la cascada. Poco a poco se va adentrando en la espesura del bosque y por eso la sombra es por momentos más densa. Y también la luz se torna de color verde azul. El niño mayor comenta:

- Parece como si estuviéramos entrando al corazón mismo de una tormenta. ¿No ves, mamá, qué extraño es todo esto?

- Sí que lo es pero no hay que asustarse. El amigo que nos guía sabe a dónde nos lleva y lo que hace.

Y, dirigiéndose ahora al más pequeño, le pregunta:

- ¿Y tu secreto?

- Que cuando sea mayor quiero ser como este amigo que ahora nos lleva por las montañas.

Hay unos segundos de silencio y luego comenta la madre:

- ¡Fantástico! Desde hoy cuenta conmigo para apoyar tu sueño.

Un poco antes de llegar a la cerrada se paran un momento. Justo donde la senda se torna llana y hay como un pequeño mirador natural hacia el barranco. Y el barranco, desde este mirador chiquito, se ve todo profundo, amplio, agreste, solitario, tapizado de verde y partido por la mitad por el arroyo y la cerrada. Más al fondo aun, el barranco, parte de la cuenca alta del río que corre dirección al sur, se divide en varios, en muchas laderas y pequeños arroyos que descienden desde las cumbres.

Observan despacio y nadie dice nada. Como si el alma se les hubiera quedado paralizada y sin

capacidad de encontrar palabras para expresar lo que ven. Solo la madre comenta:
- Es bueno, cuando se recorre la senda, pararse un momento y echar la vista atrás. Orienta y anima para seguir el camino correcto.
Y el niño mayor le pregunta:
- Mamá ¿Cuándo quieres escucharme y te cuento también yo mi secreto?
- Te escucho ahora mismo. ¿Qué es lo que quieres contarme?
- Que cuando sea mayor ya sé lo que quiero ser.
- ¿Y qué vas a ser?
- Escritor.
- ¿Escritor de qué?
- De los paisajes que hoy tú nos estás enseñando. ¿Qué te parece esto?
- Pues que es un sueño muy bello. Y que ojalá cuando seas mayor escribas los libros más buenos.
- Sí, pero lo que yo quiero escribir no será nunca como lo que escriben tantos.
- ¿Cómo será?
- Ahora no te lo sé decir pero lo tengo claro. Porque, como tú tantas veces nos has dicho, en la naturaleza hay tanto y todo tan bello que me gustaría contárselo a todo el mundo.

La madre guarda silencio. También el padre y el que guía y mudos siguen mirando. Pero unos minutos después, ella le dice a su hijo escritor:
- Debes saber que todas aquellas personas que escriben y logran expresar con exactitud y claridad sus sueños, lo que sienten y piensan, pueden ser los más felices del mundo. Cuando se escribe correctamente y con acierto, en el alma se instala una felicidad que no es comparable con nada en este suelo.

Nada pregunta el niño mayor.

Hasta ellos llega el rumor de la cascada despeñándose. Y abajo, no muy lejos del lugar donde se han parado, se ven los charcos. Una cadena de charcos, mucho más grandes que el de la cerrada donde se han bañado y mucho más verdes y alargados. Los árboles del bosque, a un lado y otro del arroyo, se reflejan en las aguas y por eso se torna verdes. También se refleja en ellos el azul del cielo y las nubes blancas. El mayor de los niños otra vez dice a la madre:

- ¿No está viendo qué bonitos son estos charcos? ¿A que entran ganas de bebérselo?

- Y de comentárselo a muchos para que disfruten de este especial regalo del cielo.

- Por eso yo quiero ser escritor cuando sea mayor.

Desde el pequeño rellano que sirve de mirador en la senda, ya la cascada queda cerca. A la derecha y cayendo fabulosa. Y la senda, desde el pequeño rellano, avanza recta, tallada en la roca y cada vez más casi colgada en el precipicio. Tanto y de tal manera que solo verla, asusta. Quizá por eso la madre pregunta, al que los viene guiando:

- ¿Y no hay peligro?

- Ninguno. Desde la noche de los tiempos, los que vivieron y fueron dueños de estas montañas, anduvieron esta senda y nunca a nadie le pasó nada.

El padre les aconseja a los niños:

- De todos modos, id con mucho cuidado pero sin tener miedo. Lo importante es vivirlo y disfrutarlo.

El más pequeño le dice a la madre:

- Y al pasar por la cascada ¿podremos darle un abrazo?

- Claro que debemos abrazarla para que ella se sienta con nosotros hermana.
- ¿Pero de qué modo la abrazamos?
- El amigo que hoy nos trae por estas montañas nos irá diciendo.
Y el amigo, el que lo sabe todo y hoy viene por aquí guiando, camina delante, metido en sí y como meditando. Muy concentrado en los paisajes y en la estela blanca que la cascada despliega según cae.

Con la curva que traza la pared rocosa del acantilado, se ciñe la senda. Cada vez más tallada en la pura roca y cada vez más colgada en el acantilado y el profundo vacío que se abre por abajo. Y hasta ellos, según se aproxima a la cortina de agua, llega el rumor de ésta al despeñarse y las mil gotas pequeñas en que se deshace la cascada.
- ¡Esto es fantástico!
Comenta el mayor de los dos niños.
- Sí que lo es y por eso debemos vivirlo sin prisa. Para gustarlo hondamente y que el corazón se llene de este tan especial regalo.

Y, en estos momentos, la madre se acuerda de los que han venido con ellos. No se les ve por ningún lado y ella piensa que, este acantilado, con la cascada, la profunda cerrada, el hondo barranco, los charcos por el arroyo remansados y al final de todo, la gran cuenca del río chico, para los que han venido con el sueño del teleférico, sería algo muy interesante. Piensa que ellos seguro que dirían:
- Por aquí mismo debe pasar nuestro tren mecánico. Colgado en este inmenso acantilado y rozando las aguas de la cascada. Para que las personas gocen de

este grandioso espectáculo y se les encoja el corazón al pasar por aquí volando.
Esto piensa la madre que dirían ellos pero en el fondo se alegra de que no estén. Y sin embargo los echa de menos. Teme que se hayan perdido o que les haya pasado algo.

Justo por donde la cascada se despeña, en el acantilado rocoso, se abre una cueva. Una cavidad muy ancha que se hunde hacia las entrañas de la montaña, pero solo unos metros. Parece una puerta, en el ancho frontal del acantilado, por donde chorrea el agua de la cascada, como en una fina cortina de seda, sin que entre dentro. Por eso la senda, al llegar justo a donde la cascada se despeña, se va por el lado de atrás de la cortina de agua. Como si quisiera meterse dentro de la cueva. Y lo hace pero solo lo suficiente para pasar al otro lado y seguir subiendo hacia la cumbre de la montaña.

Y ellos, confiando plenamente en el amigo que los guía, se aproximan a la cascada. Y, siguiendo la senda, pasan por detrás de la cortina de agua y entran a la cueva. Ya en el interior, se paran y el que los guía les dice:
- Mirad despacio a través de la cortina de agua que tiende esta cascada.
Y miran tranquilamente. Abajo, en primer plano, se ve el agua despeñándose, luego un trozo del arroyo casi perdido en la espesura del bosque, el profundo tajo abierto en las rocas por la corriente del arroyo y que forma la cerrada donde, hace un rato, han disfrutado de un baño en los charcos claros. Todo sencillamente fantástico y tan grandioso que hasta la respiración se les congela. Y más fantástico es todavía el cuadro

tamizado por la luz que llega desde la derecha y se funde con la cortina de agua que cae en forma de cascada. Comenta la madre:
- Solo por ver esto ya estamos más que colmados, en el día de hoy y para muchos años.
Y el padre añade:
- Y te damos las gracias por enseñárnoslo de la forma en que lo haces: sin apenas anunciarlo, sin creerte más que nadie, sin demostrar nada y sin esperar otra cosa que la satisfacción del gusto por la naturaleza. ¿Puedo hacerte una pregunta?
- Las que quieras.
- Además de tú ¿qué otras personas conocen esta senda, la cascada y cueva en la que ahora mismo descansamos?
Y el que los viene guiando no responde a esta pregunta.

Tal como están mirando se mueven un poco para el centro de la cueva y buscan una pequeña repisa de rocas. Como unos bancos a los lados, por donde no llega el agua pero sí se ve la gran sábana de la cascada cayendo y la luz azul celeste que la atraviesa. El que guía, les dice:
- Sentémonos aquí un momento y escuchad concentrados.
Pregunta el niño mayor:
- ¿Se oye un concierto?
- Sí pero muy concreto, por las melodías en sí y por los instrumentos.
Y le hacen caso.

Junto a la madre se sientan los niños y el padre al lado del amigo. Y guardan silencio durante un rato pero sin dejar de observar la transparencia de la

cortina y sin parar de gustar el olor a algas y musgos fresco que les regala el suave vientecillo. Pregunta el niño pequeño:

- ¿En esta cueva hay tesoros?

Y responde el que guía:

- Los hay pero no como los que tú quisieras.

- ¿Y cómo son entonces?

Y es la madre la que responde diciendo:

- Los tesoros en estas montañas abundan por todas partes. Solo hay que abrir los ojos para verlos y estirar las manos para tocarlos. Pero los tesoros por aquí no son como los de los piratas de los cuentos. Desde que comenzamos esta ruta hace unas horas lo estamos viendo cerca de nosotros, a los lados y un poco más lejos.

Y el niño le confirma a la madre:

- Sí, ya sé en lo que estás pensando.

Y todos guardan de nuevo silencio.

Desde la cueva en la cascada, balcón en el centro del acantilado, la senda sigue. Cruza ahora ya al lado izquierdo del arroyo y, después de recorrer treinta metros colgada en la misma roca del acantilado, se enfrenta a la tierra de la ladera. La que cae desde el collado verde que abre paso a la llanura de la cumbre, por donde crece el roble que vienen buscando. Y por esta ladera, internándose cada vez más en la espesura del bosque, la senda asciende. Claramente visible y cada vez más bella por la fantasía de los paisajes que atraviesa.

Pues ellos, después de unos minutos descansando, en la sombra y frescura de la cueva, observando y gustando la música del agua al despeñarse, se preparan y siguen. Rodean los chorros

de agua de la cascada para salir de la cueva y vuelven a tomar la senda. Se pone ahora delante el que los viene guiando por estas sierras seguido del padre, la madre y los dos niños. De abajo, de la cerrada y por donde se despeña los últimos metros de la cascada, sube un ariecillo muy agradable. Fresco, porque viene de las aguas claras y oloroso porque roza los culantrillos y otras mil plantas rupícolas que cuelgan en el acantilado. Justo al borde del musgo y corriente que se despeña.

Comenta la madre a sus niños:

- Los que han venido con nosotros con el objeto de tomar datos para montar por aquí el teleférico, están un poco equivocados.

Pregunta el niño mayor:

- ¿Por qué, mamá?

- Porque ya estáis viendo: recorrer despacio las sendas que van por estas montañas para irse llenando de las esencias que exhalan las sierras, es una experiencia fantástica. Yo diría que la mejor de todas las experiencias.

- ¿Y con su tren eléctrico no sería tan bueno?

- Ni mucho menos. Y quiero decirte que es necesario el progreso porque así lo quiere Dios y porque es bueno para todos los humanos. Pero el progreso ha de ser siempre muy equilibrado. Si montan por aquí un tren eléctrico tendrán que romperles muchos trozos a estas montañas y las llenaran de cables y de hierros. Y, las personas que luego vengan a estos lugares, subidos en este tren eléctrico, ni mucho menos vivirán la misma experiencia que nosotros hoy.

Y pregunta el niño pequeño:

- Entonces, mamá, entre las dos cosas: tren eléctrico y esta vieja senda ¿Cuál es la mejor?

- Sin dudarlo, la senda que ahora mismo vamos recorriendo.

Y los niños, el padre y el que viene guiando, guardan silencio. Unos y otros quizá no tengan muy claro lo que la madre ha comentado. Pero sí están comprobando que en el recorrido que vienen trazando, a cada paso, el alma se les llena de sensaciones nuevas. De hondas y puras sensaciones, regalos de los colores, luces y sombras y de los mil aromas que manan de estas sierras. Comenta el padre:
- Los que trazaron por aquí esta vereda, más que hacerle daño a la naturaleza, la enriquecieron. Sabían hacer las cosas en un equilibrio casi perfecto.

Sin esfuerzo ninguno, tranquilamente paseando, fueron poco a poco subiendo hasta remontar al collado. Al pequeño puerto a la izquierda del arroyo y que da paso al valle antes de la cumbre. Y la senda por aquí llega como agazapada por entre el espeso robledal, el arroyo por la derecha y la redonda cumbre, por el lado de la izquierda y coronando. Por eso, nada más asomar al collado, asombra el gran espectáculo que por el rincón ofrecen los paisajes. Al frente la llanura, por el centro, el arroyo que la cruza, a la derecha, el cauce asomándose al acantilado, el filo del escalón rocoso y el agua cayendo por la cascada. A la izquierda, la espesura del bosque de robles y, en un raso, las ruinas del cortijo, las nogueras centenarias, los álamos meciéndose al viento y los trozos de tierra donde en otros tiempos estuvieron los huertos. Y, por detrás de las ruinas del cortijo, como coronando en un robusto escenario, la montaña redonda. Por donde cada tarde el sol se oculta y desde donde se domina todo el valle.

Y, al coronar el collado y descubrir la quietud y el verde del amplio valle, el niño pequeño pregunta a la madre:

- ¿Pondremos aquí las tiendas para quedarnos a dormir esta noche frente a las estrellas?

Y la madre le responde con otra pregunta:

- ¿Te gustaría?

- Es lo que más me gustaría. ¿Y sabes por qué?

- Me lo estoy imaginando pero dímelo tú y así me queda más claro.

- ¿Te acuerdas la de veces que nos has hablado del Principito?

- Claro que me acuerdo.

- Pues al llegar ahora a este sitio y ver lo amplio que es y todo tan verde y con tanta agua, he pensado en este niño. A él quizá le guste el desierto y por eso vive en un planeta pequeño y seco. Pero si esta noche nos quedamos a dormir en este valle, cuando salgan las estrellas, a lo mejor lo vemos. Este rincón también está lleno de silencio y tranquilidad, que es lo que más le gustaba a él.

Hubo un momento de silencio. La madre miró a su niño

y luego preguntó al que venía guiando:

- ¿Y el viejo roble centenario?

- Dentro de un momento lo vemos.

- ¿Crece cerca de las ruinas del cortijo?

- Enfrente, por nuestra derecha, no muy lejos del arroyo pero allá en lo alto.

- Es que me muero de ganas de verlo. ¿Tardaremos mucho en encontrarlo?

- Poco tiempo. Pero mientras vamos llegando nos os perdáis la grandiosidad de la llanura, la claridad del

arroyo, las serenas ruinas del cortijo y el bailecillo de las ramas de los álamos.

Sobre un pequeño montículo, donde las rocas afloran y a unos cien metros del arroyo, se ven las ruinas del cortijo. Cuatro trozos de paredes de piedra, tejas rotas, alguna viga de madera y montones de piedras sueltas. No hay más de lo que en otros tiempos sí fue un cortijo muy bonito. Porque ahora hasta las zarzas crecen por entre las piedras y también una carrasca, varios rosales silvestres y un pino chico.

Y ellos, la madre con sus dos niños, el padre y el que los viene guiando, remontan el montículo. Siguiendo el trazado de la senda y se enfrentan a las ruinas del cortijo. Y nada más descubrirlo, enseguida lo ven. Sentado sobre uno de los trozos de pared, frente al valle y explorando su aparato de gps. El niño mayor le dice a la madre:

- Mira, uno de los del proyecto del tren mecánico.

Y él, enseguida aclara:

- Estoy recogiendo los datos necesarios para el buen trazado de nuestro teleférico.

Pregunta el padre:

- ¿Y los compañeros?

- Sobre la cumbre de esa montaña de la izquierda. Desde allí toman unos datos y yo otros desde aquí para luego contrastarlos. Y vosotros ¿qué tal lo estáis pasando?

- Ya lo ves: venimos sin prisa caminando y al fin llegamos.

El niño pequeño, corriendo por la explanada que hay entre las ruinas del cortijo y el arroyo, pregunta a la madre:

- ¿A que este es un buen sitio para montarlas tiendas y quedarnos a dormir esta noche?
- Es un sitio estupendo.
- Porque fíjate cuanta hierba por toda esta tierra y la corriente clara del arroyo pasando por aquí tan cerca. Y fíjate qué nogueras más grandes y cuantos árboles frutales cargados de frutas buenas. Y mira qué encina más gruesa hay allí y este puentecillo de madera para que pase la senda y ahí y aquí… ¿Montamos las tiendas y nos quedamos en este paraíso a dormir?

Cerca de las ruinas del cortijo se ve lo que en otros tiempos fue la tiná para encerrar el ganado. El corral, contraído con tapias de piedras sueltas. También se ven las ruinas de la calera no muy lejos del arroyo y, por el lado de arriba del puentecillo, los restos de una merera. Y todo lo demás, las tierras por donde estuvieron los huertos, se ven cubiertas de monte. Sobre todo de pinos chicos. Pregunta la madre:

- ¿La senda que hemos recorrido venía directamente a este cortijo?

Y el que los viene guiando:

- Casi exclusivamente a este sitio. Que es, ya lo estáis viendo, un pequeño paraíso dentro del paraíso grande.
- ¿Y conoces la historia de este cortijo, de los que vivieron en él y de las tierras por estos sitios?
- La conozco.
- ¿Nos la cuentas?
- Quizá luego pero pienso que es más hermoso no contar nada. Dejar que las personas y las cosas de

aquellos tiempos duerman en la eternidad y que cada uno de nosotros imagine lo que quiera.

Sentado sobre un trozo de pared de las ruinas del cortijo, dejan al de gps. Ocupado él en sus datos para el trazado del teleférico por estas montañas y por completo indiferente a las cosas de la madre y sus niños. Ellos siguen con su ruta hacia el roble centenario de la cumbre. Por el trazado de la vieja senda, cruzan el puentecillo de tablas sobre la corriente del arroyo y se mueven para la derecha. Por entre el bosquecillo de ciruelos y varias frondosas nogueras. A la izquierda les va quedando el cauce del arroyo y, el rumor de su corriente, ahora les acompaña a cada paso. Pregunta la madre:
- ¿Dónde nace este arroyo?
Y, el que los guía, contesta:
- Ahí mismo.

Se paran sobre un pequeño montículo y, frente a ellos, resplandece un bosquecillo de fresnos, donde también crecen muchas zarzas, algunos robles y espesas matas de bujes.
- ¿De aquí salen las primeras aguas del arroyo de la cerrada y cascada que hemos venido siguiendo?
- Aquí mismo brotan las primaras aguas.
- ¿Y el roble milenario que venimos buscando?
- Solo unos metros más y lo vemos.
Dice el niño pequeño a la madre:
- Es el sitio perfecto para quedarnos esta noche a dormir frente a las estrellas. ¿Vamos a montar las tiendas y nos quedamos?
Y la madre le responde:
- Espera un momento.

Siguiendo la vieja senda avanzan unos metros más. Y de pronto y ante ellos, aparece el gigante que vienen buscando. El que los guía anuncia:
- Ahí lo tenéis.
Parados sobre el montículo miran despacio como si ante ellos hubiera aparecido el asombro más fantástico. Y es así: el viejo roble centenario, clavado un poco por encima del manantial del arroyo, se eleva enorme. Mostrando su grueso tronco lleno de heridas y nudos y desparramando sus ramas por un gran trozo de la llanura y ladera. Pero lo que más asombra es su tronco. Retorcido y arrugado, con muchos trozos ya podridos, grandes agujeros en los nudos y con la corteza añosa de tantos años como tiene.

Pregunta el niño mayor:
- ¿Mamá, le damos un abrazo?
- Sí, ahora mismo. Pero vamos a irnos acercando lentamente y con respeto para reverenciarlo según el honor que merece. Y, mientras lo abrazamos, le damos gracias al cielo y a este amigo nuestro y luego dejamos que el alma se nos llene de la sabiduría y los silencios que, en su corazón, este árbol tiene.
Y la madre, llena de un gozo que no puede ocultar porque se le nota tanto en sus palabras como en el brillo de sus ojos y cara, mira ahora al que los ha venido guiando y le pegunta:
- ¿Y la veremos a ella?
- La veremos seguramente. Al caer las tardes, no todas pero muchas sí, aparece corriendo por ese lado de la llanura, llega hasta este árbol, se para frente a él, lo mira, lo abraza, se le transforma el rostro y, después de un rato, desaparece por el mismo sitio que ha venido. Es una visión irreal pero llena de asombro y

dignidad. Ella comparte algo muy especial con la serenidad y vejez de este roble.
- ¡Qué curioso!
Exclama la madre.

Y el niño pequeño comenta:
- Ves, mamá, una razón más para quedarnos a dormir esta noche en estas praderas. Después de darle el abrazo que decimos, aquí mismo ponemos las tiendas y nos quedamos. Y cuando a media noche brillen las estrellas, yo hablaré con mi amigo el Principito para saludarlo y contarle muchas cosas. Y si de madrugada aparece un zorro, le voy a decir que no tema. Que quiero ser su amigo para domesticarlo y así darle una alegría al niño del planeta solitario. ¿A que será bonito todo esto?
- Será más bonito que el más bello de todos los sueños. Vamos ahora mismo a darle un abrazo mientras damos gracias al cielo.

Y, desde el montículo, comienzan a caminar lentamente hacia el encuentro del milenario roble de la cumbre. El fresco vientecillo que sube desde el barranco de la cerrada, mece con tanta suavidad las ramas del árbol que parece que les estuviera dando la bienvenida. Como si se alegrara con ellos del encuentro y del abrazo.

4- La flor, el águila y el manantial, una historia singular

Ya hacía más de un mes que la flor de la pradera, única entre todas las flores del mundo y especialmente para él, le había dicho:
- Quiero compartir contigo un secreto.

- ¿De qué se trata?
Le preguntó él.
- Estoy preocupada desde hace un tiempo.
- ¿Es que alguien ha venido por aquí y te ha asustado?
- Algo así es pero no del todo. Mi secreto no te lo voy a contar hoy. Quiero esperar un tiempo. Pero ahora mismo ¿puedo hacerte una pregunta?
- Pregunta lo que quiera que te voy a responder sincero.

Y la flor de la pradera, desde su escondite entre la hierba, utilizando ese lenguaje propio que hablan todas las flores y solo algunas personas entienden, preguntó:
- ¿Por qué tienes tanto interés por mí habiendo ciento de flores en estos prados y a lo largo y ancho de las sierras?
Y, sin titubear, él respondió:
- Eres única. No hay en todo el Universo, al menos para mí, una flor como tú. Y como eres débil porque tu hermosura es mucha, he decidido que seas la flor de mis sueños. Los humanos no lo saben o lo saben solo algunos pero quiero que sepas una de las cosas más importante es escoger siempre una flor única entre todas las demás. Todas las flores de estas montañas deben ser amadas, respetadas y tratadas como únicas pero solo una debe ser dueña del corazón. Solo una debe ser especialmente única.

Se produjo un momento de silencio y la flor meditó. También él y luego le dijo:
- Quiero que me cuentes tu secreto.
- Lo haré pero ya te he dicho que en su momento.
- Ya desde ahora mismo espero ilusionado

Y se despidieron.

Aquella misma tarde él fue hasta el polluelo de águila. Desde el acantilado miró para el valle y el polluelo dijo:
- El mundo que desde aquí veo es fantástico. ¿Cuándo podré volar?
- Antes de que termine la primavera.
- Lo estoy deseando porque desde hace un tiempo tengo miedo y al mismo tiempo ando ilusionado.
- ¿De qué tienes miedo?
- Hay algo que deseo compartir contigo en forma de secreto.
- Desde ahora mismo soy todo oído para ti.
- Todavía es pronto. Tengo que esperar un tiempo. Pero en estos momentos ¿puedo hacerte una pregunta?
- Claro que sí. Pregúntame lo que quieras. ¿Qué es lo que te pasa?
- Lo que me preocupa y me tiene ilusionado, pertenece al secreto que quiero compartir contigo pero lo que deseo preguntarte es ¿por qué te interesas tanto por mí?
Y, sin dudar lo más mínimo dijo decidido:
- ¿Qué sería de estas montañas sino existierais vosotras las águilas? ¿Qué sería del mundo y de los humanos sino hubiera naturaleza y montañas y, entre los bosques, pajarillos y águilas? Eres tan importante para mí como el aire que respiro.

Hubo un silencio y, mientras el polluelo del águila y él seguía mirando para el valle y dejando que el aire les acariciara, reflexionaron. Luego él dijo:
- Estoy deseando oír el secreto que quieres compartir conmigo. Y ahora tengo que irme.

- ¿Volverás mañana por la tarde?
- Volveré porque tú eres para mí lo diferente en estas montañas. Todo es hermoso y valioso pero a ti te he elegido entre todo.
Y se despidieron.

Solo unos segundos más tarde ya estaba junto al manantial del pino centenario. Nada más verlo, el manantial le dijo:
- Tenía muchas ganas de que vinieras.
- Y a mí me pasa lo mismo. ¿Cómo te encuentras?
- Desde hace unos días estoy preocupado a la vez que ilusionado.
- ¿Te ha pasado algo?
- Sí y no. Pero tengo necesidad de compartir un secreto contigo.
- Me tienes ahora mismo justo a tu lado y dispuesto a escuchar lo que me digas. ¿Cuál es tu secreto?
- Tengo que esperar un poco. Pero en estos momentos ¿te puedo hacer una pregunta?
- Pregúntame todo lo que quieras. Ya sabes que a ti te he elegido entre todos los demás manantiales de estas montañas.

Y el claro manantial que brota en el mismo tronco del pino viejo, dijo:
- De eso es mi pregunta. ¿Por qué muestras tanto interés por mí y nada me pides a cambio, habiendo tantos veneros en estas montañas?
- Porque tú eres también único. Lo mismo que mi flor en la pradera y el polluelo del águila en el acantilado de la cumbre.
- ¿Y por qué somos únicos?
- Si mi flor no existiera, si no existiera el polluelo de águila y si no brotaras tú en este lugar de la tierra, el

mundo y los humanos no serían lo que son. Te necesitamos y por eso eres especial para mí. ¿Lo entiendes?
Y el manantial dijo que no del todo pero que se sentía bien.
- No todo el mundo piensa y se comporta como tú. Y es bueno sentirse respetado y saberse importante. Te contaré mi secreto dentro de unos días.

Y era cierto lo que les decía: para él, de entre tantos millones de cosas como hay a lo largo y ancho de las sierras, Parque Natural de Cazorla, Segura y las Villas, solo eran importantes tres: una pequeña flor, el polluelo de un águila y el manantial del pino. La flor, única porque nunca ha nacido otra igual en este suelo, vivía en una pradera, cerca del gran río y frente a la cumbre de la montaña en forma de bandera. Al lado norte de esta gran montaña y, mirando al valle del río, por donde la pradera con la flor, el águila madre había construido su nido. Justo en lo más escarpado del acantilado que caía desde la cresta de la montaña tercera en atura en estas sierras. Aquí había nacido, al llegar la primavera, el polluelo del águila. Y, desde la repisa que ocupaba en el acantilado, se veía el pino. Uno de los ejemplares más robustos y viejos de estas montañas y crecía por el lado de arriba y a la derecha de la cumbre del nido de águila. Y, justo en el mismo tronco del fabuloso pino, brotaba el manantial. Un pequeño chorrillo de agua clara que, al principio, solo era nada más que un hililllo débil que, por entre la hierba, jugueteaba sin dejar de caer en busca del río.

Él no era de aquí ni vivía en ninguno de los pueblos de este Parque Natural. Pero tenía su casa, por llamarla de alguna manera porque no era una

vivienda al modo de las viviendas humanas, en uno de los sitios más bellos de estas montañas. Justo también en una ladera, mirando al sol de la tarde. Y muy cerca de un pequeño arroyo de agua clara. Brotaba este arroyo allí mismo, casi en las paredes de lo que era su casa. De los agujeros de unas rocas y, enseguida el agua se deslizaba por la superficie lisa de esta rocas y luego se remansaba en un precioso y redondo charco. Como un lago natural en miniatura pero, como todo estaba tallado en la pura roca, la transparencia del agua era total. Por eso en su superficie se reflejaban los árboles cercanos, las blancas nubes que de vez en cuando cubrían el cielo, el azul de este cielo y el verde de los bosques. Y, desde el limpio charco, el agua rebosaba y se iba arroyuelo abajo. Deslizándose por la superficie de las rocas y, al mismo tiempo, tallando un surco no muy profundo hasta caer por la cascada. Tampoco era muy grande esta cascada sino de un metro y medio más o menos de alta. Lo suficiente, sin embargo, para que el agua del arroyuelo se abriera en abanico y cayera como en un juego fantásticamente bello.

Junto a esta cascada, junto al charco y junto a la corriente del arroyo él se pasaba las horas y los días sentado. Siempre en silencio y siempre mirando y meditando no se sabía qué. Porque junto a él siempre tenía un cuaderno, muy diferente a como son los cuadernos que conocemos los humanos y aquí escribía muchas veces. ¿Qué cosas eran las que escribían? Yo tampoco llegué a saberlo nunca del todo. Pero se podía suponer que escribía sus sueños, sus emociones, sus sentimientos, los colores de las tardes y mañanas, la música que dejaba el viento al pasar por entre las ramas de los árboles, los… Vuelvo

a decir que él escribía, a veces durante mucho rato, en su cuaderno, cosas que nunca ha llegado a saber ningún humano.

Y, al caer las noches, todos, todos los días del año, se levantaba de su lugar junto a las aguas del arroyuelo y se metía en su casa. ¿Su casa? Ya he dicho que donde vía no se parecía en nada a las viviendas de los humanos. Pero su casa, incrustada y formada por la pura roca de la montaña, parecía transparente. Como el viento que continuamente subía arroyuelo arriba o como la transparencia del agua que se remansaba en el redondo charco. Tenía, su casa, puertas como las viviendas de los humanos, ventanas, estancias más o menos grandes, habitaciones y hasta una segunda planta. Las ventanas de esta segunda planta miraban a la corriente del arroyo y por eso se veía la cascada, la depresión del barranco, el valle más en lo hondo, el río grande y el horizonte lejano por donde se ponía el sol cada tarde. El lado izquierdo de su casa, el que mira al sur total, también estaba lleno de ventanas. Y desde aquí se veía todas las laderas y crestas de la montaña en forma de bandera. También el cielo azul y las nubes blancas que por las tardes aparecían. Magnífica esta misteriosa y casi transparente casa, siempre asombrosamente bella.

Porque este lugar siempre estaba lleno de una luz que se parecía mucho al resplandor de las aguas del redondo charco. Ni azul ni rojo ni amarillo ni verde. La luz clara que se fundía con la misma transparencia del viento, tampoco era blanca. Parecía como si manara del mismo viento y del suave aroma que también a todas horas invadía su casa. Algo que no soy capaz de describir pero que sí resultaba

delicadamente hermoso a la vista, al olfato y al tacto. Y también al oído porque, en algunos momentos, esta luz parecía manar del rumor de la corriente del arroyo o del siseo del viento al quebrarse por entre las hojas del bosque.

Y él ¿quién y cómo era? Sé, con total certeza, que parecía el dueño máximo y total de todas estas sierras. Porque las conocía mejor que las conozca y las haya conocido nunca ningún humano y por eso lo sabía todo. Los manantiales, los arroyos, los ríos, los caminos, sendas, árboles, rocas, plantas… Todo y de un extremo a otro. Sin necesidad ninguna de moverse de su casa y sin tener que andar los caminos o veredas. ¿Que cómo era posible esto? Alguna vez he pensado que era algo así como cuando los humanos soñamos o imaginamos. Sin tener que movernos de los sitios, recorremos los lugares, los caminos, las sendas, las montañas… Y sabemos de estos lugares sin esfuerzo ninguno ni tener que tocar materialmente las cosas. He pensado alguna vez que de este modo era como él se movía y recorría, cada día, cada noche y cada hora, hasta los más pequeños y apartados rincones de estas montañas.

Aquella tarde de primavera, como todas las tardes desde no se sabía cuando, se fue por los lugares de las montañas. No de rutas, al estilo clásico de muchos humanos, sino rozando, oliendo y tocando cada árbol, riachuelo, rocas y flores en los prados. Y llegó a donde ella. Donde, entre la hierba, su flor única, se abría al sol y se mecía al airecillo que a todas horas subía desde el río. Y, en cuanto estuvo a su lado, la saludó y enseguida le preguntó:
- ¿Cómo van las cosas en tu vida?

- Bien, pero ya te dije: ni soy feliz del todo ni tampoco del todo me encuentro triste.
- ¿Quién o qué te hace daño?
- Nadie pero desde hace un tiempo…
Y las palabras, sin concretar, se quedaron temblando entre los clores de sus hermosos pétalos.

Y fue justo en este momento cuando se dio cuenta él que algo muy serio ocurrió en el interior de su flor. Por eso le dijo:
- Si crees que ya ha llegado el momento de contarme tu secreto habla y dímelo.
- Sí que ha llegado el momento. Tenía que esperar, como te dije, porque necesitaba tener cierta seguridad y ya la tengo.
- Pues dime ¿Qué secreto me quieres confesar?
- Que estoy enamorada.

Y, sin más, él se quedó mirándola y le preguntó:
- ¿De quién o de qué estás enamorada?
- De un príncipe.
- ¿Príncipe en esta montañas?
- Si, un niño pequeño, entre diez o doce años, que ha pasado por aquí varias mañanas.
- ¿Y de dónde viene y a dónde va?
- Llega siempre acompañado de personas mayores, su padre y un hombre con camiseta de colores, y se dedican a hacer grandes rutas por estas montañas. Y por eso, siempre este príncipe de mis sueños, solo hace caso a lo que le dicen estos hombres. Le inculca, en todo momento, la necesidad de recorrer las más grandes rutas, por las laderas y crestas de los lugares más escarpados.
- Para que vayas aprendiendo resistencia y para que vayas desarrollándose en ti el amor por la naturaleza.

Le dicen, los que lo acompañan, una vez y otra.
- ¿Y eso te preocupa a ti?
- Me entristece un poco. ¿Y sabes por qué?

Hubo unos segundos de silencio y luego la flor siguió diciendo:
- Te digo que el príncipe del que me he enamorado es guapo como el sueño más bello. Su cara es tierna y su sonrisa pura como la más fragante primavera. ¡Me gusta tanto!
- Pues te felicito porque enamorarse de la belleza es lo mejor que le puede ocurrir a las flores y humanos en esta tierra. Pero dime ¿qué es lo que te hace sufrir?
- Que nunca se fija en mí. Siempre que lo he visto pasar por aquí iba tan entusiasmado con la ruta que los mayores le metían en la cabeza que a punto ha estado de pisarme varias veces y ni siquiera se ha dado cuenta. Ni me ha mirado ni le ha llamado la atención mis colores ni el perfume que de mí siempre se eleva. Va tan pendiente de lo que le dicen los que le llevan que ni se fija en nada de lo que hay por esta pradera. Como si solo existiera para él, en estas montañas, las rutas que le proponen estos hombres. Y me duele porque un príncipe tan tierno y delicado como él debe ser sensible a los colores de las flores y al vuelo de las mariposas. Pero los mayores que lo llevan solo le hablan de rutas largas, de resistencia, de cumbres elevadas y de la dureza de estas rutas. Sin que tú me digas nada sé que esto no es bueno y menos en un niño como este príncipe de mis sueños.

Otra vez hubo un momento de silencio. Mientras la flor se desahogaba, él la miraba. Miraba también para la montaña donde el polluelo de águila y

por donde el manantial del pino. Y estaba de acuerdo en lo que ella le contaba. Le siguió diciendo:
- Y te cuento este sueño y secreto mío para pedirte ayuda. Necesito, no de tu consejo sino de tu amor sincero. Necesito que este príncipe de mis sueños se fije en mí y que, en su corazón, me convierta en su flor predilecta. Porque, según me dijiste un día, “nadie es príncipe de verdad en esta tierra mientras en su corazón no tenga la presencia y el olor de una flor única”. Por eso quiero que él aprenda y sepa que lo importante en la vida y en estas montañas no es hacer grandes rutas sino fijarse, respetar y amar a las flores de las praderas. Que debe fijarse, con todo interés y cariño, en cada una de nosotras. Es lo que se espera de un príncipe como él. ¿Podrás ayudarme en lo que te pido?

Y él seguía en su silencio, escuchando con interés todo lo que la flor le comentaba. De nuevo ella le dijo:
- Tú, siempre me has dado lo mejor. Cuando te decía que necesitaba un poco de lluvia porque mis raíces tenían sed, enseguida me la regalabas. Cuando te he pedido un poco de sol para que mi sabia se llenara de energía, no tardabas en procurármelo. Cuando te he solicitado que el viento me acariciara, al instante el viento ha venido por aquí trayéndome suaves caricias y los mejores aromas de estas sierras. Tú siempre has sido el mejor para mí obsequiándome con los más buenos cuidados. Por eso hoy te he contado mi secreto. Porque confío en ti y ahora necesito de tu ayuda más que otras veces. ¿Me complacerás en lo que te estoy pidiendo?

Y seguía él sumido en su silencio. Pero, en su cuaderno azul celeste y transparente como el viento, escribió algo. Miró dulcemente a su flor y, como sonriendo, le dijo:

- Tener una flor en el corazón y que sea única como lo eres tú, es lo más valioso de todo. Nada importa más en esta vida que esto.

- ¡Y es tan guapo el príncipe del que me he enamorado! Pero ¿sabes? Mi gran miedo es que, uno de los días que pase por aquí metido en las aventuras que le presentan los mayores, sin darse cuenta me pise y me rompa como se rompen cualquiera de las muchas flores que los humanos destrozan por estas sierras. ¡Me dolería tanto! No ya por la muerte que me diera sino por haber sido causada por él. ¿A que sería una crueldad tremenda morir pisada por el príncipe de mis sueños?

Y, en esta ocasión él sí habló, muy quedamente:

- Claro que lo sería y más tratándose de un niño de corazón puro.

Y ahora los dos guardaron silencio.

Unos segundos más tarde, se despidió de la flor, quedando en que volvería al día siguiente. El sol ya caía por el horizonte aunque todavía a la tarde le quedaba un par de horas de luz. Y, como transportado en los rayos de esta última luz del día, se acercó al polluelo de águila. Nada más encontrarse a su lado le preguntó:

- ¿Cómo te van las cosas, qué es de tu vida y cómo te sientes?

- Cada día con más ganas de que llegue el momento de alzar mi vuelo. Tanto me ha contados mis padres de estas sierras que estoy deseando verlas.

- No tengas prisa. Todo llega en esta y vida y todo pasa y luego termina. La impaciencia nunca es buena.
- Pero ahora, desde hace un tiempo, no soy feliz del todo aunque tampoco vivo lleno de tristeza.
- ¿Qué es lo que te pasa?

Y el polluelo de águila, desde su nido elevado en el acantilado de las rocas más altas, observaba la gran amplitud del valle. Como meditando y al mismo tiempo planeando su primer vuelo sobre estas sierras. Respondió a la pregunta diciendo:
- Tengo pendiente compartir contigo un secreto. ¿No te acuerdas que lo hablamos el otro día?
- Claro que me acuerdo.
- Pues ha llegado el momento.
- Te escucho con todo el respeto que mereces. ¿Qué es lo que te preocupa o cual es tu secreto?
- Lo que quiero que sepas es que estoy enamorado.
Al oír esto, casi la misma confesión que le había hecho la flor de la pradera, él lo miró dulcemente y le preguntó:
- ¿De quién o qué estás enamorado?
- De un príncipe muy bello.
- ¿Ha venido por aquí a verte?

Y pausadamente el polluelo de águila le contó:
- Desde hace un tiempo, desde este mirador tan elevado, lo veo. A veces son tres: el padre, el de la camiseta de colores y el príncipe que te digo. Y otras veces son cuatro o cinco. Siempre van en grupo. Y siempre van a toda prisa por los viejos caminos y las crestas más escarpadas de estas sierras. Les he preguntado a mis padres y, como ellos sí surcan diariamente los azules y bellos cielos de todas estas

montañas, me han contado. Más de lo que te imaginas. Pero ahora, no me preguntes quienes son las personas que le acompañan porque yo solo me fijo en el niño y un poco en algunos de los mayores pero solo porque no me resultan simpáticos. El niño, es tan gracioso, guapo y tierno que daría mi vida porque fuera mi amigo para jugar juntos cada día un rato.

Y en este momento él le dijo:

- Eso es algo muy bueno. ¿Por qué estás triste entonces?

- Porque este niño siempre va por los caminos de estas montañas sin mirar ni hacerle caso a las plantas que roza ni a las mariposas que levantan vuelo a su paso ni a las flores de los prados. Lo mayores que lo llevan y engatusan solo se preocupan de ilusionarlo con grandes rutas, cada vez más complicadas y largas. Para presumir luego de la resistencia de este niño. Como si a ellos solo les interesara recorrer grandes distancia y subir a las cumbres más elevadas. ¿Para qué sirve esto y qué sentido tiene?

Se produjo un minuto de silencio y luego, el polluelo de águila, siguió contando:

- Pero lo que a mí me entristece de verdad no es que este niño pase por estos sitios sin hacer caso a las mariposas, flores o pajarillos que por estas sierras viven. ¿Sabes qué es lo que me entristece?

- ¿Estoy deseando saberlo?

- Más de una vez, empujado y confiando en estos mayores, ha coronado lo más alto de la cumbre del acantilado donde tengo mi nido. Lo he visto asomado al borde del precipicio y lo he saludado sintiendo, en ese momento, un miedo terrible. Pienso que en el más mínimo descuido, puede resbalar y caer por el

precipicio. Y, como yo sé porque me lo han dicho mis padres y tú también, que los humanos no pueden volar, temo por su vida. Y así se lo digo, desde este nido mío, poniéndome a piar fuerte y moviendo las alas pero él ¿sabes lo que hace?

- ¿Qué es lo que hace?

- En lugar de agradecer mi preocupación por él, se pone a dar voces y a tirarme piedras. Y habla con los mayores y les dice:

- ¡Mirad qué bichejo hay en aquellas repisas del acantilado! Voy a ver si con una piedra le acierto y lo hecho de ahí para que salga volando. Debe estar, ese águila, como en una cárcel en ese sitio tan elevado.

Y sigue lanzando grandes piedras desde lo alto de esta cumbre. Como si se divirtiera mucho con esto. Las piedras, algunas muy gordas, estallan al romperse con los salientes de las rocas de este acantilado y pasan rozando mi nido. Y claro, mi miedo, ya te lo puedes imaginar. Sigo piando pero ahora llamando a mis padres para que vengan a protegerme y esto le da a él más motivo para seguir con su juego de persona incivilizada. Pienso que, un día de estos, una de las piedras que contra mi nido lanza, puede alcanzarme de lleno. Acabará conmigo, con este nido y con todas las ilusiones que, desde que nací, estoy soñando. Así que ya ves, por un lado, estoy enamorado de este niño, que se parece al más fantástico de todos los príncipes pero por otro lado, fíjate lo que me hace sufrir por el comportamiento de los mayores y él conmigo.

Hubo otro minuto de silencio y luego él preguntó al polluelo:

- ¿Y qué es lo que has encontrado en este niño para que te hayas enamorado?
- Su tierna belleza, desde luego. Pero lo que más me atrae hacia él es mi deseo de ser su amigo para enseñarle modales. Por encima de todo, yo creo que su corazón es puro. Son los mayores que le acompañan los que no le dan buenos ejemplos. Por eso quiero hacerme amigo suyo. Para decirle que no es bueno que se comporte del modo en que lo hace conmigo y con otros seres de estas montañas. Que no es bueno que se entusiasme tanto en hacer grandes rutas por estas montañas y luego sea tan insensible a las flores, mariposas, riachuelos y aves indefensas como yo. Esto es lo que quiero y por eso te he dicho que soy feliz un poco pero al mismo tiempo tengo triste mi corazón. No me gusta la insensibilidad de este niño de cuerpo tan bello y corazón tan puro. Así que este es mi secreto. Estoy enamorado de un príncipe que no es malo pero que los mayores lo llevan por caminos equivocados. Y te he contado este secreto para pedirte ayuda. ¿Está dispuesto a echarme una mano?

Desde el valle de los prados de la flor subió, en este momento, una fuerte ráfaga de viento. Al recibirlo el polluelo en su cuerpo, abrió sus alas y, como si el corazón se le hubiera llenando de vida, dijo:
- De todos modos, debo sentirme agradecido porque tú sí seas tan buen amigo.
Él guardó silencio y, como la tarde iba cayendo, se despidió y unos minutos después hacía acto de presencia junto al manantial del pino. Le dijo, al chorrillo inmaculado de la cumbre, en cuanto estuvo a su lado:

- Me alegro mucho de verte. Cada día parece que manas más claro y tus aguas son tan finas que hasta el color del cielo se te va, poco a poco, contagiando.
- Gracias a ti por las nieves del invierno y las abundantes lluvias que nos has regalado esta primavera.

Y esto era cierto: la primavera ya estaba terminando y por eso todas las laderas, valles, cumbres y navas, se veían repletas de lustrosas alfombras de hierba. Decoradas con cientos de florecillas en todos los colores y enmarcadas con tupidos bosques también engalanados con relucientes verdes. La primavera, este año, había sido especialmente lluviosa, sin mucho frío ni viento y por eso, los terrenos mostraban por todos sitios, chorros de vida fresca.

Le dijo el manantial:
- Te estaba esperando.
- Yo también tenía muchas ganas de estar contigo un rato. ¿Cómo te van las cosas este año?
- Debería estar alegre y disfrutar de tanto como tú y el cielo me regaláis. Pero me falta algo.
- ¿Qué es lo que te falta?
- Vivo ilusionado y cada día temo. ¿Te acuerdas de los hombres de la casa rural del barranco?
- Me acuerdo porque los veo de vez en cuando.
- ¿Y te acuerdas lo que hicieron con en gran venero, amigo y compañero mío en estas cumbres y que brotaba un poco más abajo?
- Sé que por allí trajeron ladrillos y cemento y largos y gruesos tubos de plástico. Y sé, porque lo veo cada día, que desde hace un tiempo, ya el manantial no existe. Todo entero se lo han llevado por esos tubos

negros y feos de plástico hasta la casa rural del barranco.
- ¿Y a que es un crimen eso?
- Lo es, sin más rodeos.
- ¡Pobre manantial amigo mío! Fue mi mejor compañero a lo largo de muchos años y fue la fuente de vida y el espejo de estos terrenos. A sus aguas siempre venían a beber los ciervos, los pajarillos, las mariposas, las ovejas y hasta las águilas más viejas. Y ahora, fíjate qué árida y fea se ha quedado la tierra por donde antes el agua solo dejaba vida.

Hubo un minuto de silencio y el manantial, el chorrillo de agua clara que brotaba en el mismo tronco del pino, no dejaba de extenderse orgulloso ladera abajo por entre los berros, algunas matas de enebros y la sombra densa del viejo pino. Le preguntó él:
- ¿Es que temes que a ti algún día te pase lo que a tu compañero?
- Claro que lo temo. Pero en estos días mi preocupación se centra en un príncipe pequeño. El sueño de mis sueños.
- ¿De qué me hablas?
- ¿Te acuerdas que el otro día te dije que deseaba compartir contigo un secreto?
- Me acuerdo.
- Pues ha llegado el momento. ¿Quieres escucharme?
- Te escucho todo atento. ¿Cuál es tu secreto?
- Que estoy enamorado.
Y él, para sí pensó: “Lo mismo que la flor del prado y el polluelo del acantilado”. Pero no pronunció palabra y esperó.

El agua clara del manantial, desde su rumor de sonidos de violines, le siguió diciendo:

- Sí, estoy enamorado de un niño pequeño que, desde hace algunos meses, viene por aquí siempre acompañado de personas mayores. Su padre, es uno, el otro es un hombre que siempre trae puesta una camiseta de colores y, a veces, algunos hombres más.

- ¿Y qué es lo que le pasa a este niño?

- Pues que su corazón es muy puro y su cara tierna como las burbujas que yo dibujo mientras me deslizo por esta ladera.

- ¿Y eso es malo?

- Todo lo contrario: es bueno, muy bueno. Entre los humanos, por mi dolorosa experiencia, sé que lo que más falta hacen son niños de corazones puros y miradas sinceras. Cuanto más belleza inmaculada haya en este suelo, más las cosas y las personas darán gracias al Creador del Universo. A Dios.

- ¿Entonces?

- Pues que a este niño, los mayores que lo acompañan, le tienen metido en la cabeza que lo más importante en esta sierras, es hacer rutas de treinta kilómetros al día. Y lo llaman el "rutero pequeño" y a las caminatas que hacen por estas montañas lo llaman "rutear". ¿A que esta palabra es fea y antipática como ella sola? Porque parece como si animara a una lucha para competir no se sabe por qué ni contra quién.

Hubo un minuto de silencio y, a continuación, el manantial siguió aclarando:

- Y tan metido tiene en su cabeza este niño lo de las rutas largas por estas montañas, que ni siquiera se fija en mis aguas claras cuando por aquí pasan o se paran, un minuto, para llenar las cantimploras. Porque ¿sabes lo que hace muchas de las veces que se han parado a beber de mí o a refrescarse con la sombra del pino?

- ¿Qué es lo que hace?

- Se descalza, corta tallos de hierba y todas las flores que encuentra por aquí cerca, echa todo esto sobre las aguas de este manantial mío y se pone a pisarlo. Como si pretendiera hacer una mezcla de barro, con hierba, flores y mis aguas claras. Y esto es lo que hace sin que nadie sepamos, al menos yo no lo sé, para qué lo necesita ni qué placer consigue con ello. Será, desde luego, para él como un divertido juego pero doloroso y feo para mí. Toda mi vida aquí regalando agua a la sierra y procurando que las plantas y la hierba nazcan y crezcan y den sus flores y sus frutos para que un niño de humanos venga un día y haga lo que te estoy diciendo. Y es que no te puedes imaginar lo que me duele ver en él lo que te he dicho. Primero porque él es un niño y, esta forma de comportarse con la naturaleza de estas montañas, con las flores y las plantas, no lo considero bueno. Y segundo porque rompe y enturbia el riachuelo por donde van mis aguas. Me hace tanto daño que, sin que lo sepa, sufro y lloro en silencio.

De nuevo hubo un minuto de silencio. Él miraba embelesado al pequeño riachuelo que dibujaban los hilillos de agua que se iban ladera abajo. Hacia lo hondo del barranco y en busca de los primeros metros del que, unos kilómetros más abajo, ya era un río grande, enormemente bello y asombrosamente claro. Por allá a lo lejos, siguiendo el curso de este río, se veía un gran rebaño de nubes blancas, como esturreadas por el cielo y pastando. Y parecían como si jugaran un divertidos y hermoso juego, jamás inventado por los humanos. Recogió él luego sus miradas hacia el tronco del gran pino viejo.

Y, en uno de sus lados, se quedó fijo mirando. Descubrió que en la corteza del tronco de este árbol había una herida nueva. Y pensó que alguien, sin duda algún humano, con su navaja o cuchillo, allí había tallado su nombre o el de alguna persona amada. Sin importarle los desgarros que había inferido al árbol. Nada dijo de esto al manantial. Pero sí abrió su original cuaderno y en silencio escribió durante un rato.

Al rato, lo interrumpió de nuevo el murmullo del manantial que le decía:

- Y te he contado este secreto mío para ver si tú me ayudas y podemos hacer algo. A pesar de todo, ya te he dicho que este niño es bueno. Su cara parece de seda, sus manitas de caramelo y su corazón, como la caricia del viento en una tranquila mañana de primavera. Por eso me he enamorado de él. Quizá los mayores que lo llevan por estas montañas, sin que lo sepan, le están enseñando lo que no es correcto y él, como niño que es, todo se lo toma a juego. ¿Qué se te ocurre a ti que podríamos hacer?

- ¿Tú qué es lo que quisieras?

- Me gustaría enseñarle sensibilidad por la pureza de un manantial en lo alto de una cumbre, como soy yo. Y también respeto y gusto por las flores que brotan en estas montañas. Y luego, si fuera posible, amor por todo lo pequeño que brota en las praderas, barrancos y laderas. ¿Podríamos nosotros hacer algo de esto que te estoy diciendo?

Y el de la casa transparente frente al manantial de las rocas doradas que miran al sol de la tarde, de nuevo guardó silencio. Sin dejar de mirar al

claro chorrillo de agua que brotaba en el mismo tronco del pino. Cerró su cuaderno, miró con dulzura a las florecillas que por allí cerca crecían y luego dijo:

- La tarde se acaba. Tengo que irme. Vendré a verte mañana.

- Y mientras tanto, si vuelven otra vez por aquí ¿qué le digo o hago?

No respondió a esta pregunta. Se despidió del manantial justo cuando ya la luna asomaba por detrás de la alta montaña que, al otro lado de la llanura, se alza.

Aquella noche, la luna brilló como nunca se ha visto en estas sierras. Tenía una luz tan clara que parecía de día y con un tono azul celeste, semejante a los cielos limpios de las más limpias mañanas. Y, a lo largo y ancho de todas estas sierras, aquella noche hubo un silencio tan denso que parecía que todo había llegado al final de los tiempos. Una noche extraña porque no se parecía a ninguna otra pero hermosa, serena y bella, como el más bello de todos los sueños.

Y él, en su casa tallada en la pura roca y donde el manantial brota y juega con la transparencia, contempla a la noche. Sentado, durante mucho rato, junto a la pequeña corriente que se desliza por la superficie de la roca y muy próximo al redondo charco. Y no dejaba de mirar al cielo, como esperando la presencia de alguien. Y, en el cielo, un poco al sur y por encima de los árboles del espeso bosque que rodea su casa, se veía brilla la estrella. Una lumbrera grande, casi como la luna de la noche clara y reluciente como un sol pequeño.

Y su corazón, aquella noche, estaba lleno de una ilusión mágica. Gozo sereno, paz honda y ancha, sensación de plenitud en calma y luz tan purísima como las más claras aguas de los más limpios manantiales que brotan en estas montañas. Sabía, lo tenía luminoso en su corazón, que al amanecer del día siguiente, llegaría.

5- Un paquete de folios

Junto a la ventana, sobre otro paquete más grande y también de folios, descansa. Sin abrir todavía y ya hace más de un año que se lo regaló. Un paquete solo de cien folios de 80 gramos y blancos. De los que usan los estudiantes para tomar apuntes y por eso son papeles corrientes que solo sirven para las fotocopiadoras, las impresoras y para escribir a mano. Pero ella, al regalárselo aquella última tarde, le dijo:
- Como tú escribes libros, quizá puedas aprovecharlos para tus borradores. Así me recuerdas cuando ya no esté en tu ciudad. Y, si en estos folios escribes cosas de mí, fíjate qué bonito. Ya sabes, lo que más nos gusta y necesitamos las personas es saber que alguien, en algún lugar del mundo y hora, nos recuerda y piensa en nosotros.

Junto a la ventana, mirando a la primera luz de la mañana, se encuentra el paquete de folios. Más de un año hace ya que está ahí. Esperando no se sabe qué y sin abrir todavía. Él, cada día, al mirar por la ventana, lo ve y la recuerda. Y a veces se dice que fue un buen regalo este paquete de folios en blanco. Otras veces lo mira durante un rato y medita. Y en su

corazón se dice que a lo mejor algún día se le ocurre algo brillante y entonces se pone y escribe en estos folios. Como un sencillo homenaje a ella. Y también como una forma de darle las gracias.

Aquella mañana, una bonita mañana de primavera, al amanecer se asomó a la ventana. A lo lejos y por detrás de las montañas, se veían unas grandes nubes blancas. Y, según iba llegando el día, los rayos del sol las iban pintando de oro y plata. Más cerca, justo debajo de la ventana, se veía el viejo acebo. Entre sus ramas ya desgranaba sus trinos un gorrión. El mismo que todos los días, nada más rayar el alba, se venía al acabo y se ponía a cantar. Desesperadamente como si llamara a alguien o como si anunciara el día que iba llegando. Y aquella mañana cantaba con más fuerza y desesperación que nunca. Mudo y quieto estuvo escuchando atentamente durante un rato mientras contemplaba también el nuevo amanecer.

Recordó que hacía un año, este mismo día tres de mayo, recorría la ciudad mostrándole las cruces. Llovía aquel día del año pasado y hoy amanecía raso. Solo una ampulosa nube blanca por el lado en que iba llegando el sol de la mañana. Y por esos mismos montes lejanos la seguía adivinando. Allá a lo lejos, casi en el otro extremo del planeta y en un país mágico. Se preguntaba: “¿Qué estará haciendo ahora mismo y cómo le irá la vida? Un año ya y sin tener ninguna noticia. ¿Pensará alguna vez, como yo, que en algún momento nos encontraremos allá en el cielo? Puso sus manos sobre el paquete de folios y lo observó despacio. Frío, quieto, mudo… Un año entero en el mismo sitio esperando.

Fue solo unos días antes de irse. Al caer la tarde apareció por la calle. Por donde, a la izquierda se clavan y mecen al viento, los eucaliptos y, a la derecha, crecen los naranjos. Al caer la tarde de aquel día, el cielo se mostraba encendido. Como ascuas vivas. Los rayos de sol, los últimos de aquella tarde, prendían fuego a las nubes. Por ello la tarde en sí, el momento y en encuentro, parecía único. Y en realidad lo era. No porque calle arriba se acercara con una pequeña bolsa de plástico en la mano sino porque hasta el aire parecía, de una esencia fina, impregnado.

Todavía desde la distancia se saludaron y, cuando ya estuvieron cerca, mostró el paquete de folios que traía en la bolsa. Y al hacerlo dijo:
- A mí ya se me acaba el tiempo en esta ciudad tuya. He terminado las clases y también he hecho mis últimos exámenes. Ya recojo mis cosas para regresar a mi país. He comprado los regalos y he devuelto los libros a la biblioteca. Y me he dado cuenta que a lo largo de este curso, he ido acumulando tantos objetos que ahora no me caben en la maleta. Tampoco podré llevarlos en las manos. Me paso del límite de peso permitido.

Hubo un momento de silencio mientras ofrecía en sus manos el pequeño paquete con los folios. De nuevo dijo:
- Esto te lo regalo. Para mí ya no tiene valor ninguno y por eso he pensado que a nadie mejor que a ti podría ofrecerlos. Escribes tanto que estoy segura que le darás una muy buena utilidad.
Cogió de sus manos el paquete de folios y dijo:

- Te agradezco el detalle. Un paquete de folios como regalo tuyo cuando ya te marchas para siempre, sí que es un buen obsequio.

Hablaron luego, durante rato, un poco de todo. Y más tarde pasearon por el jardincillo de las rosas. Antes de anochecer, se fu y hubo una despedida muy sencilla. Como un hasta luego y por eso él pensó que, antes de irse a su país lejano, se volverían a ver. Para despedirse con un adiós sincero. Pero no fue así.

Dos días más tarde, el avión que se la llevaba para siempre a su país de nieve, surcaba el aire y el cielo que se ve desde su ventana. Le dijo adiós desde este lugar y la distancia y miró al paquete de folios. En su corazón se dijo:

- Al menos me queda de ti el recuerdo de las veces que has ido por las calles de la ciudad y este paquete de folios. Quizá algún día de estos, para llenar mi tiempo y el vacío que dejas por aquí, me ponga y escriba, en estos folios, algo bello.

Y después de esto ya no dijo nada más. Pero desde aquel momento, a lo largo de un año entero, al amanecer cada día se asoma a la ventana. Mira para el cielo y las lejanas montañas por donde se perdió el avión que se la llevó y mira al paquete de folios. Y siente ganas, a veces, de abrirlo y ponerse a escribir en ellos. Un cuento corto, un relato algo más largo, una poesía, una carta, un diario… No sabe qué pero cada día siente ganas de escribir en estos folios. Y quisiera que fuera sencillo y bello para que sirva como un homenaje a ella. Un homenaje que de alguna

manera la inmortalice en el tiempo y quede eterna. ¡La recuerda tanto!

Pero también cada día, al mirar el paquete de folios frente a la ventana, se dice:

- Pero es que no sé de qué modo darle forma a lo que deseo escribir. No sé cómo hacerlo y es una pena estropear estos folios con palabras mal engarzadas y torpes.

Y sigue mirando al paquete de folios. Un año entero lleva ya junto a la ventana llenándose de polvo y mudo. Quizá algún día de estos, se muera o se vaya a otra parte del mundo y, entonces ¿qué hará o harán con este paquete de folios? Puede que lo usen para hacer fotocopias y puede que lo tiren a la papelera. Pero él quisiera… Cada día lo mira y lo roza con sus manos y la recuerda. Y, sobre todo, al caer las tardes. Y vuelve a sentir otra vez ganas de escribir algo pero nunca lo hace y el tiempo pasa. Y ella sigue viva, como el blanco de los folios que descansa junto a la ventana. Y también perdida allá en la lejanía de donde nunca, nunca volverá.

Solo un día, a lo largo de todo este año y como en forma de ensayo, en una hoja de cuaderno viejo para no estropear los folios, escribió la siguiente poesía:

Estaré frente al tiempo
cada mañana un rato
mirando fijo al cielo
por donde te has marchado.
¿Qué espero
de esta forma soñando
frente al tiempo
cada mañana un rato?

Sueño,
rezo al cielo,
dejo que despacio
me roce el viento
y aprendo
del silencio ancho.
Los folios blancos,
quietos
en la quietud del cuarto,
siguen ellos,
como yo, esperando.

El tiempo, Dios, el azul claro
del cielo en la mañana
lleva de la mano
sin notarlo
y aquí sigo mudo
cada mañana un rato
mirando al ancho cielo
que te llevó en sus brazos.
A veces lloro
y, callado,
rezo de nuevo y digo:
- Estoy soñando.

6- Flor morada

En los primeros días de octubre, llegó. De un país lejano, donde hay mucha nieve casi toda el año y donde casi todas las personas son muy inteligentes. Mucho más que en cualquier otro lugar del Planeta Tierra. Y especialmente los jóvenes. Porque en este país, de donde llegó y nieva tanto, casi todos los jóvenes hacen estudios universitarios. Y ella era uno de estos jóvenes.

Delgada, pequeña de estatura baja, ojos oscuros y pelo también oscuro. Y culta como pocas otras personas a su edad. Por eso hablaba varios idiomas: el ruso, el inglés, el español, el italiano… Precisamente por esto vino a este país tan distante del suyo. Con una beca universitaria, ofrecida por la universidad de su ciudad, en su país. Y era, la beca que había conseguido, para perfeccionar el español a lo largo de todo un curso.

Era comienzo de curso, primeros días de mes de octubre. Venía ilusionada y con muchas ganas de aprender y conocer la cultura del país al que llegaba. Era joven, con mucha energía, con grandes ilusiones y ganas de conocer personas y hacer amigos. Como les pasa hoy en día a tantas muchachas de su edad. Por eso traía sus maletas llenas de libros y el corazón y el alma muy repleta de ganas de vivir experiencias.

Y a los pocos días de llegar él se acercó a donde vivía. En la puerta preguntó y le dieron el teléfono de su habitación. ¿Quién era él? Tenía

intenciones buenas, porque era una persona bondadosa, noble, llena de respeto para con todo el mundo y con su corazón rebosando de vida y ganas de entregar.

Quería solo darse a conocer y que ella supiera que, en este país extranjero, alguien la recibía con cariño y ofreciéndole amistad. Pero no la amistad corriente que tanto se ofrece, especialmente los jóvenes. Él quería solo conocerla y darse a conocer. Que supiera que estaba aquí y que existía. Para que ella tuviera, desde esos primeros días en un país extranjero, alguna persona en la que confiar y a la cual acudir, en el momento que lo necesitara. Sus intenciones eran buenas porque él era bueno, muy bueno. Hombre sencillo, con el corazón lleno de amor y que solo buscaba ofrecer su mano por si en algún momento la necesitaba.

Y así se lo dijo cuando aquella noche la llamó.

- Ni me conoces ni te conozco pero mi nombre es… Y te llamo para darte la bienvenida y ofrecerte mi amistad.

- ¡Pues gracias!

Dijo ella y su voz sonaba dulce, pronunciando correctamente el español. Añadió:

- Yo no conozco a nadie en este país.

Y luego calló. Él le dijo que le gustaría saludarla, si por su parte no tenía inconveniente. Le respondió diciendo que le parecía bien.

- Déjame tu número de teléfono y me pongo en contacto contigo.

Y con agrado le ofreció lo que le pedía. Luego le dijo que el año pasado también había conocido a unas

muchachas que, como ella, habían venido desde su mismo país y ciudad. Y le dijo que había quedado contento porque comprobó que eran educadas, inteligentes y cultas. Pero no le comentó nada más. Y, sin embargo, de las jóvenes que había conocido el año anterior, no tenía bellos recuerdos sino lo contrario. Tristes recuerdos por lo desafortunado de varias hechos. Pero aun así él esperaba que este año las cosas fueran distintas.

Solo dos minutos hablaron y, antes de colgar, ella dijo:
- Ya te llamo y un día de estos nos vemos.
- De acuerdo.
Dijo él y se despidieron. Y en ese momento quedó contento. Ilusionado como cuando se tiene un hermoso sueño y se acerca el momento de realizarlo. Para sí se dijo que el encuentro parecía anunciar un bonito amanecer.

Pasaron los días. Ninguno de los dos daba ninguna señal de vida. Él esperaba con ilusión que ella apareciera. Pero pasó una semana, dos, tres… Un domingo por la tarde, daba un paseo por la ciudad y sonó el móvil. Era la señal de un mensaje. Lo abrió y leyó: “Hola, soy Flor Morada, si quieres podemos quedar hoy a las seis en la puerta de mi vivienda. Saludos”. Rápido le contestó y le dijo que aunque estaba lejos de donde vivía no tardaría nada en llegar al lugar. Eran las seis menos diez. Pero se apresuró, recorrió a toda prisa las calles de la ciudad, subió apresurado la cuesta y a las seis y cinco ya estaba donde ella había fijado. Todavía tuvo que esperar unos minutos y enseguida apreció una muchacha.

No la conocía aun porque por primera vez la veía. Por eso, al acercarse ella, le preguntó:
- ¿Eres Flor Morada?
Dijo que sí y se aproximó para ofrecerle su saludo. No le brindó un beso porque en su país ni es costumbre esta forma de saludar ni tampoco regalar una sonrisa a las personas que no se conocen. Pero sí le dijo que se alegraba por el encuentro.
Y ella afirmó:
- Lo mismo por mi parte.

Charlaron brevemente y luego él la invitó a caminar un poco. Solo unos cuarenta metros para mostrarle dónde vivía. Su casa para ofrecérsela y para entregarle un sencillo regalo de bienvenida. Lo tenía ya preparado y firmado para dárselo. Y había pensado que podría gustarle, como un bonito detalle del primer encuentro y llegada a esta ciudad. Aceptó ella caminar y, tres minutos más tarde, él le mostraba su casa. Le brindó el pequeño libro y luego le dijo que deseaba ser su amigo.
- Para cualquier cosa que necesites. Y si algún día quieres que vaya contigo y te enseñe y explique la ciudad, lo mismo.
Dijo ella que le parecía bien y al poco se despidieron. La acompañó hasta la puerta de su vivienda y, antes de retirarse, le volvió a ofrecer su amistad. Se despidieron quedando en que ella lo llamaría. Le pareció bien. De ningún modo quería que se sintiera molesta ni obligada.

Regresó él, lleno de ilusión por dentro y volvió a su casa. Nada hay más gratificante en este mundo que tender lazos hacia los demás y recibí de los demás el aprecio. Las personas nos realizamos

cuando los demás nos ofrecen su amistad, reconocimiento y respeto. Por eso necesitamos tanto de los otros y de los amigos incondicionales. Él pensaba que ella descubriría esta realidad y que la aprovecharía. Pensó esto y otra vez se sintió bien. Muy feliz y con ganas de vivir.

Pasaron los días. Él esperaba, cada día y cada hora, que diera señales de vida. Porque pensó que si la llamaba y le proponía ir a ver la ciudad o quedar para tomar algo, podría sentirse molesta. Y tenía derecho a que nadie, en este país extranjero, le quitara la paz. Tenía derecho a que nadie la molestara porque para eso había venido: para estudiar el idioma, conocer la cultura y vivir tranquila. Esto es lo que él pensaba y por eso no se atrevía a molestarla. Ella tenía ya su teléfono y sabía dónde vivía. Pero él tenía claro que el respeto hacia las personas es lo primero.

Pero no dio ninguna seña de vida. Ni en una semana, ni en un mes ni en dos. Sin embargo, próximo a la Navidad, un amigo de él y oriundo del país de ella, murió. Él le puso un correo para comunicarle esta noticia y pedirle que viniera al entierro. La novia del joven que había muerto y también paisana de ella, se sentiría animada y consolada. Y él pensó que acudiría al entierro por tratarse de un joven como ella y de su mismo país. Pero respondió al correo diciendo que lo sentía pero que estas cosas le hacían sufrir mucho. No hubo más comunicación. Tampoco nadie supo de esta decisión suya. Muy pocas personas aun la conocían aunque a él le hubiera gustado verla acompañando a los jóvenes de su mismo país.

Llegó Navidad y la felicitó. No tuvo respuesta. Solo cuando ya bien entrado el mes de enero recibió un correo de que decía: “Lo siento pero en Navidad estuve en otras ciudades de tu país. Tenía mucho interés en conocer los museos y monumentos de estos lugares”. Le respondió dándole las gracias por su mensaje y ofreciéndose de nuevo por si algún día lo necesitaba para algo.

Llegó la primavera y Semana Santa. En el país de ella esta fiesta no se celebra. Por eso él la recordaba y cada día y noche, sentía un deseo enorme de llamarla. Para hablarle de esta fiesta y que no se la perdiera. Pensaba que para ella era bueno y pensaba que debía aprovechar todo lo posible la oportunidad que en su ciudad le habían dado. Pero no la llamó ningún día por no molestarla. En cada momento él tenía presente que tenía derecho al respeto y libertad.

Y lo mismo ocurrió cuando unos meses más tarde se celebró la feria. Y la feria de la ciudad donde ella vivía este año es muy bella, interesante y de un gran valor cultural. Pero, aunque le habría gustado llevarla algún día y explicarle las cosas, no lo hizo. Ella se metía en su mundo, mucho tiempo encerrada en la habitación y sola. Sabía él ya que era una chica muy encerrada en sí. Ni siquiera tenía amigos entre aquellos otros jóvenes que, como ella, también habían venido de países extranjeros. De otras ciudades y algunos del mismo sitio y por eso hablaban la misma lengua. Era muy culta, buena estudiante, inteligente y con grandes ilusiones en su alma. Pero también se le iba la vida siempre metida en sí aunque con gran

necesidad de amistad humana y de buenos amigos. Él ya no sabía más de ella.

Pero el curso avanzaba y se acercaba el final. De años anteriores, él sabía que en los primeros días de julio, todos los estudiantes extranjeros, volaban a sus países y casas. Todos regresaban y la mayoría para no volver nunca más. Y ella haría lo mismo. Por eso ya no estaba tan ilusionado como al comienzo de curso. Si a lo largo de todo un año ni siquiera había podido verla una vez, qué más daba ya lo que sucediera ahora. Se acercaba el fin y no había más.

Eran los últimos días del mes de mayo. El mes de la primavera y los primeros escalones hacia el verano. Había terminado la feria y los días estaban lluviosos. Hacía algo de frío y cada mañana el cielo aparecía cubierto de nubes densas. En su país, por estas fechas, aun hacía frío. El verano había llegado pero en su país esta estación del año solo dura unos días. Esperaba él, sin embargo, que en algunos de estos últimos días, apareciera y dijera algo. Y así fue.

Era ya final del mes de mayo y un día, al mirar él el correo por la mañana, encontró un mensaje nuevo. Pensó en ella pero sin demasiado esperanza. Emocionado despacio lo abrió y al leer “Flor Morada”, el corazón le dio un vuelco. A prisa se puso a leer y esto fue lo que encontró:

“¡Hola! Muchas gracias por tus cartas y enlaces. Todavía no he leído todo, pero me gusta. Te escribo para decirte que mañana ya regreso a casa. Quería darte las gracias por todo. Me alegro mucho de haberte conocido. Además eres una persona muy

amable y bondadosa. Lo siento mucho por no pasar mucho tiempo contigo. Como siempre tengo una sensación que molesto a la gente, no quería darte molestias con excursiones y todo esto. De todas formas conocí tu ciudad y a otros lugares de España y te puedo asegurar que me encantó. La gente aquí es muy abierta y agradable. España es un país maravilloso. A ver si vuelvo algún día.

Espero que no vayamos a perder el contacto. No te ofendas si no te contesto en seguida. Como ahora regreso y tengo que hacer muchos exámenes y pruebas, puede ser que conteste con retraso. ¡Muchas gracias! Cuídate mucho. Que Dios te bendiga.

Flor Morada".

Desde la ventana, al norte y por donde las nubes blancas, miró. Desde aquí se oyen y se ven los aviones que salen del aeropuerto de la ciudad. En este momento no cruzaba ninguno por el cielo. Pero sí pensó que en cualquier momento podría suceder. Y pensó que en cualquiera de los aviones que, a partir de este momento, cruzaran el cielo que se ve desde su ventana, podría ir ella. Rumbo a su país lejano y desde donde ya no volvería nunca, nunca más. Y desde la ciudad que a lo largo del curso le había acogido hasta su ciudad hay más de 6000 kilómetros. Mucha distancia a partir de ahora.

Y sin embargo, a lo largo de todo el curso, había vivido a tan solo cuarenta metros de él. Meditando el momento siguió mirando al cielo y luego rezó. "¿Para qué soñar más y seguir esperando?" Se dijo en su corazón, una vez más y de una forma muy

especial en esta ocasión. Y se dijo que sin servir para nada se había quedado para siempre toda la bondad y ternura de su alma. Sin que ella hubiera cogido siquiera un poquito. Nada, ni un solo día. Sin que ella hubiera aprovechado para enriquecerse y vivir una experiencia única. Meditaba esto en su corazón mientras seguía mirando esperando ver pasar algún avión.

7- La muchacha y el pájaro

A veces, lo maravilloso,
lo verdaderamente importante y bello,
lo tenemos cerca de nosotros.
Llamando a cada instante a nuestra puerta
pero casi siempre ocurre
que no lo vemos,
no nos damos cuenta.
Vivimos tan metidos en nuestro mundo,
fantasías y sueños,
que lo mejor de la vida,
muchas veces nos lo perdemos.

Seguramente ella era, sería, una muy buena muchacha. Seguramente. Y seguramente que en su corazón joven hay muy buenos sentimientos y un gran volcán de amor para regalar. Y hasta puede que algún día haga grandes cosas y, algunas de estas cosas, sean muy buenas para la humanidad y para aquellas personas que tengan la suerte de conocerla y vivir cerca de ella. Puede que todo esto sea así y puede

que aun sea mucho más y con mejores realidades. Seguro que ocurrirá de este modo.

Pero de ella tengo algo que contar y quiero hacerlo. ¿Su edad? No llegaba todavía a los veinte años. ¿Su estatura, su pelo, su cara, su cuerpo? Como era joven, todo en ella resultaba atractivo. No ya solo por la belleza material sino por la fragancia de su juventud. ¿Y su forma de ser? ¿Su educación y comportamientos para con los demás? También parecían ser los correctos. Aunque esto ya no se sabe: cada persona vemos las cosas desde diferentes puntos y matices. Unos somos románticos, otros no, algunos amamos las cosas bellas, otros no tanto… Lo importante, como siempre he oído a un buen amigo "es respetar". Nadie tiene derecho a juzgar a los demás ni a exigirle que sea de esta manera o de aquella. Solo Dios es dueño y tiene poder en las personas y cosas. Solo Dios debe juzgar el corazón de cada uno. Solo Dios.

Pero aquella muchacha, joven, muy atractiva, con gran interés por la cultura y por eso, en apariencia, muy culta, se comportó como a continuación digo: vivía en una pequeña habitación de una lujosa residencia. Cara al sol de la mañana pero nunca le llegaba el sol porque la ventana de su habitación se abría en la parte más baja del edificio. Frente a un pequeño jardín con césped, varios álamos y algunas plantas con flores. Por eso, en este jardín, vivían y revoloteaban una pequeña bandada de avecillas. Algunas de ellas de vistosas plumas de colores y de cantos aun más hermosos y dulces. Pájaros que, aunque vivían en libertad, eran sensibles y les gustaba la presencia humana. A todos los

animales, por muy salvajes que sean, les gusta la presencia humana, manteniendo casi siempre, cierta distancia.

Ella había llegado de un país extranjero con el fin de, a lo largo de un curso entero, estudiar el idioma. Pero hablaba muy bien el idioma del país al que había venido. Y le gustaba este país, su cultura, sus gente y la forma de ser de las personas de estas tierras. Era feliz, sin duda, y por eso se sentía afortunada.

También, por lo que parecía, se sentía afortunado uno de los pajarillos que vivía en el jardincillo frente a su ventana. Porque, uno de estos pajarillos, al parecer ya viejo y por eso con más necesidad de amistad con los humanos, se fijo en ella. ¿De qué modo un pequeño pajarillo puede fijarse en una muchacha atractiva? Quizá un misterio pero, a veces, estas cosas ocurren. Los pájaros silvestres, cuando ya se hacen mayores, se vuelven más sensibles y casi siempre buscan hacer amigos entre los humanos. Quizá por la madurez que le da su edad, quizá por la necesidad de compañía y cariño que experimentan o quizá simplemente porque la naturaleza es así. Incluso hasta la de los pájaros.

Y éste que digo se fijó en la atractiva muchacha, nada más advertir que vivía en aquella habitación. La vio el primer día que llegó, en cuanto abrió la ventana y miró al jardín. El pajarillo andaba por entre las ramas de las plantas del jardín y, al descubrirla asomada a la ventana, se quedó inquieto. No le dijo nada a sus compañeros ni a ella pero sí, aquella misma tarde, se puso a cantar muy

entusiasmado. Para que ella lo sintiera y para darle la bienvenida y alegrarle la vida. Era como si, a partir de este momento, sintiera la necesidad de compartir con ella todas sus ilusiones y alegrías. Para llenarle la vida de gozo y cosas buenas. Por eso cantó aquella tarde mucho y con fuerza y lo mismo al día siguiente.

Desde una de las ramas en el rosal del jardín miraba a todas horas por si la veía por algún lado. Quería saber de ella, quería llamar su atención, quería obsequiarla con los mejores detalles que él pudiera regalarte. Quería que supiera que estaba allí, así a su lado, por si lo necesitaba para algo. Por eso, cuando hablaba con sus compañeros les decía:
- Fíjate, con lo hermosa que es, parece débil como un niño y por eso necesita más cariño y ayuda que nadie.
- Pero tú ¿qué puedes hacer por ella si solo sabes cantar y volar de acá para allá?
- Yo sé que, a veces, los humanos lo único que necesitan es cariño. Nada más. Con solo esto son felices aunque ninguna otra cosa podamos darle nosotros.
- Y tú ¿por qué sabes esto de los humanos?
- No hay que ser muy listos ni tener muchos estudios para saber estas cosas. Solo es necesario mirarlos. Se les nota a la legua. Y, si los miras a los ojos, te das cuenta que lo único que necesitan es cariño. A veces los humanos, a pesar de su apariencia, viven en un mar de soledad.
- ¿Y eso es lo que has descubierto en esta muchacha?
- Más cosas, desde luego pero también esto.
- ¿No será que el que necesita de ese cariño eres tú?
- También es cierto. Pero ella, fíjate que débil y sola se le ve cada vez que se asoma a la ventana. Está

deseando hacer amigos, se muere de ganas de amar y, sin embargo, fíjate cuánta soledad tiene y qué pobre se siente. ¿No merece la pena dar la vida por ella a cambio de que sea feliz y encuentre un poco de lo que en su corazón sueña?
- Seguro que será así.
Le dijo algo indiferente otro de los pájaros del jardín amigo suyo.

Salió luego volando y se fue para el pino más cercano. Y conforme iba en su vuelo le dijo al pajarillo romántico:
- ¿No te vienes al pinar?
- Luego, ahora quiero quedarme aquí un rato más por si se asoma a la ventana. Voy a cantarle un par de canciones nuevas y luego voy a llevarle unas ramitas de hierba. Para que se fije en mí y advierta que deseo ser su amigo.
- Como quieras. Allá tú y tus sueños.

Y por el pinar se perdió el pájaro más joven. El otro, el más viejo, y con el corazón ilusionado con la muchacha de la ventana, se puso a cantar fuerte. Melodías muy dulces y bellas para alegrarle la vida a ella. Y, mientras cantaba, no dejaba de mirar para la ventana. Por si se acercaba, verla y aprovechar la ocasión para revolotear de aquí para allá. Con la intención de que se fijara en él y pusiera un poco de atención.

Pero ella aquella mañana, no se asomó a su ventana. Tampoco al mediodía ni al caer la tarde. Aunque sí estaba en su habitación y entró y salió varias veces a lo largo del día. Cuando la vio ir por el pasillo que lleva a la puerta de fuera salió volando

apresurado y se paró cerca de ella. En la baranda de hierro y lanzó algunos trinos para que se diera cuenta que estaba allí. Revoloteó luego y fue a pararse justo entre las ramas de la enredadera que hay a la entrada, a la derecha. Sin formar mucho escándalo y sin comportarse cual infantil que solo busca llamar la atención. Pero sí dejándose ver para que ella se diera cuenta y se fijara en él. No sucedió nada de esto.

Pasaron los primeros días de su estancia en este lugar y país. Pasaron varias semanas y los dos meses primeros. No paraba el pajarillo en su empeño por ella y por eso, todas las mañanas, cuando intuía que era hora de levantarse, cada vez más se acercaba a su ventana y entonaba sus mejores melodías. Y, tan ilusionado estaba con ella que alguna vez se atrevió a revolotear cerca de los cristales de la ventana. Para verla y que se diera cuenta que le interesaba. Pero ella, siempre estaba en sus cosas y nunca prestaba la más mínima atención al pajarillo. Como si su mundo fuera otro o estuviera en otros lugares muy lejanos. Por eso, alguna vez, el pajarillo se preguntaba: "¿Por qué no se fija en mí? ¿Acaso no tiene necesidad de amigos? ¿Tan poca cosa soy yo? Si solo deseo ser su amigo y darle un poco del cariño que tanto necesita. ¿Qué le pasa? ¿En qué realidad tiene sus pensamientos y sueños?" Y, a estas y otras preguntas, nadie ni nada nunca le daba una respuesta.

Llegó Navidad y, como en todas las universidades, dieron vacaciones. Pensó el pajarillo que en esos días iba a tener mucha suerte. Por eso les dijo a sus amigos:
- Como ya no tiene clase pasará mucho tiempo en su habitación. Tendré la oportunidad de verla y también

de cantarle mis mejores canciones. Estoy preparando algunas que son especialmente bonitas. Exclusivamente para ella porque es lo que merece.
Pero no fue así. Porque, a los dos días de estar sin clase, desapareció. No se sabía cómo pero en su habitación no se veía. Tampoco por los pasillos ni por la calle. Se puso triste el pajarillo. Tan triste que se sentía morir y hasta se le quitaron las ganas de cantar. También de comer y de volar por entre las ramas de los rosales. Le decían sus amigos:
- ¿Ves lo que te decíamos? Ni una sola vez, en todo el tiempo que lleva viviendo aquí, se ha fijado en ti. No te necesita ni eres nada en su vida. Pasa de ti. Y ahora, cuando creías que ibas a pasarse mucho tiempo contigo, porque está de vacaciones, fíjate lo que sucede. Desaparece de la noche a la mañana y aquí te deja como si no existieras. Y sobre todo ¿de qué te sirve o ha servido tantos cantos y revoloteos para ella, despertándola por las mañanas y estar tan pendiente de sus cosas? ¿De qué te ha servido? ¿Di?
Y el pajarillo guardó silencio. Estaba tan triste que ni ganas de hablar tenía.

Llegó la primavera y, como todos los pajarillos del mundo, se llenó de entusiasmo. A pesar de tanta indiferencia por parte de ella, olvidaba y seguía manteniendo la esperanza. Algunos de sus compañeros se pusieron a hacer sus nidos y otros se pusieron a colaborar y a cantar con más frenesí. En el jardincillo que ella podía ver desde su ventana, brotaron las rosas y se cubrió el suelo de fresca hierba. También se llenó el aire de perfume y todos los álamos se vistieron con hojas nuevas.

Nuestro pajarillo, cada mañana seguía madrugando y, antes de que saliera el sol, ya canturreaba cerca de su ventana para despertarla. Y a cada instante, al amanecer, al mediodía y al caer la tarde, miraba a su ventana. Con el deseo de verla y aprovechar para acercarse un poco más. Siempre con la ilusión de que ella se fijara en él y se diera cuenta que deseaba ser amigo suyo. Pero la ventana que tanto era el centro y la ilusión de romántico pajarillo, casi a todas las horas del día se le veía cerrada. Cerrados los cristales, quizá para que no entrara el aire y echadas las cortinas quizá para que no le molestara la luz del sol. Y su ventana no daba a una calle por donde pudiera pasar muchas personas o coches. Su ventana sencillamente daba a un pequeño jardín con rosas, hierba, árboles y algunos pajarillos. Pero permanecía cerrada día y noche y por eso a ella nunca se le veía. Solo cuando oscurecía y encendía la luz, a través de los cristales y cortina, parecía haber allí dentro algo de vida.

Y era en estos momentos cuando el pajarillo más se animaba. Desde el rosal se ponía a cantar desesperadamente mientras no dejaba de mirar para la ventana. Y como una y otra vez comprobaba que no le hacía caso alguno, a veces volaba y se venía al dintel de la ventana. Aquí seguía cantando con sus trinos algo ya distorsionados de no parar en todo el día mientras miraba para adentro. No veía nada. Solo una difusa silueta, en ciertos momentos, sentada en una silla, junto a una mesa. Y en otros momentos, moverse de acá para allá. Y era justo en este instante cuando el pajarillo se animaba. Para llamar, de alguna manera, la atención y que ella lo viera y abriera la ventana.

Y también en estos momentos era cuando el pajarillo le ofrecía algún obsequio. Porque los pájaros, así como otros animales, también regalan cosas muchas veces a los humanos como muestra de agradecimiento. Por eso el pajarillo, desde la ventana, volaba sigiloso y del jardín cogía una hebra de hierba o una brizna de pasto y se volvía otra vez al dintel de la ventana. Con el tallo de hierba en su pico dispuesto a ofrecer su regalo. Sobre el poyo de la ventana lo soltaba y otra vez volvía al jardín. Por aquí o por allá, buscaba algún insecto, un mosquito, una abeja, una araña o una migaja de pan y la sujetaba con su pico. Volvía otra vez a la ventana, ahora llamándola con más fuerza. Buscando siempre que ella lo viera y abriera para así ofrecerle el presente. Es, desde luego, lo único que el pájaro podía ofrecer a una persona humana. Y también, desde luego, la máxima prueba de amistad y sincero aprecio. El pajarillo, imitaba lo que veía en sus compañeros. Muchos de ellos ya tenían sus nidos. Habían incluso nacido algunos pajarillos nuevos porque la primavera iba pasando. Y por eso, los pajarillos padres, se pasaban el día yendo y viniendo al jardincillo, a la fuente y a los almendros que había cerca, buscando y llevando alimentos a las nuevas crías.

Nuestro pajarillo hacía lo mismo. Pero en esta ocasión era con ella. Así que sobre el poyo de la ventana él iba dejando trozos de hierba o pasto, insectos y semillas buscados por los cercanos campos. Todo, todo para ella y con el mejor amor del mundo. Por eso, otros compañeros de la muchacha al pasar cerca de la ventana y ver a esta avecilla siempre tan afanado decían:

- Hay que ver este pajarillo qué interés tan grande muestra. Se pasa las horas y los días y las noches sin parar de cantar y revolotear junto a esta ventana. ¿Qué será lo que quiere?
- Seguro se encuentra solo y tiene necesidad de cariño.
- O puede también que desee mostrarle, a la muchacha de esa habitación, alguna realidad que ella desconoce y él cree importante.
- Sea lo que sea, hay que ver qué interés muestra.

Y sin apenas notarlo casi nadie, la primavera se fue acabando. De otros años, tanto el pajarillo como sus compañeros, sabían que al llegar el verano siempre se iban de aquí los estudiantes universitarios. Al final de mayo se empezaban a marchar algunos y, los últimos, en los días primeros del mes de julio. Pero eso, uno de los compañeros del pajarillo le dijo a éste:
- Date ya por vencido y ceja en tu interés por ella. Solo quedan cuatro días y medio para que se vayan. Y si a lo largo de un año entero no ha mostrado hacia ti ningún interés ¿qué esperas en los tres días que quedan?
Y el pajarillo no hizo caso alguno. Cada día y cada mañana, ahora ya algo cansado, seguía pensado en ella. Cantando al amanecer, a media mañana, durante todo el día, por la tarde y buena parte de la noche. En la ventana se posaba cuando él notaba que estaba en su habitación y, de aquí para allá, iba sin parar nunca de cantar. Y, en algún momento, para sí se decía: "Lo que me dicen mis compañeros creo que es cierto. En los pocos días que le queda ¿qué puedo darle yo? Aunque se fijara por fin en mí ¿cómo podría hacerme amigo ya en tan poco tiempo? ¿Y qué aprendería de

mí en estos tres días y medio? ¡Es tanto lo que he quiero darle!”

Una mañana temprano, justo ya en los últimos días de mayo, salió ella por la puerta principal. Detrás de sí arrastraba una gran maleta y en su mano llevaba un bolso. Y, justo al salir se encontró con dos amigos. Al verla le preguntaron:
- ¿Te vas de viaje?
- Ya me marcho a mi casa.
- ¿Para siempre?
- Sí, definitivamente. Ya he terminado el curso en este país extranjero para mí y regreso a mi casa para siempre.
- Pues que tengas buen viaje y te vaya bien la vida.
- Lo mismo os digo.
Y se despidieron.

El pajarillo del jardín lo oyó y vio todo. Estaba allí mismo. Entre los rosales que ya habían florecido y por eso mostraban muchas rosas. También estaba allí, junto a él, el compañero que no paraba de ir y venir al pinar de enfrente. Le dijo:
- ¿Ves lo que te decía? Ni siquiera se ha despedido de ti. Se marcha para siempre y mira lo que te ha pasado. Has hecho el tonto un día detrás de otro. Te lo venía diciendo y ni caso me has hecho.

Y el pajarillo guardó silencio. Voló a la ventana y miró otra vez para adentro. Y ahora sí, la ventana estaba abierta de par en par y por eso pudo ver con claridad la morada donde, a lo largo de un año entero, había vivido su sueño. Pero ahora la habitación estaba por completo vacía y llena de una enorme soledad y silencio.

8- La muchacha que pintaba cuadros

Él tiene creído que ella ha perdido una de las más bonitas oportunidades de su vida. Quizá nada importante para su currículo pero sí valiosa y enriquecedora. Así me lo ha dicho varias veces y, además, por lo ocurrido, se siente triste.

Le pregunté y me dijo que ella era joven, estudiante universitaria y, al comienzo del curso, llegó a Granada. De un país al otro extremo del Planeta pero hablando muy bien el idioma. Y tuvo la suerte de conocerla a los pocos días de llegar. Amable se mostró ella, muy amable y, desde el primer momento mostró mucho interés por conocer. Por eso un día, a los pocos de llegar, le confesó:
- A mí me gusta dibujar.
- ¡Qué bien y qué sorpresa! Valoro mucho todo lo artístico.
Yo escribo libros.
- ¿De qué temas?
- De naturaleza, rutas, relatos, poesía… Un cuento he terminado hace unos días.
- ¿Cómo se titula?
- "Historia de un bolígrafo romántico". Y he quedado contento. ¿Te atreverías a ilustrarlo?
Y decidida contestó:
- Claro que sí.
Y él se sintió afortunado.

A los pocos días llegó Navidad. Ella se fue a su país diciendo que volvería en dos semanas, más o

menos. Pero terminaron las vacaciones de Navidad y no volvió. Tampoco un mes más tarde ni antes de que acabara el invierno. Varías veces se escribieron y él siempre le preguntaba por el día de su regreso. Le contestaba diciendo: “No te preocupes que en cuanto vuelva, serás el primero en saberlo. Tengo ganas de empezar a ilustrar tu cuento”. Y creía ciegamente en sus palabras. Por eso, ilusionado como un niño chico, seguía esperando.

Continuó corriendo el tiempo y, mientras tanto que esperaba su regreso, soñaba en solitario siempre con el pensamiento puesto en ella. Y, cada vez que recorría los sitios de la ciudad, calles, plazas, barrios y cármenes, se paraba a soñar. Para sí, una vez y otra se decía: “En cuanto vuelva quiero traerla por aquí para que vea. Este rincón es fantástico para pintarlo. Y le voy a pedir que se anime y lo dibuje. Para que así, durante el tiempo que todavía pueda vivir por aquí, cree una buena colección de pinturas bellas. Puede que ella ni lo haya soñado pero seguro que luego, cuando pase el tiempo, se alegre. No todas las personas tienen la suerte y pueden crear una obra pictórica con los sitios que ha ido conociendo”.

Estas reflexiones y otras parecidas se hacía él en su ausencia y siempre soñaba con su vuelta. Y también se ilusionaba, por las tardes y por las noches en el silencio de su cuarto, pensando en las ilustraciones para su relato. Creía, ciegamente, que ella también iba a ilusionarse mucho con este sueño suyo. Por eso, para sí, ilusionado se decía: “Seguro que me gustará mucho tener mi libro ilustraron por ella. Así, cuando ya se vaya definitivamente, la recordaré durante mucho tiempo. Y, si publico este

libro mío, qué satisfacción será también para ella. Haber pintado, en el tiempo que ha estado por aquí, los sitios más significativos de la ciudad y, al mismo tiempo, haber ilustrado un libro inédito, seguro que para ella será muy grato. Se dará cuenta de ello más tarde, cuando pase el tiempo. Por eso tengo tantas ganas de que vuelva".

Y otra vez le escribió. Le volvió a contestar ella con el mismo mensaje: "No te preocupes que, en cuanto vuelva, serás el primero en saberlo". Y se quedaba en paz, creyendo ciegamente en sus palabras. Pero siguió corriendo el tiempo. Pasó todo el invierno, llegó la primavera y día a día también se iba yendo. Muy hermosas se pusieron las calles, plazas y jardines por las que él seguía yendo solitario sin dejar de soñarla. Y la echaba tanto de menos que hasta se le llenaba el alma de pena viendo que no estaba. Se decía: "No tendrá otra oportunidad como ésta". Y pensaba así porque sabía que solo un año iba a estar por aquí. Un año al que ya le faltaba bastantes meses.

Y llegó el verano. Con su calor y sus días soleados. Se acerba el final del curso universitario. No del todo pero sí algo iba perdiendo poco a poco la esperanza de que volviera. Y por eso ahora se decía: "Aunque vuelva, ya solo podrá estar por aquí unos pocos días". De nuevo le escribió: "¿Estás en Granada o sigues todavía en tu país? Y si es así ¿cuándo vuelves?" Y a las pocas horas recibió la respuesta: "Hola, ya hace más de un mes que he vuelto. Estuve tan liada los últimos días que ni siquiera pude decírtelo".

Fue para él una sorpresa desconcertante. Llevaba ya más de un mes viviendo a solo cuarenta metros de él y nada le había dicho. "¿Por qué?" Se preguntó y todos sus sueños se le desvanecieron. El curso estaba acabando. Solo dos semanas quedaba para el final. Se dijo: "¡Tan poco tiempo para hacer nada! Si me ha ocultado el día de su vuelta será por algo. Mejor es ya no seguir soñando ni esperar nada de todo aquello que tanto me había ilusionado".

Solo unos días más tarde, ella se volvió a su país para siempre. Sin ni siquiera haberse visto para saludarse ni para despedirse. Y él pensó y sigue pensando que ella ha perdido una de las oportunidades más bonitas de su vida. Y, por lo ocurrido, se siente triste

9- La muchacha de la coleta

Sinombre, muchas cosas yo he compartido contigo, desde aquel primer día en que te conocí. Y tú lo sabes y la niña nuestra y la princesa y algunas de las amigas que siempre vivirán en el corazón. Y muchas de las cosas que he compartido contigo, con la niña y el Anciano, las he dejado escritas. Para la historia y, especialmente, para la niña. Sin embargo, cada día que pasa, parece que tengo más y más cosas para seguir compartiendo. Y ahora que faltas, porque ya te moriste hace tiempo, hay días que me muero en ganas de contarte lo que vivo y siento. Las pequeñas pero hermosas historias que cada día veo, me cuentan o sueño.

Por ejemplo, hoy cuando ya el verano ha comenzado y amanece un sábado fresco, tengo necesidad de contarte una historia muy curiosa. Bonita y triste, romántica y sincera y por eso con un valor muy concreto. Me la comentó un hombre no hace mucho y, al saberla, me dolió a la vez que me invadió un sentimiento agridulce. Ya sabes cómo soy y sabes cómo son mis sentimientos.

Y claro que aquel día me dije y me digo ahora que él se lo debía haber dicho. Sí, a la muchacha de la coleta, que ni tú ni yo ni nadie conoce. Pensé y pienso que si se lo hubiera dicho habría servido para algo. Al menos a ella le habría servido. Y aunque la realidad de final no hubiera sido diferente a como ha resultado, puede que a ella le hubiera gustado y hasta se hubiera sentido dichosa. Seguro que sí. Yo al menos así lo creo.

¿Que de qué historia estoy hablando? Te la cuento brevemente pero sin dejarme lo fundamental para que tengas idea exacta de lo que fue y cómo. Ya te digo: lo más parecido a un sueño mitad fantástico y mitad romántico pero que llega al corazón y duele a la vez que serena. “La muchacha de la coleta” lo he titulado y la razón es por lo que a continuación te cuento:

Él vivía solo, en una lujosa casa rodeada de un gran jardín. A las afueras de la ciudad y en las laderas del cerro. Y alrededor de su vivienda y jardín había mucho terreno privado. Cerca se alzaban algunas facultades y un edificio grande para universitarios. Residencia de estudiantes donde vivían muchos extranjeros. Jóvenes que lo más que estaban

por el lugar era un año. Y por eso se les veía como de paso. La mayoría, lo que duran un curso académico pero otros, solo unos meses.

Y él, cada día y con solo asomarse a su ventana, los vía pasar casi a cualquier hora y también por la noche. Algunos iban solos y las muchachas casi siempre el grupos de dos o tres, con sus libros, escuchando música, hablando por teléfono o comentando entre sí. Todo normal como la vida misma. Y aunque él, en muchas ocasiones, deseaba acercarse a ellos y saludarlos, por la necesitad de tener amigos, no daba el paso. Ya sabes: como la vida misma.

Se acabó la primavera y llegó el verano. Llegaba también el momento en que finalizaba el curso y los estudiantes se iban. En los primeros días de julio el calor se hizo presente. Durante el día el sol quemaba con fuerza pero en cuanto oscurecía, a lo largo de toda la noche y luego de madrugada, siempre refrescaba. Tanto que, por las noches y de madrugada, daba gusto salir a dar un paseo o sentarse en algunos de los rincones del terreno privado.

Por eso él, aquel día tres de julio y a las once de la noche, estaba asomado a su ventana. Simplemente escuchando el silencio y aprovechando el fresco airecillo que corría. Y no miraba a nada ni esperaba a nadie. Ya te he dicho que vivía solo. Y, aunque tenía sueños como todo el mundo, en su vida había también un gran vacío y escasez de esperanza. Y aquella noche, a las once en punto, cuando todo estaba sumido en el más profundo silencio y el

airecillo corría fresco, sintió pasos. Subiendo por la calle que pasa justo por delante de su ventana.

Pero aunque te he dicho, Sinombre, que la calle pasa justo por delante de su ventana, no es así exactamente. La calle sube desde el lado izquierdo, tapada por la casa donde vive él y, justo al llegar a la ventana, aparece y luego sigue subiendo. Pasa por delante de su ventana pero no cruzándola de un lado a otro sino biselándola. Por eso él, primero oyó los pasos y luego miró. No vio nada hasta unos segundos después. De pronto apareció calle arriba y venía corriendo.

Era una muchacha joven, no muy alta, con el pelo negro recogido en una coleta y venía sola. Y lo primero que le llamó la atención fue su coleta. Colgaba hermosa, como en un manojo de luces y sombras y se balanceaba de un lado a otro. A cada paso que daba su coleta se mecía, como si jugara con el mismo viento. Y al verla, se quedó sorprendido. Por lo que tenía de hermoso, romántico y poético, ver a una muchacha sola haciendo deporte a estas horas de la noche. Y también por lo que tenía de frescura y vida y por la soledad de la calle y porque ya era final de curso.

Según pasaba por delante de su ventana la siguió mirando y al poco se le tapó con las ramas de los árboles del trozo de jardín que tenía enfrente. Pensó que seguiría por la calle que le da la vuelta al recinto ajardinado y que volvería en unos diez minutos. Y así fue: a los diez minutos sintió otra vez los pasos y enseguida apareció. Corriendo rítmicamente y con sus coleta saltado de un lado para

otro. En unos segundos se tapó otra vez con las ramas de los árboles y ya no volvió más. Aunque la esperó no volvió más aquella noche pero sí a la siguiente y luego otra noche después y otra más.

Y, durante un tiempo, cinco o seis, todas las noches a las once y cuarto en punto, aparecía calle arriba. Siempre solitaria y siempre con su coleta bailando sobre sus espaldas. Desde su ventana, sin que ella lo viera, la seguía fielmente cada noche y contaba las vueltas que le daba al jardín de su casa. Y cada vez más le parecía que la visión de la muchacha de la coleta haciendo deporte a las once de la noche y solitaria, era un sueño. Algo muy romántico y hermoso y por eso le llamaba tanto la atención. Y en el fondo le gustaba aunque no sabía por qué. Pero por esto empezó a esperarla cada noche asomado a la ventana y empezó a soñar bajar a la calle y, cuando ella pasara, decírselo. Pero se preguntaba:
- ¿Y qué le digo cuando la pare? Ninguno de los dos nos conocemos y yo, ni siquiera he visto su cara. Siempre la veo solo de espaldas. Seguro que al verme y saber que cada noche la espero, va a sentirse extrañada y seguro que dejará de pasar por aquí.
Y era cierto. Ni siquiera sabía aun de qué color eran sus ojos ni la forma que tenía su cara. Al pasar por delante de su ventana no podía verla de frente. Siempre de espaldas.

Avanzó el mes de julio, cada día con más calor y se aproximaba el final de curso. Justo el viernes once de julio, a las once y cuarto exactamente de la noche, apareció otra vez. En esta ocasión con una falda corta y una camiseta. Y con su coleta de pelo negro bailando sobre sus espaldas. Fueron cinco

segundos mágicos porque rápidamente se tapó con las ramas del árbol del jardín que hay frente a su ventana. Pensó para sí: “Volverá en unos diez minutos”. Y volvió. Corriendo lentamente y metida en sí. Y ahora se volvió a decir: “Dentro de otros diez minutos aparecerá otra vez. Sería el momento de esperarla y, al pasar por aquí, decirle que se pare. Y, cuando lo haga, le digo que solamente pretendo que sepa que me resulta curioso verla cada noche corriendo en solitario. Ahora es el momento”.

Pero no se atrevió bajar y esperar a que pasara. Ella lo hizo, tal como había imaginado él, solo diez minutos después. Ya sabía con toda exactitud el tiempo que tardaba el darle la vuelta al recinto ajardinado. Y, cuando esta noche pasó por tercera vez, de nuevo pensó que sería la última. Eran ya casi las doce de la noche. Pero no fue así. A los diez minutos apareció de nuevo y así hasta nueve veces seguidas. Se volvió a decir: “Más de diez kilómetros tiene ya esta noche recorridos. Es una muy buena marca. Si vuelve otra vez, seguro que ya será la última vuelta que realice esta noche. Y volvió. Pasadas ya la una de la madrugada. Y por eso él, en esta ocasión, se fijó más que otras veces en su figura, alejándose rítmicamente de espaldas, con su graciosa coleta de un lado a otro de las espaldas y en silencio total de la noche. Se dijo: “Ya está muy cansada. Seguro que será la última vuelta”. Y por eso la siguió con gran interés hasta que se perdió por entre las ramas del árbol y la oscuridad de la noche.

Todavía él espero un rato más asomado a su ventana pero ya no volvió. Se fue a su cama y a la noche siguiente la esperó a la misma hora. No apareció. Tampoco a la otra noche ni a la siguiente.

Pasaron cinco días y, aunque él la seguía esperando cada noche asomada a su ventana, ella no aparecía. Y mientras la esperaba se decía: “Seguro que ya se ha marchado. Por estos día es cuando se cierra la residencia definitivamente y todos los universitarios desaparecen”. Y seguramente esto era lo que habría sucedido. Porque a la secta noche ella tampoco apareció ni a la séptima ni a la octava.

Pero el mes de julio siguió avanzando y con él las calores del verano. Diez días después de la última noche que ella pasara corriendo por delante de su ventana, él la seguía esperando. No aparecía y ni siquiera había ninguna esperanza que volviera aparecer alguna vez más en la vida. Por eso a él le parecía que a la noche, a la calle, al jardín, a la oscuridad y a las estrellas, la faltaba algo. También al airecillo fresco que seguía presente cada noche y al silencio. Y por eso él se lamentó, una y otra vez, no haber bajado a la calle y, en unas de las vueltas que ella daba, haberla parado para saludarla y decirle lo mucho que le había impresionado verla cada noche haciendo sus ejercicios físicos.

¿Y sabes, Sinombre, lo que ocurrió un mes después? Por lo que a mí me dijo aquel hombre debió irse de su casa. Porque, desde aquel mediado de julio para adelante, su ventana empezó a verse cerrada. También la casa parecía estar deshabitada aunque el jardín sí seguía verde. ¿Qué fue lo que pasó? Nadie lo sabe pero yo ahora te digo lo que te comentaba al principio: que él se lo debía haber dicho. A lo mejor no hubiera servido para nada pero quizá el final hubiera sido distinto a como ahora sabemos. Y seguro que ella le hubiera gustado saberlo.

.

10- Las nubes blancas

Petición

A los que amáis y recorréis las montañas del Parque Natural de Cazorla, Segura y las Villas, los paisajes más bellos del mundo y donde nace el río más hermoso del Planeta, os voy a pedir un favor. Cuando vayáis por los caminos de estos valles, laderas o cumbres, mirada al cielo. Y si en el cielo encontráis nubes blancas, redondas o alargadas, observarlas despacio. A una de estas nubes, creo que él se fue a vivir un día pensando que aquí se encontraría con ella. Y desde entonces estoy triste y lo recuerdo. Así que si tenéis la suerte de verlo, decídmelo por favor. Lo necesito. Fue un buen amigo y una tarde desapareció sin decirme nada y todavía teníamos muchas cosas que compartir. Os cuento, a continuación, la historia para que sepáis de qué hablo.

La historia

Lo vi aquella tarde. Estaba sentado al borde del río, contemplando el correr sereno de las claras aguas y meditando. Y, a verlo, me fijé en él y me paré. Descubrí que, algo en su persona era diferente. No sabía ni todavía sé decir qué. Pero tenía claro que en mi interior, algo o alguien, me pedía que me fijara en él porque no era uno más.

También ella aquella tarde estaba allí. Y, desde donde me había parado, junto a una de las grandes rocas que me servía de apoyo, escuché que

le preguntaba algunas cosas, de vez en cuando y guardaba silencio luego y meditaba. Y, en uno de los momentos de la tarde, oí que le preguntó:

- Las nubes blancas, que tantas veces veo como colgadas en el cielo sobre las cumbres de aquellas altas montañas ¿tienen algo que ver con el paraíso del que, sin parar, me hablas?

Y le respondió:

- Las nubes blancas son como el alma, como el traje inmaculado que en los días de fiesta, visten los paisajes del paraíso que te digo. Ellas nunca dan voces, no presumen de nada, no necesitan de nadie, simplemente se cuelgan en el cielo, por encima de las montañas, y dejan que las bese y meza el viento y que las lleve a donde a él le dé la gana. Por eso son pura poesía, fantasías de seda que sonríen desde el cielo para llenar de paz el alma. ¿Y sabes? Aunque parecen tan poca cosa, el día que falten las nubes blancas de este paraíso y de la Tierra, algo muy grande, para siempre en este mundo se acaba. Puede incluso que sea el fin de la vida.

- ¿Me llevarás algún día a ver este edén tuyo tan especial? Me lo cuentas con tanto entusiasmo que me entran ganas de salir corriendo y abrazarme a esas nubes mágicas.

- Te llevaré el día que quieras tú.

Y después de esto los dos guardaron silencio. Siguieron mirando a la corriente del río que a sus pies mismos pasaba y, al rato, ella preguntó de nuevo:

- ¿Sabes por qué te he preguntado lo de hace un rato?

- ¿Por qué lo has hecho?

- Porque es tanto lo que me hablas, un día y otro, de ese mundo fantástico que tan vivo tienes grabado en tu alma, que ya hasta por las noches lo sueño. Estoy

deseando que un día me lleves a verlo. Porque, además de las blandas y relucientes nubes que tanto proclamas ¿qué otras cosas puedo ver por allí?
- Ríos cristalinos que bajan desde las crestas más altas, bosques verdes que cubren desde los valles más serenos, laderas y navas, acantilados que dan vértigo solo pensar en ellos, amaneceres, tardes y mañanas que parecen sacados de los cuentos más bellos. Y hay muchos caminos, sendas viejas que recorren aquellas montañas desde todos los extremos y, los matices de luces, sombras y clores, son únicos. Te puedo asegurar que en ningún otro lugar del mundo encontrarás nunca paisajes como los que hay en esta montañas.
- ¿Por eso tú lo has bautizado con el nombre de “El Último Edén”?
- Por eso y por muchas más cosas que te iré contando. Pero primero tienes que verlo.
- Te ruego, desde ahora mismo, que me lleves a ese lugar antes de que me vaya. Por lo que me cuentas, creo que será la experiencia más gratificante jamás por mí vivida.
Y vi como a él se le iluminó la cara. Como si le hubiera producido un profundo placer lo que ella le confesaba.

Tú no lo recuerdas, Sinombre pero yo sí. Desde aquel día he pensado en ello no sé cuantas veces. Puede que cien, doscientas o quizá más. Ya he perdido la cuenta. ¡Son tantas! Y siempre que he pensado en ello no he podido dejarla al margen. ¿Que por qué a veces las cosas se graban con tanta fuerza que no se olvidan nunca? No lo sé, como tampoco sé casi nada de los comportamientos humanos y, de algunas personas, menos aun. Pero lo cierto es que aquella escena, él y ella, el río y las nubes blancas, lo

recuerdo con la misma fuerza y frescura de aquel momento. Te aclaro un poco más:

Aquel día, era una tarde de primavera. De cielo azul y aire cálido. Había, como casi todas las tardes de primavera de este año, grandes nubes blancas suspendidas en el cielo. Como clavadas ahí y vigilando, un día y otro, no sé qué en el Planeta Tierra. ¿Tú sabes a qué se parecen las nubes y qué es lo que observan cuando en las tardes de primavera, se cuelgan en el cielo y ahí se quedan, se quedan y se quedan? Un día tendremos que hablar de esto.

Y después de aquella primera tarde y pequeño encuentro, volví al mismo lugar muchas veces y allí lo vi, siempre. Ya no estaba ella. Pero a él siempre me lo encontraba sentado en el mismo sitio y como esperando. Quieto junto a las aguas claras del río, mirando como perdido en no sé qué mundo lejano y meditando. Una tarde me decidí y, sin pronunciar palabra, a su lado me senté. Junto al río y, como estaba muy recogido y parecía rumiar recuerdos lejanos, otra vez tuve miedo de romper su quietud. Por eso allí me quedé, mirando con él la corriente pasar y sin pronunciar palabra. También, aquella tarde, se veían grandes nubes blancas, allá en el horizonte sobre las cumbres lejanas. Me di cuenta que en silencio las observaba. Como si buscara algo por esos lugares tan misterios y a la vez mágicos. Miré con él pero, ya digo, nada le pregunté. Y, cuando se puso el sol, me fui y aquella noche lo recordé. Y ¿sabes que era lo que más me intrigaba? El interés que mostraba por las grandes nubes blancas, su quietud frente a la clara corriente del río, su silencio y la manera de emplear el tiempo.

Por aquel mismo sitio volví varias veces en los días que siguieron. Siempre con el deseo de verlo y acercarme un poco más para preguntarle. Y siempre, a lo largo de mucho tiempo, en el mismo lugar lo encontraba sentado. Hasta que, por fin una tarde, me hice valiente, me acerqué más y le pregunté:

- ¿Piensas en ella?
- ¿Es que la conoces?
- Una tarde la vi y hablaba contigo. Ahora no está y la recuerdas ¿verdad?
- Ya pronto hará un año que se fue.
- ¿Y pudiste llevarla al paraíso que soñabas antes de que se marchara?
- No pude.
- ¿Por qué?
- ¿De verdad quieres que te lo cuente?
- Los sueños no realizados, a veces, son dolorosos recordarlos pero si quieres, te escucho.

Y tal como estaba sentado, sobre una blanca piedra y con sus pies rozando las aguas del río, siguió. Me di cuenta, en este momento que, en la corriente del río, se reflejaban un puñado de nubes blancas. Sobre el azul del cielo estaban suspendidas y en las aguas se manifestaban. Él las miraba como buscando algo. Lo mismo que había visto muchas de las tardes ya pasadas. La hierba, a un lado y otro, tapizaba y regalaba a la tarde un suave olor a fresco. Habló y dijo:

- Llegó una tarde de otoño. De un lejano país y donde también se habla otra lengua que yo desconozco. La conocí al día siguiente. Sin que yo se

lo preguntara, me dijo su nombre y luego me pidió que le enseñara los sitios y la cultura de este país nuestro. Así lo hice, a lo largo de unos meses y ofreciéndole siempre el mejor cariño y respeto. Se mostraba muy interesada. Y, se le notaba a la legua, que era muy culta y que tenía muchas ganas de conocer cosas y personas y de vivir experiencias. Y, mientras la llevaba por aquellos lugares por los que mostraba más interés, aprovechaba y le hablaba de un paraíso, sin igual, que conozco desde mi infancia.
- ¿Qué paraíso es ese?
- Las sierras, las montañas, los paisajes donde nace el río más bello del mundo, el Guadalquivir. El Parque Natural de Cazorla, Segura y las Villas. ¿Los conoces?

No respondí a su pregunta porque me di cuenta que lo que importaba era que él contara. Creo que así lo entendió y por eso me siguió diciendo:
- ¿Y sabes? Cada vez que le hablaba de estas montañas y veía el interés que mostraba por conocerlas antes de irse a su país, el corazón se me entusiasmaba. Tanto que, una noche detrás de otra, soñaba ilusionado en ir a este paraíso y enseñárselo. Así se lo hacía saber continuamente y ella, parecía mostrar interés creciente. Fue corriendo el año y se acercaba el momento de irse. Y, una mañana, se marchó sin despedirse. En uno de los aviones que, de vez en cuando, surca en cielo por donde, cada tarde, se ven aquellas nubes blancas.

Guardó silencio. Y pude ver, en este momento, que desde sus ojos, por la cara, rodaban pequeñas gotas relucientes y claras. Era su dolor o tristeza convertida en lágrimas. Metido en sí continuó

mirando la corriente del río y meditando. Le pregunté de nuevo:

- ¿Y cómo han podido salir las cosas de esta manera?

- Pues han sido. Y para aclararlo no tengo ningún argumento lógico ni concreto.

- ¿Estás ofendido o disgustado?

- No. Solo desconcertado.

- Quizá a ella, a pesar de su cultura, no le gusten mucho las cosas de la naturaleza y por eso no hizo mucho esfuerzo para que se realizara tu sueño. ¿Serás capaz de perdonarla?

- Sí, quizá sea esto y por eso nada tengo que perdonar.

Y ya no dijo nada más aquella tarde. Tampoco yo seguí preguntando.

Un poco antes de ponerse el sol lo despedía y aquella noche volví a pensar mucho en él. Lo busqué al día siguiente por la orilla del río, donde tantas otras tardes lo había visto pero no lo hallé. Tampoco lo vi dos días después ni en las tardes que siguieron. Pero yo volví, cada tarde, durante más de un mes y dos y tres. Seguía sin verlo y esto hizo que me pusiera triste. Tanto, que allí, junto a la roca blanca desde donde los contemplé a los dos, la primera vez, me paraba y me pasaba las horas mirando y meditando. Y, una de las cosas que más interés observaba eran las nubes blancas que, una tarde y otra, seguían apareciendo en el cielo. Como si algo en el corazón me dijera que a una de estas nubes blancas, él se había marchado. Quizá pensando que, por ahí podría encontrarse con ella.

Conclusión

Por eso esta tarde, quiero dejar escrito aquí un pequeño mensaje para todos los que caminan y aman los paisajes de este Parque Natural. Y es que, cuando vayáis por estas sierras, miréis al cielo y si sobre las cumbres de las montañas encontráis nubes blancas, redondas o alargadas, observarlas despacio. Por si él se vino a una de estas nubes pensando que aquí se pudiera encontrar con ella. Sabéis ya que, deseó con todas sus fuerzas, traerla a estas montañas para explicárselas y que se le llenara el corazón de la belleza que por aquí hay. Este fue su gran sueño y, a su manera, lo compartió también conmigo. Por eso ahora, sin pretenderlo, estoy triste y lo recuerdo. Así que si tenéis la suerte de verlo, decídmelo por favor. Lo necesito. Fue un buen amigo y una tarde desapareció sin decirme nada y todavía teníamos muchas cosas que compartir.

11- La niña que miraba a las tormentas

En la misma puerta del colegio la madre dejó a la niña. Le dio un beso y le dijo:
- Luego vengo a por ti. Y si llueve, porque las noticias dicen que hoy puede haber tormentas, no salgas del colegio. Me esperas dentro.
- Sí mamá. Haré lo que me dices.
Confirmó la niña y las dos se despidieron.

Enseguida ella saludó a sus amigas y juntas entraron a la clase. La mesa de la niña estaba frente a una gran ventana con cristales. Y, a través de estos

cristales, fuera y lejos, de veía una gran montaña, algunas casas de la ciudad y algunas calles. Al sentarse en la mesa la niña dijo a su compañera:
- Ojalá fuera cierto que se presentara hoy una gran tormenta.
- ¿Por qué quieres que venga una gran tormenta?
- Luego te lo cuento pero es verdad que me gustaría que viniera una gran tormenta.

Aquella mañana el cielo estaba todo lleno de grandes nubes. Densas y oscuras nubes que cubrían por completo. Y tanto que, aunque era primavera y ya los días eran largos, parecía invierno. Porque a ratos se oscurecía tanto que parecía que era de noche. Pero aquella mañana no hacía ni mucho frío ni calor. Una temperatura algo suave que, en algunos momentos, era más bien fresca. El día parecía ser algo extraño y concreto. Y a la niña le gustaba esto.

Le gustaba y ella no sabía cómo decírselo a sus amigas. Pero por dentro, su pequeño corazón, ella se lo notaba lleno. Como plenamente repleto de serenidad y de la esencia de un amable y dulce beso. La niña era pequeña y todavía ella no sabía expresar lo que su pequeño corazón sentía. Pero sí sabía diferenciar y, por eso lo tenía muy claro, lo que es bello y deja por dentro tranquilidad.

Le dijo otra vez a su amiga:
- ¡Ojalá hoy venga una gran tormenta!
- ¿No tienes miedo?
- ¿De qué debo asustarme?
- De las tormentas, de los relámpagos, del viento, de los truenos, de la lluvia cuando cae con fuerza… A mí las tormentas me dan mucho miedo.

- Pues a mí me gusta que haya tormentas. No me dan miedo ninguno.
- ¿Ni siquiera cuando brillas los relámpagos y explotan los truenos?
- Pero si eso es lo que más me gusta de las tormentas.
- Pues hija, yo no te entiendo.

Y la niña guardó silencio porque la maestra les dijo:
- No quiero oír a nadie hablar. Id abriendo los libros que os voy a preguntar.
Sobre su mesa la niña tenía ya el libro abierto. Y, al guardar silencio, se puso a leerlo. Pero en ese momento, por el lado de afuera del edificio y junto a la ventana donde estaba ella sentada, se oyó el canto de un mirlo. Uno de los muchos mirlos que, por el jardín, siempre andaban revoloteando. Pero uno de estos pájaros, desde hacía un tiempo, se había vuelto muy sociable. Desde hacía un tiempo y más en estos días de primavera, todas las mañanas se venía al acebo de la ventana de la niña. Y todas las mañanas, desde hacía un tiempo, cantaba. Siempre dulcemente y durante mucho rato.

Por eso, una de aquellas mañanas, la niña preguntó a la maestra:
- ¿Por qué canta tanto este ave y especialmente en estos días de primavera?
Y la maestra le contestó:
- Porque ahora es la época de los nidos.
- ¿Y por qué en la época de los nidos canta?
- Para animar a la hembra. Porque el que canta siempre es el macho. Mientras la hembra está en el nido, dando calor a los huevos para que nazcan los

mirlos chicos, el macho canta. Para darle compañía y ánimo a la hembra y alegrarla con sus trinos.
Y la niña dijo:
- Es muy bonito esto ¿verdad maestra?
- Sí que lo es. La naturaleza siempre tiene cosas muy hermosas.
Y ya no se habló más de este mirlo.

Pero ahora, esta mañana, de nuevo la niña se alegra oír el canto del mirlo. Justo debajo de su ventana, por entre las ramas del acebo. Y se alegra ella porque pensó que la hembra estaría contenta. Por eso, en un momento en que la maestra se fue al fondo de la clase, le dice a su compañera:
- Sabes, cuando yo sea mayor también me gustaría que alguien me cantara.
- ¿Que te canten?
- Sí, como hace este mirlo macho para alegrarle la vida a la mirla hembra.
- ¡Tú eres tonta!

Y la niña guardó silencio. Mientras otra vez por la ventana vio que las nubes en el cielo se estaban espesando. La luz del sol se oscurecía y hasta parecía que el frío aumentaba. Dijo de nuevo a su amiga:
- ¡Ojalá venga hoy una gran tormenta!
Le respondió la amiga:
- Pues si viene una gran tormenta se asustará y mojará el mirlo macho y la mirla hembra.
- Eso será cierto pero ellos, según dice la maestra, saben defenderse de la lluvia.
- ¿Y de los truenos y los relámpagos?
- Que ellos no son como nosotros. Son pájaros y están acostumbrados a estas cosas.

- Pero de todos modos yo no sé por qué tienes ganas de que venga una gran tormenta.
- Cuando luego salgamos al recreo te lo digo.
- ¡Vale!

Y otra vez la maestra volvió a pedir que todo el mundo callara.
- Y si no me hacéis caso hoy no tenemos recreo.
Todos los niños de la clase se asustaron. Pero la niña no se preocupó. Se concentró otra vez en su libro mientras escuchaba de fondo los cantos del mirlo. Por eso, para sí se dijo que era bueno que en la clase todo el mundo estuviera en silencio.

Llegó la hora del recreo y todos los niños salieron corriendo. Todos menos la niña. Despacio se levantó, se fue para los cristales de la ventana y junto a ellos se quedó quieta. Mirando concentrada la espesura de las nubes que cubrían el cielo y escuchando el canto del mirlo. La compañera se vino a su lado y le dijo:
- Vamos al patio y jugamos.
- Espera un poco.
- ¿Para qué?
- Quiero ver si llega pronto la tormenta.
- ¡Y darle con la tormenta! ¿Se puede saber qué cosa buena va a sucederte si viene una tormenta?
- Ya te he dicho que te lo diré luego. Ahora dime ¿estoy guapa?
- ¡Qué pregunta más tonta! ¿Para qué quieres estar guapa?
- Lo necesito por si viene la tormenta.
- No te entiendo.
- Bueno pero dime ¿estoy guapa o no?

- Un poco sí pero no mucho porque la trenza la tienes casi deshecha.
- Pues tengo que ir al servicio para arreglármela.
- Yo te ayudo si me dices para qué quieres que venga una tormenta. ¡Con el miedo que a mí me dan los truenos!
- Es que no puedo decírtelo hasta que no está segura. Lo tienes que ver por ti misma.
- ¿Pero qué es lo que tengo que ver?

Y la niña guardó silencio. Dejó que pasara un tiempo y, mientras seguía mirando por la ventana y pensaba cómo arreglarse un poco para ponerse guapa, terminó el recreo. La señorita dijo:
- Ahora vamos a escribir una redacción y tiene que ser rápido. Porque acabo de oír las noticias y dicen que dentro de un rato seguro tenemos por aquí tormenta. Quizá terminemos la clase antes de tiempo para que cada uno se vaya a su casa. Las tormentas son peligrosas.
Y la compañera de la niña, a punto estuvo de llamar a la maestra y decirle que su compañera estaba desando que viniera una gran tormenta. Pero no le dijo nada por miedo a que la niña se enfadara.

Seguía cantando el miro y, dentro de la clase, todos se pusieron a escribir.
- Tan solo tenéis diez minutos por si nos tenemos que ir corriendo.
Aclaró otra vez la maestra.
Y la niña volvió a mirar por la ventana. Y comprobó que el cielo seguía ennegreciéndose.
- De todos modos, aunque venga una gran tormenta, yo estoy tranquila porque mi madre me ha dicho que vendrá a recogerme.

Dijo por lo bajine la amiga de la niña.
- También la mía.
Confirmó la niña.
- Pero a mí me da igual que mi madre venga o que no.
- Si tu madre no viene y hay una gran tormenta, yo no sé cómo podrás irte a tu casa.
- Eso a mí no me preocupa mucho.
- ¡Qué valiente eres!

Tuvo que intervenir otra vez la maestra y ahora más seriamente. Por eso, todos los niños de la clase, se asustaron mucho y en al poco tiempo habían terminado la redacción.
- Conforme vayáis acabando os levantáis, me entregáis el trabajo y ya podéis salir de clase. Por hoy hemos terminado.
Aclaró la maestra. Y rápidamente varios niños se levantaron, dejaron su trabajo sobre la mesa de la maestra y salieron. También la amiga de la niña. Pero ella, no tuvo prisa. Iba terminando su trabajo lentamente y miraba por la ventana. Las nubes eran ahora mucho más espesas.
- Yo ya me voy ¿Tú te quedas?
Le preguntó la compañera a la niña:
- Terminaré en un momento pero si tienes prisa, vete.
- Es que mi madre viene a recogerme.
- Pues, adiós
- Pero es que también, entes de irme, me gustaría que me dijeras por qué quieres que hoy haya tormentas.
- Ya te he dicho que te lo diré en su momento.
- Pues entonces, me voy.
Y la amiga salió y cerró la puerta.

Justo en ese momento se oyó un extraño ruido. Fuera en la calle comenzó a soplar el viento y,

al romperse por entre las ramas del cedro y el acebo del mirlo, emitía quejidos quejumbrosos. Dijo la maestra a la niña:
- Se avecina una gran tormenta.
Y exclamó la niña:
- ¡Qué bien! La he estado esperando toda la mañana.
Y la maestra la miró algo sorprendida. No dijo ni preguntó nada.

Sobre la mesa puso la niña el trabajo que había terminado y se despidió de su maestra. Fue justo ahora cuando le dijo ella:
- Ten cuidado cuando salgas fuera, que con este viento tan fuerte, seguro que ya mismo empieza la lluvia. Espera ahí en la puerta, bajo techado, a que venga tu madre a recogerte. Ya sabes que eso es lo que siempre nos dice ella.
- No se preocupe por mí, maestra. Las tormentas no me dan miedo.
Y se despidió, abrió la puerta, salió y cerró la puerta y avanzó rápido por el pasillo hacia la calle.

Al salir fuera, por donde el jardín de las rosas, cedros y acabos, le sacudió una fuerte ráfaga de viento. Soplando con tanta fuerza que, al romperse por entre las ramas de los árboles, parecía querer arrancarlos de la tierra. Descubrió que su amiga ya no estaba. Tampoco estaban muchos de sus compañeros. Pero sí vio muchos coches de un lado para otro, recogiendo niños para llevárselos a sus casas. Eran las madres y padres de todos ellos que acudían a recogerlos, preocupados por la tormenta. Y notó que su madre no había llegado todavía. No le importó, no sentía miedo.

Un fogonazo de luz brillante se vio saltar de una nube a otra. Estalló enseguida un recio trueno y el viento sopló con más fuerza. Se alegró la niña y, a la maestra que en esos momentos salía, le dijo:

- Me gusta mucho esto. Era lo que estaba esperando.

- Pues estate aquí, bajo el tejado, y no salgas fuera hasta que tu madre llegue.

Y la maestra salió corriendo y se fue a su coche. Al poco se perdió por la calle abajo.

Un nuevo relámpago iluminó otra vez con fuerza. Enseguida retumbó el trueno y ahora el viento ya no aumentó pero sí empezó a caer la lluvia. Se dijo para sí la niña: “Es lo que más me gusta. Ya estoy preparada. Y además estoy guapa porque mis trenzas la tengo arregladas. Venga, me acerco y cuando tú me digas me quedo quieta”. Y la niña dejó su cartera en el poyete de la ventana. Por entre los rosales de la derecha, salió corriendo en busca de la oscuridad de la tormenta. Con los brazos abiertos, con una gran sonrisa en sus labios y con su corazón lleno de gozo. Nadie se dio cuenta. Ya la lluvia caía con tanta fuerza que todos se habían refugiado en sus coches y se habían marchado. A todos, la tormenta les había asustado. A todos menos a la niña pequeña. Por eso ella, por entre los rosales y los cedros, buscaba ponerse frente a la lluvia y a lo más negro de la tormenta. Brilló un nuevo relámpago ahora con mucha más intensidad que los dos primeros. Y la niña dijo al instante:

- Procura que salga guapa para que tengas de mí el mejor recuerdo.

Y abrió sus brazos para que la lluvia le cayera más de lleno en la cara.

- Así parecerá que acabo de salir de la playa. Con el agua chorreándome por la cara, la nariz y las trenzas, es como más me gusta.
Y brilló otro relámpago. Estalló el trueno y la lluvia arreció. Gritó la niña aun más emocionada procurando ponerse aun más cerca de la nube.

Y en estos momentos se oyó el claxon de un coche. Y enseguida se oyó la voz de una mujer que pronunciaba el nombre de la niña.
- Espera un poco que voy a por ti.
Y la madre salió corriendo. Enseguida la cogió, la envolvió con sus brazos y se la llevó al coche. Abrió la puerta y la metió dentro. Y la niña no se estuvo quieta: desde el otro lado de los cristales de la ventanilla del coche, miraba y decía:
- Venga, otro más, que ahora estoy mucho más guapa.
Al oírla la madre le preguntó:
- ¿Con quién hablas?
Y respondió ella:
- Con Dios. Hoy ha venido a visitarme y estoy contenta porque quiere llevarse de mí un bonito regalo.
- ¿Qué regalo?
- ¿No ves mamá, que no para de hacerme fotos?

12- El hombre que cortaba árboles

Heredó, de sus antepasados, un buen trozo de tierra. Al lado norte de la ciudad, en las laderas de la montañas y desde donde se ve una gran panorámica.

La ciudad entera, extendida por la llanura de la vega, el horizonte al final, por donde se pierde la gran extensión de la llanura y los tres ríos que bajan de las montañas. Y también la cadena montañosa por donde el sol cada día se oculta. Al final de la ancha y larga vega, por donde los tres ríos de aguas claras, se funden con el horizonte y se pierden en la lejanía.

Por todo esto y más cosas, el trozo de tierra que heredó, era muy valioso. Y todavía lo era más por la abundancia de plantas y agua. Dentro del trozo de tierra que recibió como herencia, se alzaba un bonito y moderno edificio. Para viviendas de lujo y para respirar el aire puro que a todas horas subía desde la vega. Y también para recrearse en las grandiosas panorámicas y solazarse por entre el verde y espesura de las plantas. Porque ya he dicho que en el terreno crecían árboles y plantas de todas clases. Rosales que daban rosas en todos los colores y formas, lilas blancas y moradas, peonías, lirios, geranios, claveles, azucenas y un número grande de árboles.

Algunos de estos árboles eran gigantes por su estatura y otros eran ejemplares nobles por su vejez. Y había árboles de todas las especies. Cedros de Alhanta, madroños, cipreses, celtis australis, encinas, olmos, nogueras, higueras… Por todo esto y por más cosas, el trozo de tierra, con vivienda de lujo y jardín fabuloso, era un auténtico paraíso.

Y todavía se completaba un poco más con el copioso manantial que en el trozo de tierra brotaba. Sus antepasados un día hicieron un sondeo. No muy profundo porque enseguida encontraron lo que buscaban: agua en abundancia y a tan solo sesenta

metros de profanidad. Y como era agua de manantial, salía fresca, pura y clara. Por eso con esta agua tenía más que suficiente para regar todas las tierras del fantástico jardín huerto y le sobraba. Tanta agua le sobraba que sus antepasados construyeron fuentes. De mármol, algunas y, de piedra artificial, otras. Pero todas eran fuentes fabulosas que no paraban nunca de echar agua. Cristalina como el viento más puro, fresca como la nieve de las cumbres que coronaban y pura como el mismo viento que por aquí siempre acariciaba.

Por todo esto y mucho más, su casa, el buen trozo de tierra lleno de plantas y árboles, era un tesoro. Un auténtico edén y, a la vez, un verdadero sueño, como no había otro en toda la ciudad. Porque, además, en uno de los rodales del trozo de tierra, había un huerto. Una pequeña extensión de tierra muy fértil y donde se cultivaba toda clase de hortalizas y verduras. Patatas, tomates, habichuelas, pimientos, calabazas… Y allí mismo crecían varias parras, algunos ciruelos, cerezos y granados. Y, lo mismo que los otros árboles y plantas, los que había en el trozo de tierra que servía para huerto, eran fantásticos. Muy gruesos y frondosos, muchos de ellos, altos y recios casi todos y viejos y llenos de majestad, unos pocos.

Tan viejos eran algunos de estos árboles que sus antepasados le habían dicho que no conocían la edad.

- El abuelo nos dijo a nosotros que cuando él los conoció ya estaban como los vemos ahora. Y el abuelo también decía que su abuelo y el anterior abuelo, siempre contaba lo mismo. Que estos árboles,

cuando ellos lo conocieron, ya estaban como lo vemos ahora. Así que fíjate tú si tendrán años.
- Centenarios, son algunos.
Decía él. Y sus antepasados le comentaban que quizá algunos de estos árboles fueran milenarios.
- Es que nadie sabe lo años que tienen.

Y, entre estos centenarios árboles, quizá milenarios algunos, había granados, laureles, una encina, varios celtis australis, dos o tres olmos y algún cedro. Todos tan frondosos como una viña joven al llegar la primavera. Y también todos sanos y robustos como el mismo tiempo y el airecillo que por aquí siempre corría.
- Así que fíjate tú la de veces que han regado a estos árboles desde que los plantaron hasta el día d hoy.
Les decía a sus amigos, el hombre de la afortunada herencia.
- Muchas veces. ¿Y sabes lo que te digo?
- ¿Qué me dices?
- Que ya solo por esto, por la cantidad de veces que lo han regado desde que fueron plantados y por la ilusión que todos los que los han cuidado han puesto en ellos, merecen un respeto tremendo. Estos árboles ya son casi sagrados.

Y, al oír esto de algunos de sus amigos, el hombre dueño del fabuloso edén, guardaba silencio, miraba a los árboles y luego se iba a regar los rosales. Regaban también el huerto, donde cada año seguía sembrando tomates y pimientos y regaba los árboles. También las higueras centenarias, los celtis y las nogueras. Y el hombre, siempre que regaba a estos árboles, los miraba. No decía nada a nadie pero para

sí, él siempre pensaba cosas. Nunca tampoco las compartía con nadie.

Pasaron los años, cinco, diez, quince y los árboles centenarios no solo seguían vivos sino cada día con más fuerza y belleza. Entre sus ramas, cada primavera, anidaban cientos de pajarillos. Mirlos, ruiseñores, jilgueros, tórtolas, palomas, oropéndolas, gorriones y hasta un par de ardillas. Los árboles centenarios del trozo de tierra que él había heredado eran uno de los mayores tesoros de la ciudad de la vega. Porque, además, en verano daban sombra para refrescar a todos los que por aquí vinieran. Y, al pasar el viento, al amanecer o al ponerse el sol cada día, la música que emitían sus hojas, era uno de los conciertos más dulces y bellos que nunca se puedan oír en este suelo.

Pero al llegar el otoño, un año, sin decir nada a nadie, el hombre dueño de estas joyas, se puso y cortó varios de estos árboles centenarios. Los más grandes, sanos y esbeltos. Cuando los amigos lo vieron le dijeron:

- Pero hombre ¿por qué has hecho esto? No ves que es un crimen tremendo.

Y él guardó silencio. Unos días después cortó uno de los celtis más robustos y frondoso. El que estaba más cerca del pinar y donde, casi siempre, jugaban las ardillas y hacían sus nidos. Y al ver los amigos el nuevo destrozo que había hecho con el árbol, otra vez le dijeron:

- Pero hombre ¿por qué hace esto? ¿No ves que es un crimen?

Tampoco les hizo caso ni dijo nada. Pero unos días después se puso y cortó un azofaifo y luego un

arrayán centenario y uno de los cedros más viejos. Lo vieron los amigos y les faltó tiempo para decirle:
- Pero hombre… ¿Es que no te das cuenta? Lo que estás haciendo es un crimen tremendo.

Ni palabra dijo el hombre. Pero dos días más tarde, de nuevo se puso y cortó todas las ramas de los cinco olmos del paseo de las fuentes. Mochos por completo los dejó y feos como el más destartalado de los fantasmas. Lo vieron los amigos y, cuando le dijeron:
- Pero hombre ¿es que estás loco o no tienes sentimientos?
Habló y dijo:
- Estos olmos brotarán al llegar la primavera.
- Aunque sea así ¿dinos tú cuándo volverán a tener ramas tan gruesas como las que le has cortado?
Y de nuevo no dio ninguna respuesta. Solo una semana más tarde se puso y cortó el magnífico laurel, gigante y hermoso, que clavaba sus raíces justo al borde del caminillo que llevaba al huerto. De nuevo le dijeron los amigos:
- ¡Pero hombre de Dios! ¿No tienes un poco de sensibilidad en tu corazón? ¿Qué daño te ha hecho este laurel tan hermoso y viejo?
Y algo enfadado, el hombre de Dios, preguntó:
- ¿Por qué no voy a tener corazón?
- Porque para quitarle la vida a un árbol como estos hace falta ser muy insensible.
- ¿Y por qué yo, no soy sensible?

Y entonces los amigos le dijeron:
- Mira: los árboles que tú has cortado son monumentos y pertenecen a la humanidad entera. Merecen el máximo respeto aunque solo fuera por

aquellas personas que, a lo largo de tantos años los han cuidado. Y también merecen respeto aunque solo fuera por el agua que en regarlos se ha gastado a lo largo de tantos años. Ni tú ni nadie tiene derecho a cortar estos árboles sin pensar en los años que tienen, el amor que le han dado los que los sembraron y han cuidado y el agua que han gastado. Por eso te decimos que ni tienes corazón ni eres bueno.

Y este hombre de Dios, muy enfadado, respondió:
- Estos árboles son míos y hago con ellos lo que me da la gana. ¿Está claro?

13- Te voy a contar un cuento, escucha, calla…

La niña se puso a recoger piedras de la orilla del charco y tú, Sinombre, te viniste a su lado. Te miraste en el agua, la miraste a ella y luego me miraste a mí. Me di cuenta y te pregunté:
- ¿Qué quieres? ¿Te pasa algo?
No me hiciste caso. Te saliste de las aguas y te fuiste al lado de Enebro. Lo miraste y Enebro miró a la niña. Le dije a ella, nuestra alma:
- Algo quiere Sinombre y tu caballo negro.
Os miró la niña y siguió buscando piedras bonitas para su fortaleza mágica. Enebro y tú me volvisteis a mirar y al ver que me iba con vosotros los dos distéis media vuelta y os fuisteis al lado de Bandolero. Enebro por un lado y tú por otro os pusisteis con la hierba en el mismo trozo en que Bandolero pastaba. De reojo de

nuevo los tres me mirabais y entonces volví a decir a la niña:
- Algo quieren y no saben cómo decirlo. Sigue tú buscando piedras que se lo pregunto y vengo y te lo digo.

La Mariposa Marta se ha venido al lado de la niña y le ha dicho:
- Cuando tu ciudadela esté construido yo voy a echar aire con mis alas y lo voy a convertir en un castillo grande como los de los cuentos de hadas. ¿Cuántas torres le vas a poner a tu sueño?
Y la niña le ha dicho a Marta:
- Le voy a poner cinco torres, diez almenas y una atalaya. También un puente levadizo, algarves y una gran muralla para que nadie pueda entrar dentro sin decirnos a nosotros nada. Pero si tú, con tu magia de mariposa alada, conviertes en fantasía mi castillo yo me voy a perder luego por los pasillos, por sus patios y por sus salones con lámparas.
Y Marta le ha dicho a la niña:
- Tú tranquila que ya verás luego en la mañana, cuando salga el sol y brille en el río.

Junto a ti, Enebro y Bandolero, me he sentado yo frente a tu cara. Te he seguido mirando despacio y me he acordado de la Princesa y de aquellos días de plata cuando ella nos escribía siempre alegre y emocionada y nos contaba sus sueños cada mañana.
- ¿Qué quieres, Sinombre?
Te he preguntado y callas. El perro mastín Álamo viene subiendo, desde el río con el pastor, y ladra. Arriba, en la cañada, canta el mirlo. Te he vuelto a decir:

- Sinombre, me palpita el alma y se me convierte el aire en poesía y tu mirada y la de Enebro y Bandolero. Escucha, calla… Te voy a contar un cuento:

El cielo que muchos soñamos

El cielo que muchos soñamos
debe ser lo más parecido
a los momentos cálidos
que al amanecer regala el día,
junto al arroyo, en el prado.
Deberíamos saber nosotros,
Sinombre, borriquillo mágico,
hablar con palabras bellas

para contar a los humanos
las sensaciones tiernas
que, al despertar, gozamos.
El cielo que soñamos siempre,
hoy sobre ti rueda despacio
¿quieres tú decirme eso
y no sabes cómo expresarlo
en este amanecer de oro,
en la hierba, junto al charco?

14- Noche de nieve

Metido en estos pensamientos he avanzado por la senda rellena de nieve y me aproximo al bosque de los pinos. Por el lado de arriba, las grandes rocas que corona a la cumbre, oigo el canto de un mirlo. Los mirlos cantan cuando menos se lo espera uno y éste me sorprende mucho. En la oscuridad de la noche y,

cuando más nieve cae del cielo, canta y lo hace con melodías jubilosas. ¿Qué estará anunciando y por qué se alegra? Me pregunto y en el fondo yo también me amino. Su tonadilla me hace caer en la cuenta de que no estamos solos del todo, en esta noche de Navidad, tremendamente silenciosa y suspendida en la dignidad blanca de la nieve que derrama el cielo.

Me digo que, mañana cuando amanezca, la nieve que esta noche se derrama en las rocas de esta montaña y sobre mis manos y cara, se convertirá en agua que, en ríos ocultos, se irán por las entrañas de la tierra. Y mañana mismo, por la mañana o al caer la tarde, estos arroyuelos que digo, brotarán por la Vega de Granada, por los manantiales del Cortijo de la Viña, por el gran río que surca estos campos nuestros y por otros muchos sitios. Incluso creo que, hasta a los reinos de la Princesa nuestra, llegarán las aguas de la nieve que mañana se derrita en esta montaña.

Y para unos y otros, los chorros de agua clara que surjan de esta cumbre, serán la vida. Por eso la red de acequias, construidas por los hombres desde tiempos muy lejanos, relucirán atravesando las tierras al sol de la tarde. Muchos aprovecharán y disfrutarán con las aguas que, al derretirse la nieve, saldrá de esta montaña y a muchos les dará la vida. Pero pocos saben que, cuando esta noche la nieve cae sobre esta cumbre, solo nosotros estamos para recibirla. Para abrazarla y darle la bienvenida en su primer contacto con la tierra. Solo nosotros hemos salido al encuentro de este gran regalo del cielo y lo recibimos, al poco de su andadura desde las nubes al suelo. Por eso presiento que es un gran milagro lo que esta noche estoy viviendo. La nieve blanca que,

delicadamente y amorosa, se duerme sobre esta cumbre justo en la gran noche de la Navidad, es un tan magnífico regalo, que no tiene precio ni existe con qué compararlo.

Así lo siento y así lo celebro en mi corazón mientras camino en busca de mi muñeco de nieve. Y también me digo que mañana, si al amanecer se presenta por aquí la niña nuestra, tengo que hablarle de esto, mientras le hago las fotos para mantener siempre vivos los momentos. Me sentiré muy dichoso viviendo con ella esta aventura. Y le comentaré también lo que él me explicó y de nuevo ahora recuerdo. Me dijo:

- Por eso tú, camina siempre por la vida muy atento. La gran verdad y la dicha que el alma nuestra necesita, puede estar agazapada en cualquier pliegue del viento. En la limpia luz de la mañana, en el perfume de la verde hierba, en la tarde relajada, en la lluvia de una nube aislada, en los copos de nieve que desde las nubes descienden, en la sábana inmaculada que la noche extiende por los prados… En los pliegues de la serenidad del tiempo o del viento puede estar la gran verdad y la suprema caricia agazapada. Tú, cuando vayas por la vida, camina siempre atento.

La luz de mi linterna reverbera en el espejo de la nieve que cubre la senda. Y, a pesar de la oscuridad de la noche y de la espesura de los copos que caen, no me pierdo. Camino y voy recto, siguiendo la mejor dirección, al rellano del muñeco. Muevo, de un lado a otro, el foco de la linterna y descubro los troncos de los pinos. Dos de los más gruesos y, al verlos, los recuerdo. Por entre ellos justo

pasa la senda y, solo unos metros más adelante, aparece el rellano donde le he dado forma al muñeco.

El frío ya me ha helado hasta los huesos y la noche me aprieta en el centro de su abrazo. No hay, para mí y en este momento, más universo que la nieve que voy pisando, el bosque de pinos y la danza de los copos que las nubes regalan. Llego a los dos pinos que me sirven de referencia, me paro, alumbro al frente y descubro el rellano. Alumbro para la izquierda, por donde me queda lo más elevado de esta montaña, y veo la espesura del bosque. Una fronda difusa porque ni es verde ni negra ni tampoco blanca, por la gran cantidad de nieve que hay en ella. La voluminosa figura del bosque se asemeja a una nube pero celada de claridad blanda y suave. Como si todo esto emergiera del mismo corazón del tiempo y se asomara a un universo nunca visto en este suelo.

Y, según alumbro y descubren mis ojos, me siento bien por dentro. Noto que me gusta lo que estoy viviendo. Que se me está haciendo real lo que siempre he apetecido en lo más hondo de mí. Por eso aprecio que estoy en mi mundo, en mi sueño, en mi libertad, en mi gozo sincero. Y, quizá por esto, acude a mi mente los recuerdos de todos los que quiero. Especialmente la imagen de la niña, la del Anciano, las de las amigas rusas, la de la Princesa, la de Julia… A todos y a sus palabras los reúno en mi mente y los siento puros. Como si pertenecieran a los latidos de mi corazón. Son ellos, creo y mi propio sueño, los que realmente le están dando claridad a la experiencia que vivo. Y quizá por esto me siguen tintineando en el alma más palabras suyas:

- Todos llevamos con nosotros sueños puros, imágenes blancas, universos transparentes. Porque en realidad esto es nuestro fin último. La esencia misma de lo que cada uno somos. Y, cuando en la vida permitimos que los amigos entren al corazón de nuestros sueños más puros, es justo cuando les estamos ofreciendo lo mejor. Todas las demás cosas de este suelo son irrelevantes y carecen de valor.

Paso por entre los dos troncos de pinos y apunto, con el chorro de luz que mana de mi linterna, al frente. Justo al centro del rellano y ahí lo veo. Clavado en el mar de nieve que cubre el suelo, se me presenta el muñeco que vengo buscando. Sereno y firme, como si me estuviera esperando, dejando que la noche le resbale y que la nieve lo fortalezca.

De frente y, según me acerco, lo ilumino. Para verlo claramente. Los copos de nieve caen lentos pero espesos y sobre él se quedan trabados, como si quisieran vestirlo con más nuevo y claro. Me alegro encontrarlo. Tanto que me parece que ya se me ha llenado la noche con lo más sutil y bello. Por eso, al acercarme, lo toco con mis manos y, por su cuerpo resbalo mis dedos diciendo:
- Tú no puedes andar ni tienes boca para hablar y por eso vengo. A lo mejor ni me oyes ni tienes necesidad de mi presencia pero me siento responsable de tu existencia. Es esta una noche muy especial en la que nadie quiere sentirse solo. Quizá te alegres de que haya venido aunque no me necesites.

No espero que me conteste porque sé que es un muñeco de nieve pero repito que, junto a él, me siento bien y libre. Lo sigo dibujando con el chorro de

luz de mi linterna y lo sigo observando. Los copos que lentos caen y se duermen sobre él, son también hermosos. Me gusta verlos dormirse sobre la nieve que le da forma a mi muñeco y me gustan que sean tan blandos. Como si fueran caricias tiernas sin sentido pero perfectas. Me gustan y lo comparo ahora mismo con el resplandor de las luces que brota de la ciudad allá a lo lejos. Todo es bello pero algo me dice que la nieve que, en el silencio de la noche desciende desde el cielo, tiene un sentido diferente.

Miro para mi derecha y, aquí cerca, veo la gran piedra que hace unas horas me sirvió para poner la mochila mientras le daba forma a esta figurilla. Me acerco a ella y, sobre la mullida nieve que la cubre, me siento. Sin dejar de alumbra la silueta del muñeco y sin dejar de observar las ramas de los pinos. Se doblan con el peso de la nieve y esto también me gusta. Pienso en la niña nuestra y en todos los del Cortijo de la Viña y me alegro ver la lucecita que sale por la ventana de la habitación de ella. Se me vienen a la mente lo que también me dijo el que hemos encontrado en el arroyo hace unas horas:
- Vuestra niña tiene necesidad de amigos y tú no puedes darle más que tu propio sueño. Ella es pequeña y todavía tiene mucho que aprender pero es bueno que sienta hambre de algo más que de materia y suelo.

15- Para ti, en Navidad

Desde el rincón del río, donde en estos días tengo instalada mi tienda de campaña, ayer nos vinimos por la senda. La que desde el río sube

surcando la ladera y viene derecha a lo más alto de la montaña. Y, mientras ayer por la tarde los dos recorríamos la senda, te venía diciendo:
- Sinombre, como cuando estaba la Princesa, hoy también vamos a regalarles a ellas la tarde, la fina lluvia que cae, el espectáculo de los paisajes, el olor a setas que mana de los bosques, el frío que el invierno nos proporciona, el tiempo y la Navidad que en unos días llega. Vamos a regalarles a ellas todo esto aunque ni lo sepan y sí estén, ahora mismo, tan lejos de nosotros.

Caminabas delante de mí y, de vez en cuando, te parabas a comerte las matas de hierba que brotan a los lados del camino. Caía el sol por el lado de la tarde y, los paisajes a lo lejos y cerca, se iban llenando de silencio, de misterio, de soledad inmensa. La ancha vega se vía allá en lo hondo y la ciudad, como dormida, aplastada donde las montañas se derraman. Te repetía de nuevo:
- A pesar de todo, es un privilegio venir y saborear estas montañas tan llenas de humedad, nieblas, ausencia de humanos y limpias de humos, ruidos y de luces artificiales. Fíjate que nada más tenemos que luz del sol destilando bondad, el rocío en la hierba y, en cuanto llegue la noche, el brillo de las estrellas.

Y, un poco antes de que se presentara la noche, llegamos nosotros a lo más alto de la montaña. Puse mi tienda justo debajo de la gran encina que temblando se cuelga para el lado del río y enseguida aparecieron las estrellas. Te volví a decir, acurrucándome en el saco para quitarme el frío que el airecillo regalaba:

- A la luz de mi linterna voy a escribir un rato. Luego dejo que el sueño me venza y, le pediré al cielo, soñar con ellas. A pesar de todo, las queremos porque hemos deseado que sean sueños blancos recorriendo con nosotros estos campos. Y, antes de quedarme dormido, voy a mirar un rato a las estrellas. Quiero preguntarles lo que tú ya sabes y tanto necesitamos. ¡Ojalá encuentre por allí al Anciano para que nos dé un poco de compañía y me ayude a levantar el ánimo! Y mañana, en cuanto amanezca, quiero disfrutar contigo el espectáculo.

Porque, tú no lo sabes, pero desde la cima de esta cumbre, se ve algo muy asombroso. Lo que no se ve desde ninguna otra parte de la Tierra. Ya verás qué espectáculo, con el río al fondo, los caminos que surcan las sierras, los arroyos, las laderas, el Cortijo de la Viña, los bosques de castaños, los sitios que recorre la niña nuestra, por donde fueron sus amigas de aventuras y las cascadas del balneario y los naranjos y las cuevas… Cuando mañana amanezca ya verás qué asombrosos todos estos campos. Y quiero apresarlo todo para regalárselo también a ellas. Que el cielo sepa que las recordamos desde lo más puro de los campos y cuando la Navidad se acerca.